Prefacio

Este Ensayo debe su origen a una conversación con un amigo, en torno al ensayo del señor Godwin sobre la avaricia y la prodigalidad, publicado en su *Enquirer*. En la discusión se abordó el tema general del progreso futuro de la sociedad; el propósito inicial del autor fue simplemente explicar por escrito sus opiniones a su amigo, pensando poderlo hacer así con más claridad que en una simple conversación. Pero a medida que el tema se abría ante él, se le ocurrieron ciertas ideas con las que no recordaba haber tropezado anteriormente, y pensando que sobre un tema de tanto interés general cualquier destello de luz, por muy insignificante que fuese, se acogería con buena volutad, decidió preparar sus ideas en forma que permitiera su publicación.

Sin duda, este ensayo podría haber sido completado con un mayor número de datos ilustrativos de su argumento general. Pero una larga y casi total interrupción debida a determinados asuntos particulares, unida, por otra parte, al deseo (quizá imprudente) de no retrasar la publicación mucho más de lo inicialmente previsto, impidieron que el autor prestara al tema una atención exclusiva. Piensa, sin embargo, que los hechos que presenta evidencian suficientemente la verdad de sus opiniones respecto al progreso de la humanidad.

Cuando el autor contempla ahora esta opinión, le parece que para demostrarla basta una declaración general, junto con una somera visión de conjunto de la sociedad.

La necesidad de que la población se reduzca al nivel de los medios de subsistencia es una verdad evidente, reconocida ya por muchos autores; pero lo que ninguno ha hecho (que recuerde el autor) es investigar en particular sobre los medios a través de los cuales la nivelación se produce; y es al estudiar los medios de conseguirla, cuando aparece, en su opinión, el principal obstáculo en el camino de todo progreso importante de la sociedad. Espera el autor que en la discusión de tan interesante problema nadie podrá dudar de que obra exclusivamente por amor a la verdad, sin perjuicio alguno contra ninguna categoría determinada de hombres ni de opiniones. El autor confiesa haber leído algunas de las especulaciones sobre el progreso futuro de la sociedad, sin ánimo de encontrarlas quiméricas, pero no ha adquirido tal dominio sobre su entendimiento que le permita creer lo que desea sin demostración alguna, ni rechazar lo que pudiera serle desagradable cuando va acompañado de pruebas.

El cuadro de la vida humana que aparece en este ensayo está impregnado de melancolía; pero el autor tiene conciencia de que estos sombríos tintes están en la realidad y no provienen de un estado de espíritu decaído o de un carácter más o menos amargado. La teoría del espíritu trazada a grandes rasgos en los dos últimos capítulos explica de forma satisfactoria, a su modo de ver, la existencia de la mayoría de los males de la vida; los lectores dirán si es igualmente aceptable para los demás.

Si consiguiese llamar la atención de los hombres más capaces, sobre lo que considera ser el principal obstáculo en el camino del perfeccionamiento de la sociedad, y contribuyese así a su eliminación, aunque sólo fuese en el plano teórico, se retractaría, con sumo agrado, de sus actuales opiniones, hallando motivos de profunda alegría en el reconocimiento de su error.

7 de junio de 1798

Capítulo 1

Los grandes e imprevisibles descubrimientos de los últimos años en la filosofía natural; la creciente difusión de la cultura general, gracias a la extensión del arte de imprimir; el espíritu investigador, ardiente y libre, que prevalece en el mundo culto e incluso en el mundo inculto; la nueva y extraordinaria claridad que ha sido proyectada sobre la vida política, deslumbrando y asombrando a los más entendidos y, especialmente, aquel tremendo fenómeno surgido en el horizonte político, la Revolución francesa, que, como un cometa en llamas, parece destinado sea a inspirar con una vida nueva y vigorosa sea a abrasar y destruir la mermada población de la tierra; todo ello ha contribuido a suscitar en la mente de muchos hombres de talento la idea de

que la humanidad ha llegado al borde de un período en el que han de producirse importantísimos cambios, los cuales, en cierta medida, serán decisivos para el destino futuro de la sociedad humana.

Se ha dicho que el hombre se halla frente a una alternativa: o marchar adelante con creciente velocidad hacia mejoras ilimitadas y hasta ahora inconcebibles o ser condenado a una perpetua oscilación entre la felicidad y el infortunio, permaneciendo siempre, pese a todos los esfuerzos, a distancias inconmensurables del objetivo soñado.

Sin embargo, a pesar del ansia con la que todo amigo de la humanidad debe anhelar el fin de esta dolorosa espera y el ardor con que un espíritu abierto saludaría cualquier rayo de luz susceptible de aclarar su visión del porvenir, no puede uno sino lamentarse al ver cuán alejados unos de otros se mantienen los escritores al abordar esta trascendentalísima cuestión. Sus argumentos no son objeto de un examen mutuo y sincero. Incluso en el plano teórico, el problema es planteado desde ángulos tan distintos que no parece cercano un acuerdo.

Quienes defienden el presente orden de cosas tienden a considerar la secta de filósofos especulativos, ora como a un grupo de insidiosos y astutos pícaros que predican la benevolencia y trazan seductores cuadros de una sociedad más dichosa, tan sólo para poder destruir mejor las instituciones existentes y dejar campo libre a sus sagaces y ambiciosos proyectos, ora como a irres-

ponsables y alocados entusiastas cuyas necias especulaciones y absurdas paradojas no merecen la atención de ningún hombre razonable.

Quienes sostienen la perfectibilidad del hombre y de la sociedad sienten, a su vez, por el defensor de las instituciones presentes un desprecio no menos acusado. Le tildan de ser esclavo de los prejuicios más miserables y estrechos; le acusan de defender los abusos de la sociedad actual únicamente para continuar beneficiándose de ellos. Le describen, bien como un individuo que prostituye su inteligencia a sus intereses, bien como un desgraciado cuya capacidad mental no le permite alcanzar nada grande y noble ni ver más allá de sus narices y para quien están, evidentemente, vedadas las luminosas ideas de los benefactores de la humanidad.

En este ambiente de enemistad, la causa de la verdad no puede menos de sufrir. Los argumentos de peso, por una parte y por otra, no tienen la posibilidad de ejercer la influencia que merecen. Cada uno prosigue con su propia teoría, sin preocuparse de enmendarla o mejorarla atendiendo a lo expuesto por sus contradictores.

El amigo del presente estado de cosas condena todas las especulaciones políticas en conjunto. Ni siquiera se digna examinar las bases sobre las cuales se postula la perfectibilidad de la sociedad. Y menos aún hace el esfuerzo de exponer, honrada y cabalmente, lo que considera erróneo en dichas teorías.

El filósofo especulativo también ofende la causa de la verdad. Con la mirada fija en una sociedad más feliz, cuyas dichas describe con los más atractivos colores, se entrega sin vacilar a los vituperios más mordaces contra toda institución vigente, sin aplicar su talento a considerar los medios mejores y más seguros de suprimir los abusos, en aparente inconsciencia de los tremendos obstáculos que amenazan, incluso en teoría, el progreso del hombre hacia la perfección.

Es una verdad establecida en filosofía que toda teoría correcta acaba siempre por hallar su confirmación experimental. Se producen, no obstante, en la práctica tantos roces y tantas nimias circunstancias, casi imprevisibles incluso para las mentes más comprensivas y penetrantes, que son escasos los temas respecto a los cuales se puedan decretar correctas teorías que no hayan sufrido la prueba de la experiencia. Pero antes de ser probada, una teoría no puede ser honradamente presentada como probable, y menos aún como correcta, mientras todos los argumentos contra ella no hayan sido objetivamente sopesados y clara y contundentemente refutados.

He leído, con sumo agrado, algunas de las especulaciones sobre la perfectibilidad del hombre y la sociedad. Me he sentido reconfortado y deleitado por el cuadro encantador que nos presentan. Ardientemente deseo tan felices perfeccionamientos. Pero veo el camino hacia ellos erizado de grandes y, a mi juicio, insuperables dificultades. Mi propósito no es otro sino señalar estas dificultades, afirmando, al mismo tiempo, que, lejos de

regocijarme en ellas como causa de triunfo sobre los amigos de la innovación, nada podría producirme mayor agrado que ver estas dificultades totalmente superadas.

El principal argumento que pienso esgrimir no es ciertamente nuevo. El principio sobre el que se asienta fue ya explicado, en parte, por Hume, y más ampliamente por el doctor Adam Smith. También el señor Wallace lo ha utilizado aplicándolo al tema que nos preocupa, pero sin el vigor ni la fuerza debidos, y probablemente habrá otros escritores que hayan abundado en lo mismo y que yo desconozco. Por consiguiente, no hubiera pensado siquiera en presentar de nuevo este argumento, aunque, en todo caso, pienso enfocarlo desde un ángulo distinto de aquellos desde los cuales lo ha sido hasta ahora, si hubiese sido genuina y satisfactoriamente refutado.

El motivo de esta negligencia, por parte de los defensores de la perfectibilidad humana, no es fácil de explicar. No puedo poner en duda el talento de hombres como Godwin y Condorcet. No quiero tampoco dudar de su sinceridad. A mi modo de ver, y probablemente al de la mayoría de los demás, las dificultades para llegar a una sociedad perfecta parecen insuperables. Sin embargo, estos hombres de reconocida inteligencia y sabiduría apenas se dignan mencionarlas y prosiguen sus especulaciones con el mismo ardor y la misma inquebrantable confianza como si estas dificultades no existiesen. No tengo, ciertamente, derecho a decir que su ceguera ante estos argumentos sea deliberada. Más bien debería dudar de la validez de argumentos que, si bien a mí me parecen irrefutables, son, sin embargo, considerados como despreciables por hombres de semejante categoría. Sin embargo, a este respecto, debemos confesar que todos somos demasiado propensos al error. Si yo viese que a un hombre se le ofrecía reiteradamente un vaso de vino, sin que éste le prestara atención alguna, me inclinaría a pensar que el hombre era ciego o descortés. Una filosofía más justa debería enseñarme más bien a pensar que mis ojos me engañaban y que aquel ofrecimiento no era realmente tal y como yo lo percibía.

Al entrar en el tema, debo advertir que he excluido deliberadamente toda mera conjetura, es decir, toda suposición cuya probabilidad de realización no tenga una sólida base filosófica. Supongamos que un escritor me dijera que, en su opinión, el hombre acabará por convertirse en avestruz. No podría llevarle propiamente la contraria. Pero antes de pretender convencer a cualquier persona razonable tendrá dicho escritor que demostrar que los cuellos de los hombres se han ido alargando gradualmente, que sus labios se han ido endureciendo y haciéndose más salientes, que la forma de sus piernas y de sus pies se va modificando día a día, y que su pelo está empezando a transformarse en plumas. Y mientras la probabilidad de tan asombrosa conversión no pueda demostrarse, es pura pérdida de tiempo y despilfarro de elocuencia explayarse sobre la felicidad

del hombre convertido en avestruz, destacar su nueva habilidad tanto para volar como para correr, describirle en su nueva condición, despreciativo de todos los lujos mezquinos y exclusivamente dedicado a cosechar los elementos imprescindibles de la vida, resultando así ligera la parte de trabajo correspondiente a cada hombre y amplia y abundante, en cambio, su parte de ocio.

Creo poder honradamente sentar los dos postulados siguientes:

Primero: el alimento es necesario a la existencia del hombre.

Segundo: la pasión entre los sexos es necesaria y se mantendrá prácticamente en su estado actual.

Estas dos leyes, que han regido desde los tiempos más remotos del conocimiento humano, aparecen como leyes fijas de la naturaleza, y no habiéndose jamás observado en ellas el menor cambio, no tenemos razón alguna para suponer que vayan a dejar de ser lo que hasta ahora han sido, salvo que se produjera un acto directo de poder por parte del Ser que primero ordenó el sistema del Universo y que por el bien de sus criaturas continúa ejecutando, conforme a leyes fijas, todas sus diversas operaciones.

No creo que ningún autor haya supuesto que sobre esta tierra el hombre pueda llegar a vivir sin alimento. Pero lo que sí ha supuesto el señor Godwin es que la pasión entre los sexos pueda eventualmente extinguirse. Como él mismo ha presentado esa parte de su trabajo como una simple desviación al campo de las conjeturas, me limitaré, por el momento, a decir que los mejores argumentos en pro de la perfectibilidad del hombre se desprenden de la contemplación de los grandes progresos que ha realizado desde el estado salvaje en que se hallaba inicialmente y de la dificultad que hay en afirmar en qué punto se detendrá este proceso. Pero precisamente, en lo que se refiere a la extinción de la pasión entre los sexos, hasta ahora el progreso ha sido nulo. Parece existir hoy con la misma fuerza que tenía hace dos mil o cuatro mil años. Hay excepciones individuales, como las ha habido siempre. Pero como el número de esas excepciones no parece aumentar, el deducir simplemente de la existencia de una excepción que ésta se va a convertir eventualmente en ley y la ley en excepción, sería indudablemente una manera de argumentar muy poco filosófica.

Considerando aceptados mis postulados, afirmo que la capacidad de crecimiento de la población es infinitamente mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos para el hombre.

La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética. Basta con poseer las más elementales nociones de números para poder apreciar la inmensa diferencia a favor de la primera de estas dos fuerzas.

Para que se cumpla la ley de nuestra naturaleza, según la cual el alimento sea indispensable a la vida, los efectos de estas dos fuerzas tan desiguales deben ser mantenidos al mismo nivel.

Esto implica que la dificultad de la subsistencia ejerza sobre la fuerza de crecimiento de la población una fuerte y constante presión restrictiva. Esta dificultad tendrá que manifestarse y hacerse cruelmente sentir en un amplio sector de la humanidad.

En los reinos animal y vegetal la naturaleza ha esparcido los gérmenes de vida con enorme abundancia y prodigalidad. Ha sido, en cambio, relativamente parca en cuanto al espacio y el alimento necesarios a su conservación. Los gérmenes de vida contenidos en este trozo de tierra, dada una alimentación abundante y espacio donde extenderse, llegarían a cubrir millones de mundos al cabo de unos pocos miles de años. La penuria, esa imperiosa ley de la naturaleza y que todo lo abarca, se encarga de restringirlos manteniéndolos dentro de los límites prescritos. Tanto el reino de las plantas como el de los animales se contraen bajo esta gran ley restrictiva, y el hombre, por mucho que ponga a contribución su razón, tampoco puede escapar a ella. Entre las plantas y los animales, sus efectos son el derroche de simientes, la enfermedad y la muerte prematura. Entre los hombres, es la miseria y el vicio. La primera, la miseria, es una consecuencia absolutamente necesaria de esta ley. El vicio es una consecuencia sumamente probable y que, por lo tanto, abunda por todas partes, pero quizá no deberíamos considerarlo como consecuencia absolutamente inevitable. La verdadera prueba de la virtud está en la resistencia a todas las tentaciones del mal.

Esta natural desigualdad entre las dos fuerzas de la población y la producción en la tierra, y aquella gran ley de nuestra naturaleza, en virtud de la cual los efectos de estas fuerzas se mantienen constantemente nivelados, constituyen la gran dificultad, a mi entender, insuperable, en el camino de la perfectibilidad de la sociedad. Todos los demás argumentos, comparados con éste, son de escasa y secundaria significación. No veo manera por la que el hombre pueda eludir el peso de esta ley, que abarca y penetra toda la naturaleza animada. Ninguna pretendida igualdad, ninguna reglamentación agraria, por muy radical que sea, podrá eliminar, durante un siglo siquiera, la presión de esta ley, que aparece, pues, como decididamente opuesta a la posible existencia de una sociedad cuyos miembros puedan todos tener una vida de reposo, felicidad y relativa holganza y no sientan ansiedad ante la dificultad de proveerse de los medios de subsistencia que necesitan ellos y sus familias.

Por consiguiente, si las premisas son justas, el argumento contra la perfectibilidad de la masa de la humanidad es terminante.

No he hecho más que esbozar las líneas generales del argumento; lo examinaré ahora con más detalle y podrá observarse que la experiencia, verdadera fuente y fundamento de todo conocimiento, confirma invariablemente su veracidad.

Capítulo 2

Ya dije que la población, si no se pone obstáculos a su crecimiento, aumenta en progresión geométrica, en tanto que los alimentos necesarios al hombre lo hacen en progresión aritmética.

Examinemos si esta afirmación es correcta.

Creo que se me concederá que hasta el presente no ha existido ningún Estado (por lo menos que nosotros conozcamos) en el que las costumbres fuesen tan puras y los medios de subsistencia tan abundantes, que los matrimonios tempranos pudieron efectuarse sin obstáculo alguno, por no existir el temor, en las clases inferiores, a no poder asegurar una vida decente a sus familias, y en las clases altas a ver rebajarse su nivel de vida. Por tanto, no sabemos de ningún Estado en el que la fuerza de crecimiento de la población haya podido ejercerse con absoluta libertad.

Instituido o no el matrimonio legal, la naturaleza y la virtud prescriben al hombre unirse siendo aún joven a una sola mujer. Suponiendo que existiera la libertad de cambiar de mujer en el caso de una elección desafortunada, esta libertad no afectaría al volumen de población mientras estos cambios no adquiriesen por su frecuencia un carácter realmente vicioso; pero estamos ahora suponiendo la existencia de una sociedad en la que el vicio es casi desconocido.

En un Estado, por tanto, de gran igualdad y virtud, donde prevaleciesen costumbres simples y puras y en el que los medios de subsistencia fueran tan abundantes que ningún sector de la sociedad tuviese dificultades en proveerse con holgura, la fuerza de crecimiento de la población se ejercería sin trabas y el aumento de la especie humana sería, evidentemente, mucho más rápido que en ningún período conocido del pasado.

En los Estados Unidos de América, donde los medios de subsistencia han sido más abundantes, las costumbres más puras y, por consiguiente, los matrimonios más fáciles y precoces que en cualquiera de los países modernos de Europa, la población resulta haber doblado en el curso de veinticinco años.

Este ritmo de aumento ha sido alcanzado sin que la fuerza de la población se haya ejercido en su plenitud. Tiene el mérito, sin embargo, de corresponder a una experiencia real y, por tanto, lo adoptaremos como regla; sentaremos, pues, el principio de que la población, cuando no lo impi-

de ningún obstáculo, va doblando cada veinticinco años, creciendo así en progresión geométrica.

Consideremos ahora cualquier territorio, por ejemplo, esta isla, y veamos cuál podría ser el ritmo de aumento de su producción de víveres. Empezaremos considerando el actual régimen de cultivos.

Si admitimos que con la mejor administración posible, parcelando la tierra y dando el máximo impulso a la agricultura, se puede conseguir doblar la producción al término de los primeros veinticinco años, creo que nadie podrá acusarnos de excesiva parquedad.

Pero lo que ya es imposible suponer es que en los veinticinco años siguientes la producción vaya a cuadruplicarse. Sería contrario a todas nuestras nociones sobre la fecundidad de la tierra. Lo más que podríamos concebir es que el aumento en esos segundos veinticinco años llegase a igualar nuestra producción actual. Adoptémoslo como nuestra segunda regla, aunque ciertamente esté bien lejos de la realidad, y admitamos que, merced a enormes esfuerzos, la producción total de la isla pueda registrar cada veinticinco años aumentos equivalentes a la producción actual. El más entusiasta de los soñadores no puede, creo yo, imaginar un ritmo de aumento mayor. Al cabo de unos cuantos siglos, cada acre de nuestro suelo se habría convertido en un jardín.

Pero esta progresión es evidentemente aritmética.

Podemos, pues, afirmar que los medios de subsistencia aumentan en progresión aritmética. Comparemos ahora los efectos de estas dos leyes de aumento.

La población de nuestra isla es actualmente de unos siete millones; supongamos que la producción actual bastó para mantener esta población. Al cabo de los primeros veinticinco años la población sería de catorce millones, y como el alimento habría también doblado, bastaría a su manutención. En los veinticinco años siguientes, la población sería ya de veintiocho millones y el alimento disponible correspondería a una población de tan sólo veintiún millones. En el período siguiente la población sería de cincuenta y seis millones y las subsistencias apenas serían suficientes para la mitad de esa población. Y al término del primer siglo la población habría alcanzado la cifra de 112 millones mientras los víveres producidos corresponderían al sustento de treinta y cinco millones, quedando setenta y siete millones de seres totalmente privados de alimento.

Una gran emigración lleva necesariamente implícita alguna forma de infortunio en el país desertado. Pues pocas personas habrá que abandonen sus familias, sus relaciones, sus amigos y su tierra natal para instalarse en un país desconocido y de clima extraño sin que lo justifique una situación de profundo malestar en el lugar en que se encuentran o la esperanza de hallar considerables ventajas en el lugar de destino.

Pero para generalizar aún más nuestra argu-

mentación y evitar que los aspectos parciales de la emigración puedan interferir en ella, consideremos la tierra en su conjunto, y supongamos que todos los obstáculos al crecimiento de la población fuesen universalmente suprimidos. Si las subsistencias que la tierra, en su conjunto, suministra al hombre aumentasen cada veinticinco años en una cantidad igual a la que actualmente produce, significaría que la capacidad productiva de la tierra sería absolutamente ilimitada y su ritmo de incremento muy superior al que podríamos concebir como susceptible de ser alcanzado por el esfuerzo de la humanidad.

Estimando la población del mundo, por ejemplo, en mil millones de seres, la especie humana crecería como los números: 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, 512, etc., en tanto que las subsistencias lo harían como: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10; etcétera. Al cabo de dos siglos y cuarto la población sería a los medios de subsistencia como 512 es a 10; pasados tres siglos la proporción sería de 4.096 a 13 y a los dos mil años la diferencia sería prácticamente incalculable a pesar del enorme incremento de la producción para entonces.

No hemos asignado límite alguno a la producción de la tierra. La hemos concebido como susceptible de un aumento indefinido y capaz de rebasar cualquier límite que se le fije, por muy grande que éste sea; sin embargo, la fuerza de la población es de un orden superior y, por consiguiente, el crecimiento de la especie humana únicamente podrá mantenerse nivelado al aumento de

los medios de subsistencia mediante la constante acción de la poderosa ley de la necesidad refrenando el impulso de la mayor de estas fuerzas.

Nos queda ahora por examinar los efectos de esta acción restrictiva.

Respecto a las plantas y a los animales, la cuestión es simple. Unos y otros son impulsados por el poderoso instinto a multiplicar su especie, sin que este instinto sea detenido por ningún raciocinio o reparo acerca del sustento de la prole. Siempre que existe libertad tenemos la fuerza generadora en acción y los efectos de la excesiva abundancia son destruidos posteriormente por la falta de espacio y de alimento, tan frecuente entre las plantas y los animales, y, asimismo, entre estos últimos, por la lucha a muerte que se libran entre sí.

Los efectos de este obstáculo son mucho más complejos en el hombre. Él también se halla impulsado a multiplicar su especie por un instinto no menos potente, pero la voz de la razón le detiene en su impulso. ¿No estará trayendo al mundo seres a quienes no pueda, tal vez, asegurar el sustento? En un régimen de igualdad la cuestión no presenta dificultades. Pero en el estado actual de la sociedad surgen otras consideraciones. ¿Le obligará el aumento de familia a reducir su posición en la vida? ¿Se encontrará con más dificultades de las que ya tiene? ¿Tendrá que trabajar más? Y si su familia es ya numerosa, ¿podrá, con un esfuerzo agotador, hacer frente a los nuevos gastos?, ¿podrá evitar que sus niños anden an-

drajosos y llenos de miseria, pidiéndole un pan que no pueda darles?, ¿y no se verá quizá en la irritante necesidad de hipotecar su independencia y tener que recurrir al brazo salvador de la caridad?

Estas consideraciones están destinadas a evitar, y sin duda alguna lo evitan, que muchos hombres, en los países civilizados, se dejen llevar por el aguijón de la naturaleza, y tomen mujer cuando aún son muy jóvenes. Y esta restricción conduce al vicio casi por necesidad, aunque no de forma ineludible. Sin embargo, en todas las sociedades, incluso en las de costumbres más viciosas, la tendencia hacia el enlace virtuoso es tan fuerte, que se observa una presión constante hacia el aumento de la población. Esta presión tiende, con no menos constancia, a hundir a las clases inferiores de la sociedad en la miseria y a evitar toda permanente mejora considerable de su situación.

Veamos en qué forma parecen producirse estos efectos.

Supondremos que los medios de subsistencia en un país determinado son los justos para asegurar el holgado sustento de la población. La constante fuerza de crecimiento de la población, que, como hemos visto, actúa incluso en las sociedades más viciosas, hace que el número de habitantes aumente más de prisa que los medios de subsistencia. El alimento que aseguraba el sustento de siete millones de personas tendrá que distribuirse ahora entre siete y medio u ocho millones. Los pobres vivirán, por consiguiente, mucho peor, y

muchos de ellos se verán abocados a la más angustiosa miseria. Por ser el número de trabajadores superior a las posibilidades de absorción del mercado laboral, el precio del trabajo tenderá a disminuir, mientras que los precios de los productos alimenticios tenderán a subir. El obrero se verá, pues, obligado a trabajar más para ganar lo mismo. Durante este período de escasez son tantas las dificultades que hay que vencer para mantener una familia que los matrimonios se hacen menos frecuentes y la población deja de aumentar. Mientras tanto, el bajo precio y la abundancia de la mano de obra, y, asimismo, la necesidad de crear nuevos puestos de trabajo, incita a los cultivadores a aumentar el número de sus braceros, a roturar nuevas parcelas y a abonar y mejorar las que ya tienen en cultivo, de tal suerte que eventualmente la producción de alimentos alcanza de nuevo la proporción respecto a la población que tenía al iniciar nuestro análisis. El obrero vuelve a vivir en condiciones de relativo confort, con lo cual la tensión restrictiva de la población se afloja de nuevo, volviendo a iniciarse el mismo proceso alternativo de progreso y retroceso de la felicidad humana.

Este tipo de oscilación no será advertido por un observador superficial e incluso al más perspicaz le será difícil calcular su periodicidad. Pero no creo que ningún hombre reflexivo que estudie la cuestión con la debida profundidad ponga en duda el hecho de que esta oscilación existe en todos los países viejos aunque, bajo el efecto de

influencias oblicuas, aparezca con mucho menos relieve y regularidad que en mi descripción anterior.

Son muchas las razones por las cuales esta oscilación no ha tenido una confirmación experimental decisiva y ha sido menos evidente de lo que se podía suponer.

Una razón principal es que las historias de la humanidad escritas hasta la fecha son historias tan sólo de las clases superiores. Disponemos de muy pocos relatos históricos fidedignos que describan las costumbres y los quehaceres del sector de la humanidad en el que principalmente se produce este movimiento oscilatorio de progreso y retroceso. Una historia de este tipo relativa a un pueblo y a un período determinado exigiría, para ser realmente satisfactoria, la atención constante y minuciosa de una mente observadora durante toda una larga vida. Algunas de las cuestiones a investigar serían, por ejemplo, la proporción entre el número de matrimonios y el número de adultos, la relación entre la extensión del vicio en las costumbres y las restricciones matrimoniales, el estudio comparativo de la mortalidad infantil en los sectores más desamparados de la población y en los de vida más holgada, las variaciones en el precio real del trabajo, y, finalmente, las diferencias visibles en la situación de las clases desheredadas, desde el punto de vista de su felicidad y del grado de comodidad de su vida, en diferentes ocasiones dentro de un mismo período.

Una historia así enfocada contribuiría considerablemente a elucidar la manera de actuar de esta constante fuerza restrictiva de la población y demostraría, pobablemente, la existencia de ese movimiento de progreso y retroceso, al que hacíamos anteriormente referencia, aun cuando la periodicidad de este movimiento ha de ser necesariamente irregular, bajo la influencia de una gran diversidad de causas de interrupción tales como la implantación o el hundimiento de ciertas industrias manufactureras, el espíritu más o menos emprendedor de los agricultores, la abundancia o escasez de las cosechas, las guerras y las pestes, las «leyes de pobres» *(poor laws)*, el invento de nuevos procesos de fabricación que permiten reducir la mano de obra sin una ampliación proporcional del mercado de salida de esta mercancía y, en particular, la diferencia entre el precio nominal y el precio real del trabajo, circunstancia ésta que quizá más que ninguna otra contribuye a que ese movimiento de oscilación pase inadvertido.

Ocurre muy pocas veces que el precio nominal del trabajo descienda universalmente, pero bien sabemos que con frecuencia se ha mantenido invariado, mientras subía gradualmente el precio nominal de los productos alimenticios. Esto, en la práctica, representa una disminución real del precio del trabajo, y, en los períodos en que esto ocurre, las condiciones de las capas inferiores de la comunidad se hacen cada vez más insoportables. Pero los agricultores y capitalistas se enriquecen gracias al bajo precio real de su mano de obra. Sus crecientes capitales les permiten em-

plear a un mayor número de trabajadores. Al aumentar la demanda de trabajo, subirá necesariamente el precio del mismo. Pero la falta de libertad en el mercado laboral, que se observa más o menos en todas las comunidades, o por las leyes parroquiales o como consecuencia de esa facilidad para ponerse de acuerdo que tienen los ricos y les falta a los pobres, tiende a evitar que la subida del precio del trabajo se produzca en el natural momento y lo mantiene bajo por algún tiempo, quizá hasta un año de mala cosecha, cuando el clamor de los trabajadores es demasiado estruendoso y su indigencia demasiado manifiesta para poder seguir resistiéndola.

La verdadera causa del aumento del precio del trabajo queda, pues, oculta, y los ricos pueden así presentar este aumento como un gesto de compasión y de condescendencia hacia los pobres, para mitigar los efectos de una mala cosecha, de tal suerte que al volver la abundancia no vacilan en manifestar la menos razonable de las quejas: que el precio del trabajo no vuelve a caer, cuando un poco de reflexión les haría comprender que la subida de este precio se hubiera producido mucho antes de no haber sido demorada por su injusta conjura.

Pero si bien es verdad que con sus maniobras desleales los ricos contribuyen con frecuencia a prolongar situaciones particularmente angustiosas para los pobres, no es menos cierto que ninguna forma posible de sociedad es capaz de evitar la acción casi constante de la miseria, bien sea sobre

una gran parte de la humanidad, en el caso de existir desigualdad entre los hombres, bien sobre toda ella si todos los hombres fuesen iguales.

La teoría sobre la cual se asienta la verdad de esta posición me parece tan extremadamente clara que no logro imaginarme qué parte de la misma pueda ser refutada.

Que la población no puede aumentar sin que aumenten los medios de subsistencia es una proposición tan evidente que no requiere demostración.

Que la población aumenta invariablemente cuando dispone de los medios de subsistencia lo demuestra ampliamente la historia de todos los pueblos que han existido en la tierra.

Y que la fuerza superior de crecimiento de la población no puede ser frenada sin producir miseria o vicio lo atestigua con harta certidumbre la considerable dosis de estos dos amargos ingredientes en la copa de la vida humana y la persistencia de las causas físicas que parecen haberlos producido.

Pero a fin de afianzar aún más la validez de estas tres proposiciones, examinemos los diferentes estados por los que la humanidad ha pasado en su trayectoria histórica. Pienso que un breve repaso de estos estados bastará para convencernos de que estas proposiciones son verdades incontrovertibles.

En el estado más primitivo de la humanidad, en el que la caza era la principal ocupación del hombre y la única forma de adquirir alimento, con los medios de subsistencia esparcidos sobre grandes extensiones de territorio, la densidad de la población era necesariamente escasa. Se dice que la pasión entre los sexos es menos ardiente entre los indios de Norteamérica que en cualquier otra de las razas humanas. Sin embargo, a pesar de esta apatía, el crecimiento de la población parece haber sido, incluso en este pueblo, siempre superior al aumento de las subsistencias. Esto parece ser debido al aumento relativamente rápido de la población que se produce cada vez que una de sus tribus se instala sobre algún territorio fértil y puede obtener su alimento de fuentes más fructíferas

que las de la caza; se ha observado a menudo cómo en familias instaladas a proximidad de las colonias europeas y en las que, por consiguiente, se han ido introduciendo formas de vida más fáciles y más civilizadas, las mujeres llegan a criar cinco, seis y más hijos, en tanto que en estado salvaje son pocas las familias en las que más de uno o dos hijos alcancen la edad madura. Lo mismo se ha observado entre los hotentotes instalados a proximidad de El Cabo. Estos hechos confirman la superioridad de la fuerza de crecimiento de la población sobre la que determina el aumento de las subsistencias en los pueblos de cazadores y nos muestran la pujanza con la que esta fuerza actúa cuando puede hacerlo libremente.

Falta por dilucidar si esta fuerza puede ser refrenada para que sus efectos se mantengan al nivel de los medios de subsistencia sin que intervengan la miseria y el vicio.

Los indios de Norteamérica, considerados como pueblo, no son precisamente libres ni iguales. En toda la información que tenemos sobre ellos, y por cierto sobre la mayoría de los demás pueblos primitivos, la mujer aparece aún más esclavizada por el hombre que el pobre por el rico en los países civilizados. Una mitad de la población se nos presenta actuando como ilotas de la otra mitad, y vemos a la miseria, que frena el crecimiento de la población, abrumando, como es de ley, principalmente, a los estamentos inferiores de la sociedad. La infancia, en este estado primitivo, necesita cuidados particulares que las mujeres no pueden pres-

tarle, estando condenadas a sufrir las molestias y sinsabores de frecuentes desplazamientos, con la constante y agobiadora preocupación de tener siempre todo dispuesto para recibir debidamente a sus tiránicos esposos. Estas duras labores, realizadas tanto durante el embarazo como con el niño atado a la espalda, no pueden menos de provocar frecuentes abortos y, al mismo tiempo, sirven para seleccionar los niños más robustos, que serán los únicos en llegar a la edad madura. Si añadimos a estas penalidades sufridas por las mujeres el azote de las incesantes guerras tribales, y la frecuente obligación en que se encuentran de abandonar a sus padres, ancianos y desvalidos, violando así los sentimientos más primarios de su naturaleza, tendremos un cuadro de la vida en aquella época, marcado con el sello del dolor y de la miseria. Al estimar el grado de felicidad alcanzado por un pueblo salvaje, no debemos fijar nuestra mirada tan sólo sobre el guerrero en la flor de la vida; es uno entre un centenar, es el señor, el hombre afortunado, el favorecido por la suerte; pero cuántos intentos frustrados hasta lograr producir este ser privilegiado, protegido por sus genios guardianes contra los peligros innumerables que amenazaban su infancia y su juventud. El verdadero criterio de comparación entre dos naciones está, creo yo, en enfrentar cada grupo de cada una de ellas con aquel al que parece responder en la estructura de la otra. Así, por ejemplo, pueden compararse, por una parte, los guerreros salvajes en la flor de la vida con

los señores de los países civilizados y, por la otra, las mujeres, los niños y los ancianos de los países primitivos con las clases inferiores de las comunidades civilizadas.

Pienso que de esta breve reseña, o mejor dicho, de la información que tenemos sobre la vida de los pueblos cazadores, podemos deducir que si su población es escasa, es debido a la escasez de alimentos; que esta población aumentaría en cuanto los alimentos fuesen más abundantes y que descartando el vicio, que no existe en los pueblos salvajes, tiene que ser la miseria la que reprima la fuerza superior de la población y mantenga sus efectos al nivel de los medios de subsistencia. Tanto la experiencia del pasado inmediato como la observación de la realidad presente nos muestra que este freno actúa, salvo en contadas excepciones de alcance local o temporal, con carácter permanente en todas las naciones salvajes, y la teoría nos indica que probablemente actuaba hace mil años con casi la misma fuerza y lo hará dentro de otros mil con una fuerza no muy superior.

Respecto a las costumbres y formas de vida de una sociedad dedicada al pastoreo, estado siguiente de la humanidad, nuestra ignorancia es aún mayor. Pero la historia pasada de Europa y de los más hermosos países del mundo nos demuestra que tampoco los pueblos pastores pudieron eludir el azote de la miseria por escasez de alimentos. Fue el hambre el aguijón que impulsó a los pastores escitas a abandonar sus poblados nativos, como lobos hambrientos en busca de sus presas. Mo-

vidos por esta misma fuerza arrolladora, multitudes de bárbaros se fueron reuniendo procedentes de todos los puntos del hemisferio norte. Dejando tras de sí un rastro profundo de terror y de muerte, sus masas congregadas oscurecieron el sol de Italia y hundieron al mundo entero en las tinieblas de una noche universal. Estos tremendos efectos, sufridos tan profundamente y durante tanto tiempo en la parte más hermosa de la tierra, no tuvieron más causa que la superioridad de la fuerza de crecimiento de la población respecto a los medios de subsistencia.

Se sabe que un territorio dedicado al pastoreo no puede mantener al mismo número de habitantes que si estuviese cultivado, pero lo que les da a las naciones de pastores su enorme poderío es la facultad que tienen de movimiento y la necesidad en la que se encuentran con frecuencia de ejercer esta facultad para buscar los nuevos pastos que necesitan sus reses. Una tribu con mucho ganado tenía en él una base de alimentación abundante. En caso de absoluta necesidad, siempre tenía el recurso de devorar incluso a los animales de vientre. Las mujeres vivían con más comodidad que en los países de cazadores. Los hombres, con la fuerza de su unidad y la confianza de disponer de pastos para sus ganados manteniéndose en movimiento, sentían probablemente muy pocos temores respecto al sustento de sus familias. La combinación de estas favorables circunstancias pronto provocó su natural e invariable efecto de aumentar la población. Fue entonces necesaria

una movilidad aún mayor. Las tribus ocuparon territorios cada vez más amplios, extendiendo la desolación a su alrededor. El hambre aguijó a los miembros menos afortunados de la sociedad y finalmente, la imposibilidad de mantener comunidades humanas tan numerosas fue demasiado evidente para ser resistida. Jóvenes fueron lanzados de la comunidad de sus padres y aleccionados para explorar nuevas regiones y conquistar con sus espadas mejores lugares para instalarse con sus familias. «Ante ellos tenían al mundo entero para escoger». Con la angustia de su presente infortunio, con la esperanza de un porvenir más risueño y animados por un intrépido espíritu emprendedor y aventurero, estos hombres valientes fácilmente se convertían en formidables adversarios de quienes pretendieran oponerse a ellos. Los pacíficos moradores de los países invadidos ofrecían poca resistencia ante el ampuje de hombres impulsados por tan perentorios motivos. Pero cuando el choque se producía con otras tribus semejantes, la contienda se convertía en una lucha feroz por la existencia, en un combate desesperado a vida o muerte.

En estas salvajes contiendas, muchas tribus habrán sido totalmente exterminadas; algunas de ellas probablemente por el hambre y la miseria. Las que tuvieron mejor estrella crecieron y se convirtieron en tribus poderosas que, a su vez, destacaron a sus elementos jóvenes y de espíritu más aventurero en busca de territorios aún más fértiles. El prodigioso derroche de vidas humanas pro-

ducido por estas luchas perpetuas por el espacio y el alimento era ampliamente compensado por la enorme fuerza de crecimiento de la población, actuando, prácticamente, sin freno ni trabas, gracias a la forma de vida migratoria. Las tribus que emigraron hacia el sur, a pesar de tener que luchar constantemente para poder establecerse en estas regiones más fértiles, crecieron rápidamente tanto en número como en fuerza, merced a la abundancia de sus medios de subsistencia. De esta suerte, al cabo de cierto tiempo, todo el territorio, desde las fronteras de China hasta las costas del mar Báltico, fue poblado por diversas razas de bárbaros, valientes, robustos y emprendedores, avezados a las privaciones y ansiosos de combatir. Algunas tribus conservaron su independencia. Otras se alinearon bajo el estandarte de algún jefe bárbaro que las condujo de triunfo en triunfo, y lo que es aún más importante, hacia regiones donde abundaba el trigo, el vino y el aceite, esos productos tan deseados y que constituían la mejor recompensa a sus esfuerzos y sufrimientos. Un Alarico, un Atila, un Jengis Khan y los jefes que les rodeaban combatían tal vez por la gloria, por la fama de sus conquistas, pero lo que realmente puso en movimiento la gran marea migratoria del Norte, y lo que continuó impulsándola en diferentes épocas contra China, Persia, Italia e incluso Egipto, fue la escasez de alimentos y la desproporción entre la población y los medios de subsistencia.

La población absoluta en cualquiera de estos

períodos tenía necesariamente que ser escasa en relación con la superficie del territorio, visto el carácter improductivo de algunas de las regiones ocupadas; pero el ritmo en que se sucedían los seres humanos debió ser sumamente rápido, y tan pronto como algunos caían bajo la guadaña de la guerra o el hambre, otros surgían, en números crecientes, para ocupar sus plazas. Entre estos audaces e imprórvidos bárbaros, la población crecía probablemente sin el obstáculo que supone, en los Estados modernos, el temor a las dificultades futuras. La permanente confianza en los beneficiosos efectos del cambio de lugar, la constante expectación de futuros botines, la facultad, incluso, en último extremo, de vender a los hijos como esclavos, y añadido a esto la indiferencia natural del carácter bárbaro, todo contribuía a la superabundancia de una población que el hambre y la guerra se encargaban luego de frenar.

Cuando impera la desigualdad de condiciones, como muy pronto ocurre en las sociedades de pastores, la desgracia provocada por la escasez de alimentos recae principalmente sobre los miembros más desafortunados de la sociedad. Y generalmente quienes más han de sufrir serán las mujeres, expuestas eventualmente a ver sus hogares saqueados durante la ausencia de sus esposos y sometidas a continuos desengaños en la espera de su regreso.

Pero si bien no conocemos suficientemente la historia detallada e íntima de estos pueblos para poder determinar con exactitud sobre qué sector

recaía principalmente la angustia de la falta de alimentos y en qué medida afectaba a la sociedad en su conjunto, creo que podemos afirmar, basándonos en toda la información que tenemos sobre las naciones de pastores, que su población aumentó cada vez que como consecuencia de la emigración o de cualquier otra causa aumentaron los medios de subsistencia; pero la miseria y el vicio intervinieron para detener este aumento de la población y mantener ésta al nivel de los medios de subsistencia.

Pues, independientemente de las viciosas costumbres que respecto a las mujeres puedan haber mantenido entre ellos, y que siempre han actuado como freno al aumento de la población, hay que reconocer, creo yo, que la guerra en sí es ya un vicio, y su efecto la miseria, y nadie puede poner en duda la miseria que entraña la falta de alimento.

Al examinar, desde el punto de vista que nos interesa, el siguiente estado de la humanidad, o sea, el estado combinado de pastoreo y cultivo, en el que, con alguna variación en las proporciones, deberán permanecer siempre las naciones más civilizadas, tendremos la ayuda de lo que a diario vemos a nuestro alrededor, de nuestra experiencia directa, de los hechos que continuamente se ofrecen a la observación de todos nosotros.

A pesar de las exageraciones de algunos viejos historiadores, no creo que para ningún hombre sensato pueda caber la menor duda de que la población de los principales países de Europa, Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Polonia, Suecia y Dinamarca, es hoy mucho mayor que nunca lo fue en tiempos pasados. La causa evidente de estas exageraciones es el aspecto formidable que adquie-

re una nación por poca población que tenga, cuando se agrupa y se desplaza entera en busca de nuevos parajes. Si a esta tremenda apariencia añadimos que con cierta frecuencia se repetían emigraciones similares, no nos sorprenderá mucho que en los atemorizados países del Sur se tuviese la impresión de que las regiones del Norte eran verdaderos hormigueros humanos. Examinando ahora la cuestión más de cerca y con mejor criterio, podemos asentar que tal inferencia no era menos absurda que la de un hombre de este país que, encontrándose continuamente en la carretera con rebaños de vacas procedentes del Norte y del país de Gales, llegara a la inmediata conclusión de que esas regiones eran las más productivas del reino.

La razón por la cual la mayor parte de Europa tiene ahora una población mayor que en el pasado está en la laboriosidad de sus habitantes, merced a la cual estos países producen hoy una mayor cantidad de medios de subsistencia.

Pues creo que puede afirmarse, sin temor a equivocación, que considerando una extensión de territorio suficiente para poder incluir la importación y la exportación, y concediendo cierta flexibilidad para el predominio de los hábitos de lujo o de frugalidad, la población mantiene una proporción constante respecto a la cantidad de alimentos que la tierra produce. En la controversia sobre la población más o menos abundante de las naciones antiguas y modernas, si se pudiese determinar con precisión que la producción media de los países en cuestión, tomados en su conjunto, era inferior en los tiempos de Julio César a la que es en la actualidad, la cuestión quedaría inmediatamente zanjada.

Cuando se nos asegura que China es el país más fértil del mundo, que casi todo su territorio está en cultivo, y que una gran proporción del mismo produce dos cosechas al año, y, por añadidura, que el pueblo vive con gran frugalidad, podemos deducir con certeza que su población tiene que ser inmensa, sin preocuparnos en hacer encuestas sobre las costumbres y hábitos de las clases inferiores ni sobre los medios de estimular los matrimonios precoces. Pero estas encuestas son, sin embargo, de enorme importancia, y la historia detallada y minuciosa de las costumbres del pueblo bajo de China sería de máxima utilidad si queremos cerciorarnos de cómo actúan los obstáculos que impiden el excesivo crecimiento de la población, cuáles son los vicios y cuáles los padecimientos que impiden que la población desborde el cauce que le señala la limitada capacidad alimenticia del país.

Hume, en su ensayo sobre la populosidad de las naciones antiguas y modernas, en el cual —según dice— ha entremezclado el estudio de las causas con el de los hechos, no parece darse cuenta, pese a su usual poder de penetración, de lo poco convincente que son algunas de las causas que presenta como base de sus estimaciones sobre la población de las naciones antiguas. Si alguna inferencia se desprende de tales causas, más bien servirían a refutar sus conclusiones; aunque tratán-

dose de Hume debo, naturalmente, poner mucho cuidado antes de permitirme disentir de las opiniones de un hombre que en estas cuestiones es, sin duda, el menos propenso a dejarse engañar por las primeras apariencias. Si descubro que en un determinado período de la historia antigua el estímulo a constituir una familia era particularmente fuerte, que, por consiguiente, prevalecían los matrimonios precoces y eran poco frecuentes los casos de celibato, podré tener la seguridad de que la población en esa época aumentaba rápidamente, pero no de que era ya muy abundante, sino tal vez lo contrario, pues solamente con una población escasa puede quedar un margen de espacio y de alimentos para un número mucho mayor. Si descubro, en cambio, que en ese período las dificultades con que tropezaban las familias eran difíciles de superar y, por consiguiente, abundaban los solteros de ambos sexos y escaseaban los matrimonios precoces, mi deducción será que la población se mantendría estacionaria y siendo probablemente muy numerosa en proporción con la fertilidad de la tierra dejaba muy poco margen de espacio y alimentos para poder aumentar. Hume parece considerar que el número importante de criados, sirvientas y otras personas que permanecen solteras en los Estados modernos es un argumento que contradice la idea de que en estos Estados la población es numerosa. Yo más bien llegaría a una conclusión contraria y lo consideraría como un argumento que tiende a demostrar la abundancia de esa población, si bien

no constituye un argumento decisivo, ya que existen muchos países con pocos habitantes y cuya población es, no obstante, estacionaria. Para ser rigurosamente correctos en nuestras afirmaciones, lo que sí podemos decir es que el número de personas solteras en proporción al número total de habitantes, en períodos distintos y en el mismo o en varios Estados, nos permite apreciar si la población en estos períodos aumenta, se mantiene estacionaria o disminuye, pero no puede servirnos de criterio para juzgar sobre su magnitud absoluta.

Existe, sin embargo, una circunstancia señalada en casi todos los informes que se reciben de China, que resulta difícil conciliar con este argumentos. Se nos dice que los matrimonios precoces son una regla muy general en todos los sectores de la población china. Sin embargo, el doctor Adam Smith supone que la población china es estacionaria. Estas dos circunstancias parecen irreconciliables. Evidentemente, es muy poco probable que la población esté aumentando rápidamente. Cada acre de terreno ha estado en cultivo desde hace tantos años que es difícil que su rendimiento anual pueda aumentar mucho. Tal vez la afirmación respecto al carácter generalizado de los matrimonios precoces no esté suficientemente demostrada. Si lo damos por cierto, la única manera de eludir la dificultad, de acuerdo con nuestro conocimiento actual del tema, será suponer que el exceso de población producido necesariamente por la preponderancia de los matrimonios

precoces queda suprimido por el hambre que periódicamente se extiende por el país y por el hábito, probablemente más extendido de lo que a los europeos se les confiesa, de abandonar a los niños en los momentos de apuro. Respecto a esta bárbara costumbre, es difícil no observar que no puede haber prueba más definitiva de la angustia terrible que sufre la humanidad a causa de la falta de alimento que la existencia de una costumbre que viola el más natural de los principios del corazón humano. Tengo entendido que este proceder era usual en las naciones antiguas, y no cabe duda de que más bien tendía a aumentar la población.

Al examinar los principales Estados de la Europa moderna se observa que si bien su población ha crecido considerablemente desde los tiempos en que se dedicaban al pastoreo, su ritmo de crecimiento actual es lento, y en vez de doblar su población cada veinticinco años tardan en hacerlo ahora de trescientos a cuatrocientos años o mucho más. Algunos países tienen una población completamente estacionaria y otros, incluso decreciente. La causa de esta lentitud actual en el crecimiento de la población no está, por cierto, en un enfriamiento de la pasión entre los sexos. Tenemos motivos suficientes para pensar que esta propensión natural existe hoy con el mismo vigor que en otros tiempos. ¿Por qué, entonces, sus efectos no se traducen en el rápido aumento de la especie humana? Examinando de cerca la situación de la sociedad en cualquier país de Europa, lo que serviría igualmente para cualquier otro de ellos, podemos contestar a esta pregunta señalando los dos obstáculos que impiden su crecimiento natural: la aprensión ante las dificultades que supone el mantenimiento de una familia, lo que actúa como obstáculo preventivo; y el hambre y las privaciones sufridas por la infancia en las clases humildes, que actúa como obstáculo positivo.

Tomaremos el ejemplo de Inglaterra, uno de los Estados más florecientes de Europa, seguros de que las observaciones que hagamos podrán aplicarse con escasas variaciones a cualquier otro país que tenga un crecimiento de población relativamente lento.

El obstáculo preventivo parece ejercer su acción, prácticamente, en todas las capas sociales inglesas. Hay hombres, incluso de las clases más altas, que huyen del matrimonio simplemente por el temor a sostener una familia a su cargo, lo que les obligaría a reducir sus gastos y privarse de algunas de sus caprichosas diversiones. Estas consideraciones son quizá triviales, pero no hay que olvidar que a medida que vamos descendiendo los sucesivos escalones sociales, los motivos y el fundamento de esta aprensión y de este reparo preventivo son cada vez de más peso.

Un hombre de profesión liberal pero cuyos ingresos sean escasamente suficientes para permitirle vivir entre *gentlemen,* comprende perfectamente que si se casa y tiene familia se verá obligado, si quiere hacer vida social, a alternar con agricul-

tores modestos y pequeños comerciantes. Pero la mujer que un hombre educado escoge como esposa tendrá los mismos gustos y los mismos sentimientos que él y estará también acostumbrada a un trato social totalmente distinto a aquel al que habría de reducirse una vez casada. ¿Puede un hombre consentir en someter al objeto de su cariño a condiciones tan contrarias probablemente a sus gustos e inclinaciones? El descenso de dos o tres peldaños, particularmente en este sector de la escala social, donde termina la educación y empieza la ignorancia, es considerado por la opinión general como una desgracia grave y real que nada tiene de fantástica o quimérica. Si la sociedad ha de ser deseable, tiene, indudablemente, que ser una sociedad libre, igual y recíproca, en la que los beneficios sean conferidos y también recibidos, y no como la constituida por relaciones de dependencia como las que unen al empleado con su patrón y al pobre con el rico.

No cabe duda que estas consideraciones evitan que muchos jóvenes de nivel social relativamente elevado se dejen llevar por sus inclinaciones y contraigan matrimonio en edad temprana. Otros, impulsados por una pasión tal vez más fuerte o por un entendimiento más débil, vencen estos obstáculos; y sería ciertamente lamentable que la gratificación de tan deleitable pasión como el amor virtuoso no compensase a veces con creces todos los males que la acompañan. Pero debemos recordar, muy a pesar nuestro, que generalmente las consecuencia de estos matrimonios, más que disminuir lo que hacen es agudizar la aprensión de los más prudentes.

A los hijos de los comerciantes y de los labradores se les aconseja no casarse, y generalmente se ven obligados a seguir este consejo, mientras no tengan establecido algún negocio o adquirida una labranza que les permita mantener a su familia. Y, a veces, cuando consiguen esto, llevan ya recorrida buena parte de su vida. La falta de labranzas es motivo de constantes quejas en Inglaterra. Y la competencia en toda clase de negocios es tan enorme que es imposible que todos tengan buen éxito.

El labrador que gane dieciocho peniques al día y consigue vivir, estando soltero, con un mínimo de confort, vacilará un poco antes de decidirse a repartir entre cuatro o cinco un sustento que apenas es suficiente para él. Estará, tal vez, dispuesto a sacrificar su comodidad y a trabajar más a cambio de poder compartir la vida con la mujer que ama, pero, por poco que piense, tendrá que comprender que el día en que tenga una familia numerosa y sufra una racha de mala suerte, ni su frugalidad ni todo el esfuerzo físico que quiera desplegar en su trabajo podrá preservarle de la desgarradora sensación de ver a sus hijos pasar hambre, o evitarle tener que sacrificar su independencia recurriendo a la asistencia pública. El amor a la independencia es un sentimiento que seguramente nadie quisiera arrancar del corazón del hombre, pero hay que reconocer que más que ninguna otra, la ley de beneficencia inglesa parece

estar calculada para ir debilitando gradualmente este sentimiento y, en última instancia, eliminarlo totalmente.

Los criados que viven en las familias de la alta sociedad tienen que vencer, para casarse, tremendos obstáculos. Poseen todo lo que puedan necesitar y gozan de una vida que en cuanto a confort poco tiene que envidiar a la de sus amos. Su trabajo es fácil y su alimentación es opulenta comparada con la de los trabajadores. La sensación de dependencia que podrían tener es atenuada por su confianza en poder cambiar de amo si alguna vez se sienten ofendidos. Frente a su situación de comodidad presente, ¿qué perspectivas les ofrece el matrimonio? Sin conocimientos ni capital que les permita montar un negocio o instalar una granja, e incapaces por falta de costumbre, de ganar el sustento con un trabajo manual diario, el único recurso que parece brindárseles es el de trabajar en una miserable taberna; lo que, ciertamente, no ofrece perspectivas agradables para el ocaso de su vida. Disuadidos y acobardados por las perspectivas poco risueñas que se abren ante ellos, la aplastante mayoría deciden permanecer solteros sin moverse de donde están.

Si este esbozo de la situación de la sociedad inglesa se aproxima a la realidad, y no creo que sea exagerado, se me concederá que el obstáculo preventivo al incremento de la población en este país actúa, aunque con fuerza variable, en todas

las clases de la comunidad. La misma observación podría hacerse con respecto a los demás países antiguos. Las consecuencias de estas restricciones al matrimonio las vemos con harta evidencia en los vicios que se han ido extendiendo por todas las partes del mundo, arrastrando continuamente a ambos sexos a las desdichas más inextricables.

El obstáculo positivo al incremento de la población, es decir, el que reprime un aumento ya iniciado, se limita principalmente, aunque quizá no exclusivamente, a los estamentos inferiores de la sociedad. Este obstáculo no es quizá tan evidente como el anterior, y para demostrar claramente su fuerza y su eficacia acaso fuesen precisos más datos de los que obran en nuestro poder. Pero quienes se preocupan de examinar las estadísticas relativas a la mortalidad infantil observan generalmente que de la totalidad de los niños que mueren cada año una parte totalmente desproporcionada procede de familias que pueden suponerse incapaces de suministrar a sus hijos la alimentación y los cuidados que requiere la infancia; niños expuestos a toda suerte de penalidades, viviendo en tugurios malsanos y obligados a realizar duros trabajos impropios de su edad. Esta elevada mortalidad entre los hijos de los pobres es patente en todas las ciudades. Ciertamente, no alcanza las mismas proporciones en las zonas rurales, pero la cuestión no ha sido aún estudiada con la suficiente atención para poder afirmar que incluso en el campo el número de niños pobres muertos cada año no es proporcionalmente superior al de los niños de las clases medias o altas. Parece difícil suponer que la mujer de un jornalero agrícola, madre de seis hijos, a quien en ocasiones le falta incluso el pan, va a estar siempre en condiciones de suministrar a todos sus hijos el alimento y las atenciones indispensables para vivir. Los hijos y las hijas de familias campesinas no se asemejan siempre, en la vida real, a esos querubines sonrosados descritos en las novelas. Quienes han vivido bastante en el campo no pueden haber dejado de observar las frecuentes dificultades de crecimiento que sufren los hijos de los campesinos y lo mucho que tardan en alcanzar su madurez. Muchachos que aparentan tener catorce o quince años tienen con frecuencia dieciocho o diecinueve realmente. Y entre los mozos que se ven en el campo arando, lo cual es, sin duda, un ejercicio saludable, son pocos los que tienen buena musculatura, circunstancia que sólo puede ser atribuida a la carencia o insuficiencia de una alimentación sana.

Para poner remedio a los frecuentes infortunios del pueblo, fueron instituidas en Inglaterra las

leyes de pobres *(poor laws);* pero es de temer que si bien estas leyes han aliviado un poco la intensidad de algunas desgracias de carácter individual, en cambio han extendido el mal general sobre una superficie mucho mayor. Es un tema de frecuente conversación y mencionado siempre en términos de gran sorpresa que a pesar de la inmensidad de la suma recogida anualmente en Inglaterra para asistencia a los pobres, continúe siendo tan penosa su suerte. Algunos piensan en posibles desfalcos, otros afirman que los sacristanes e inspectores se gastan la mayor parte del dinero en francachelas. Todos coinciden en que en una forma u otra esos fondos son objeto de una pésima administración. Con casi tres millones de libras reunidas todos los años para los pobres, ¿cómo es posible —se preguntan— que no se haya logrado mejorar su suerte? Sin embargo, pienso que cualquiera que ahondara un poco en el tema comprendería que lo realmente pasmoso sería que la situación fuese distinta de la que es. Mi opinión es que incluso una contribución universal de dieciocho chelines por cada libra, en lugar de cuatro, no alteraría la situación. Expondré un caso que espero aclare el sentido de mis palabras.

Supongamos que merced a una suscripción efectuada entre los ricos, los dieciocho peniques diarios que perciben ahora los trabajadores se convirtieran en cinco chelines; podríamos, quizá, imaginarnos que su vida en estas condiciones sería confortable y que no les faltaría un filete de carne para la cena diaria. Esta conclusión sería, sin embargo, muy falsa. Los tres chelines y medio añadidos al jornal de cada obrero no aumentaría la cantidad de carne producida en el país y actualmente no hay suficiente carne para que todo el mundo pueda acceder al reparto. ¿Cuál sería la consecuencia? La competencia entre los compradores en el mercado provocaría la rápida subida del precio de la carne, que de los seis a siete peniques que cuesta hoy pasaría a costar dos o tres chelines la libra, y no se distribuiría la carne en un mayor número de partes que en la actualidad. Cuando un artículo escasea y no puede distribuirse entre todos, aquel que presenta el título de más valor, o sea, el que ofrece más dinero, es el que se lleva la mercancía. Si suponemos que la competencia entre los compradores de carne se prolongara durante un tiempo tan largo que permitiera un gran aumento de la cría anual de ganado, hay que tener en cuenta que este aumento sólo puede conseguirse a costa del trigo, lo cual representa un intercambio sumamente desventajoso, ya que es bien sabido que el país no podría entonces mantener la misma población; cuando la subsistencia es escasa en proporción al número de habitantes, poco importa que los miembros más desafortunados de la sociedad reciban dieciocho peniques o cinco chelines. En un caso como en el otro, tendrán que resignarse a recibir la parte peor y la más pequeña.

Se dirá, tal vez, que el mayor número de compradores para cada artículo serviría de incentivo

a la industria y conduciría a un aumento de la producción global de la isla. Esto puede, hasta cierto punto, ser verdad. Pero el estímulo que estas imaginarias riquezas darían al aumento de la población compensaría con creces el aumento de producción, de tal suerte que la mayor producción habría de repartirse entre un número proporcionalmente aún mayor de personas. En todo esto estoy suponiendo que la cantidad de trabajo realizado no ha variado. En realidad, tal no sería el caso. Al recibir cinco chelines en vez de dieciocho peniques, el jornalero se imaginaría ser relativamente rico y capaz de entregarse al ocio durante muchas horas o días. Esto conduciría a una inmediata y seria disminución de la actividad productiva y al cabo de poco tiempo, no sólo la nación sería más pobre, sino que las propias clases inferiores se encontrarían en una situación aún más angustiosa que cuando tan sólo percibían los dieciocho peniques diarios.

La colecta de dieciocho chelines de cada libra, entre los ricos, incluso distribuidas en la forma más acertada, tendría un efecto muy parecido al caso anterior; en realidad, ningún tipo de contribución por parte de los ricos, particularmente en dinero, puede evitar de forma prolongada la recurrente miseria de las clases inferiores de la sociedad. Grandes cambios pudieran, sin embargo, ocurrir. Los ricos pueden convertirse en pobres y algunos de los pobres en ricos, pero sobre una parte de la sociedad deben necesariamente recaer las

dificultades de la vida, y éstas recaen, por ley natural, sobre sus miembros menos afortunados.

A primera vista puede parecer extraño (y, sin embargo, estoy convencido de que es cierto) que no pueda yo, con mi dinero, sacar de la miseria a un desgraciado y darle la posibilidad de vivir mucho mejor, sin empeorar proporcionalmente la suerte de otros miembros de su clase. Si de la cantidad de alimentos que consumimos en mi casa quito una parte y se la doy al pobre, entonces sí le beneficio sin que esto repercuta más que en perjuicio mío y de mi familia, para quienes, quizá, el sacrificio no sea insoportable. Si pongo en cultivo un trozo de terreno que hasta entonces estaba yermo y le doy al pobre la cosecha obtenida, entonces beneficiaré no sólo al pobre, sino a todos los miembros de la sociedad, ya que lo que él anteriormente consumía va a pasar ahora al fondo común, probablemente con parte de la nueva producción. Pero si me limito a darle dinero, suponiendo que la producción del país no cambie, le doy en la práctica un título que le permite adquirir una parte de esta producción, mayor que la que anteriormente adquiría; y esta parte mayor no puede obtenerla sin que disminuyan las partes de los demás. Evidentemente, este efecto, tratándose de casos individuales, es pequeñísimo y totalmente inapreciable; pero no deja por ello de existir, lo mismo que muchos otros efectos, que, como algunos de los insectos que revolotean a nuestro alrededor, escapan a nuestra tosca percepción.

Suponiendo que la cantidad de alimentos en un país determinado permanezca la misma durante muchos años seguidos, es evidente que éstos tendrán que ser repartidos de acuerdo con el valor del título (1) de cada individuo, o sea, según la cantidad de dinero que puede permitirse gastar para la adquisición de esta mercancía tan universalmente anhelada. Por tanto, es una verdad demostrada que los títulos de un grupo de personas no pueden aumentar de valor sin que disminuya el valor de los títulos de algún otro grupo de personas. Si los ricos hiciesen una suscripción y entregasen cinco chelines diarios a quinientas mil personas sin restringir su propio consumo, no cabe duda de que, como estas personas vivirán naturalmente mejor y consumirán una mayor cantidad de provisiones, quedarán menos alimentos a distribuir entre los restantes, y, por consiguiente, el título de cada persona perderá de su valor, o, lo que es igual, con el mismo número de piezas de plata se podrá adquirir una menor cantidad de subsistencias.

Todo aumento de la población sin incremento proporcional del alimento producirá el mismo efecto, reduciendo el valor del título de cada individuo. El alimento tendrá que ser distribuido en raciones más pequeñas y, por consiguiente, una jornada de trabajo permitirá la adquisición de una cantidad menor de provisiones. El precio de los artículos alimenticios aumentará cada vez que la población crece con más rapidez que los medios de subsistencia o cuando se modifica la distribución del dinero de la sociedad. Si aumenta la producción de alimentos en un país habitado desde hace tiempo, lo hace con regularidad y lentitud y no puede responder a bruscas solicitudes; las variaciones en la distribución del dinero de la sociedad se producen, en cambio, con cierta frecuencia, y están individualmente entre las causas que motivan las continuas variaciones que observamos en los precios de las provisiones.

Las *poor-laws* inglesas tienden a empeorar la situación general de los pobres en las dos formas que acabamos de ver. En primer lugar, tienden evidentemente a aumentar la población sin incrementar las subsistencias. Los pobres pueden casarse, aunque las probabilidades de poder mantener a su familia con independencia sean escasas o nulas. Puede decirse que estas leyes, en cierta medida, crean a los pobres que luego mantienen, y como las provisiones del país deben, como consecuencia del aumento de población, distribuirse en partes más pequeñas para cada uno, resulta evidente que el trabajo de quienes no reciben la ayuda de la beneficencia pública tendrá un poder adquisitivo menor que antes, con lo cual crecerá el número de personas obligadas a recurrir a esta asistencia.

En segundo lugar, la cantidad de provisiones consumidas en los asilos por un sector de la sociedad que, en general, no puede ser considerado como el más valioso, reduce las raciones de los miembros más hacendosos y merecedores, obligando de esta manera a algunos a sacrificar su inde-

pendencia. Si los pobres de los asilos viviesen mejor que en la actualidad, esta nueva distribución del dinero de la sociedad tendería a empeorar de manera aún más notable la situación de quienes no viven en ellos, por provocar el aumento del precio de las provisiones.

Afortunadamente para Inglaterra, el espíritu de independencia permance vivo entre los campesinos. Las *poor-laws* están decididamente calculadas para matar este espíritu. Lo han conseguido en parte, pero si lo hubiesen logrado de manera tan completa como podía preverse, su perniciosa influencia no hubiera podido permanecer oculta durante tanto tiempo.

Por muy duro que pueda resultar en ciertos casos individuales, la pobreza dependiente debería ser considerada vergonzosa. Este estímulo parece ser absolutamente necesario para promover la felicidad de la gran masa de la humanidad, y cualquier intento de carácter general para debilitarlo, por muy caritativa que sea su aparente intención, derrotará siempre su propio propósito. Inducir a los hombres a casarse sin más perspectiva que la de la asistencia pública y a sabiendas de que sus probabilidades de poder mantener a su familia con independencia son mínimas o incluso nulas, es, no sólo tentarles indebidamente a atraer sobre ellos y sus hijos la desgracia y la dependencia, sino también animarles a que inconscientemente perjudiquen a todos los que pertenecen a su misma clase. El obrero que se casa sin poder mantener a su familia puede ser considerado, en cierta

medida, como enemigo de todos sus compañeros.

No me cabe la menor duda de que las leyes de beneficencia inglesas han contribuido a elevar el precio de las subsistencias y a rebajar el precio real del trabajo. Han contribuido, por tanto, a empobrecer a esa clase de la población que no posee más que su trabajo. También es difícil suponer que no hayan contribuido poderosamente a engendrar esa negligencia y esa carencia de frugalidad que se observa en los pobres, tan contrarias al carácter y actitud de los pequeños comerciantes y labradores. El trabajador pobre siempre parece vivir «de la mano a la boca», utilizando esta expresión vulgar. Su atención, centrada en sus necesidades inmediatas, rara vez se preocupa del porvenir. Incluso cuando se le presenta alguna posibilidad de ahorrar, pocas veces la aprovecha; en general, todo lo que le sobra después de satisfacer sus necesidades del momento va a parar, hablando en general, a la taberna. Las *poor-laws* inglesas aminoran, puede decirse, tanto la posibilidad como la voluntad de ahorrar en el pueblo sencillo, debilitando así uno de los principales incentivos de la laboriosidad y la templanza, y, por tanto, de la felicidad.

Los patronos de las manufacturas se quejan siempre de que los salarios altos desquician a sus obreros; sin embargo, es difícil concebir que estos hombres no ahorrarían parte de sus elevados salarios, con vistas al futuro sostén de sus familias, en vez de gastarlo en borracheras y libertinaje, si no pudiesen contar con la asistencia públi-

ca en caso de accidentes. La prueba de que el pobre empleado en una manufactura considera esta asistencia como justificación suficiente para gastarse el salario completo y disfrutar sin pensar en el mañana, la tenemos en el número de familias que, al venirse abajo alguna factoría importante, recurren inmediatamente a la asistencia pública, aun cuando, tal vez, los salarios que estuvieron percibiendo mientras funcionaba la factoría, bastante superiores a los que normalmente se pagan en la agricultura, les hubieran permitido ahorrar lo bastante para poder aguantar hasta encontrar algún nuevo cauce para su laboriosidad.

Hay hombres para quienes la perspectiva de que, en caso de muerte o enfermedad, sus mujeres e hijos tengan que vivir de la asistencia pública, no les alarma al punto de disuadirlos de ir a la taberna; pero quizá vacilarían en continuar derrochando sus ingresos si supieran que en cualquiera de estos casos sus familias pasarían hambre o tendrían que depender de la caridad pública. En China, donde el precio del trabajo, tanto real como nominal, es muy bajo, los hijos se hallan obligados por la ley a mantener a sus ancianos y desvalidos padres. No pretendo determinar si una ley en este sentido sería aconsejable o no en nuestro país. Pero, en todo caso, considero sumamente impropio atenuar, mediante la creación de instituciones que generalizan la pobreza dependiente, la sensación de vergüenza que por las mejores y más humanas razones deberían siempre acompañarla.

El caudal de felicidad de la gente humilde se

verá necesariamente menguado al suprimir uno de los principales obstáculos a la pereza y a la disipación y al estimular a los hombres a contraer matrimonio a sabiendas de que sus posibilidades de poder mantener a su familia con independencia son escasas o nulas. Todo obstáculo al matrimonio debe ser, indudablemente, considerado como un factor de infelicidad. Pero como en virtud de las leyes de nuestra naturaleza es necesario que exista algún tipo de obstáculo que frene el crecimiento de la población, es preferible que este obstáculo consista en la aprensión ante las dificultades que supone mantener a una familia y el temor a la pobreza dependiente, a que después de fomentar este crecimiento sea necesario que la miseria y la enfermedad acudan a reprimirlo.

Hay que recordar siempre que existe una esencial diferencia entre los alimentos y aquellos productos manufacturados cuyas materias primas abundan. Una demanda de estas mercancías origina siempre su producción en la cuantía que se desea. La demanda de alimentos no tiene en absoluto esta misma potencia creadora. En un país en el que todas las tierras fértiles están cultivadas serán precisas ofertas muy elevadas para que los labradores se decidan a abonar terrenos de los que durante años no podrán sacar provecho. Pero mientras las perspectivas de futuras ventajas adquieren la firmeza suficiente para servir de estímulo a este tipo de empresa agrícola, y durante el tiempo que la nueva producción necesita para su desarrollo, su falta puede causar grandes estra-

gos. La demanda de una mayor cantidad de subsistencias es, salvo algunas excepciones, constante y universal; y, sin embargo, ¡con qué lentitud se responde a ella en los países ocupados desde hace tiempo!

Las *poor-laws* de Inglaterra fueron, indudablemente, instituidas con los más caritativos propósitos, pero hay fuertes motivos para pensar que no han tenido éxito en sus intenciones. Mitigan, ciertamente, algunos casos de miseria particularmente agudos, pero el estado de los pobres acogidos a la asistencia pública, considerado en todos sus aspectos, no está, ni mucho menos, libre de la miseria. Tal vez una de las principales objeciones a estas leyes es que para asegurar esta asistencia que reciben algunos pobres, a quienes se hace un favor bastante dudoso, se somete a todas las clases humildes de Inglaterra a un conjunto de leyes irritantes, improcedentes, tiránicas y totalmente incompatibles con el espíritu genuino de la Constitución. Todo este asunto de las colonias, incluso con las actuales enmiendas, es totalmente contrario a los principios de libertad. La persecución por la parroquia (*) de los hombres cuyas familias han de pasar probablemente a su cargo y de las mujeres pobres a punto de dar a luz, constituye una forma de tiranía, a la vez, indigna y odiosa. Y la obstrucción continua ejercida por esas leyes en el mercado del trabajo, contribuye permanentemente a dificultar aún más la situación de

(*) En tiempo de Malthus la parroquia era el organismo encargado de la asistencia pública *(N. del T.)*.

quienes se esfuerzan por mantenerse por sus propios medios.

Estos males derivados de las *poor-laws* son, en cierta medida, irremediables. Si se ha de prestar asistencia a cierta clase de gente, habrá que prever algún poder capaz de distinguir entre las diversas solicitudes de asistencia, y también de administrar los bienes de las instituciones creadas a este fin, pero toda interferencia excesiva en los asuntos personales es una forma de tiranía, y con el tiempo el ejercicio de este poder resultará incluso irritante para quienes tengan que recurrir a esta asistencia. La tiranía de los jueces, sacristanes e inspectores es objeto de constantes quejas por parte de los pobres, pero la culpa no la tienen, en realidad, tanto estas personas, que probablemente antes de entrar en sus funciones no eran peores que los demás, como la propia naturaleza de estas instituciones.

El mal se ha extendido, tal vez, ya demasiado para poderlo remediar, pero, por mi parte, estoy cada vez más convencido que de no haber existido nunca estas *poor-laws* se hubieran dado, quizá, algunos casos más de miseria particularmente severos, pero el caudal global de felicidad entre la gente humilde sería hoy mucho mayor de lo que es.

El proyecto de ley de Mr. Pitt, parece haber sido redactado con intenciones caritativas, y el clamor que ha levantado en contra de su aprobación me parece en muchos aspectos mal orientado y poco razonable. Pero hay que reconocer que posee, en alto grado, el grande y radical defecto

de todos los sistemas de este tipo; el de estimular el aumento de la población sin aumentar los medios de subsistencia disponibles y, por consiguiente, empeorar las condiciones de quienes no están asistidos por las parroquias; en una palabra, el defecto de aumentar el número de pobres.

Suprimir las privaciones de las clases inferiores de la sociedad es, ciertamente, una tarea difícil. La verdad es que la presión de la miseria en esta parte de la comunidad es un mal tan profundamente arraigado que no hay inventiva humana capaz de alcanzarlo. Si tuviese que proponer algún paliativo, y paliativos son lo único que la naturaleza del caso admite, sería, en primer lugar, la total derogación de todas las actuales leyes de asistencia parroquial. Así, por lo menos, los campesinos ingleses recobrarían la independencia y la libertad de acción que hoy difícilmente puede decirse que posean. Esto les permitiría establecerse sin entorpecimientos allí donde viesen la perspectiva de una mayor abundancia de trabajo y un mejor precio del mismo. El mercado laboral quedaría libre y desaparecerían los obstáculos que en la actualidad impiden, a veces durante un tiempo considerable, que el precio del trabajo se eleve en función de la demanda.

En segundo lugar, se podrían conceder primas por la roturación de nuevas tierras y estimular, por todos los medios posibles, el desarrollo de la agricultura, frente a las manufacturas, y del cultivo con preferencia al aprovechamiento de los pastos. Todo el esfuerzo debería concentrarse para conseguir debilitar y destruir las instituciones relativas a los gremios, aprendizaje, etc., que hacen que el trabajo agrícola esté peor pagado que el trabajo en las manufacturas y en el comercio. Pues un país no podrá jamás producir la cantidad de alimentos que necesita, mientras existan estas diferencias a favor de los artesanos. Estos estímulos a la agricultura, además de asegurar al mercado una mayor abundancia de trabajo saludable, permitirían, aumentando la producción del campo, elevar el precio comparativo del trabajo y mejorar las condiciones del trabajador. Al encontrarse en mejores condiciones, y sin la perspectiva de una eventual asistencia parroquial, se hallaría con más capacidad y mejor disposición para entrar en alguna asociación que le asegurase, a él y a su familia, contra las enfermedades.

Finalmente, para los casos de extrema miseria, podrían establecerse asilos financiados merced a una contribución territorial recaudada en todo el reino, y que fuesen gratuitos para personas de todos los condados e incluso de todas las naciones. La vida en estos asilos sería dura, y se obligaría a trabajar a quienes pudiesen hacerlo. Sería sumamente aconsejable que estos asilos no fuesen considerados como confortables retiros donde cobijarse en los períodos difíciles, sino más bien como centros en los que los casos de miseria y desamparo más angustiosos pudiesen encontrar algún alivio. Una parte de estos centros, y otros expresamente construidos a tal fin, podrían ser dedicados a una finalidad sumamente provechosa y

de la que se ha hablado con cierta frecuencia: la la de ofrecer un lugar en el que toda persona, nacional o extranjera, pudiese en todo momento dar una jornada de trabajo y cobrar por ella el precio establecido en el mercado. Indudablemente, muchos casos tendrían que quedar a cargo de la caridad individual.

Un plan de este tipo, con la derogación de todas las leyes de asistencia parroquial actuales como medida previa, parece ser la mejor manera de aumentar el caudal de felicidad de la gente humilde de Inglaterra. Evitar la reaparición de la miseria está, desgraciadamente, fuera del alcance del hombre. Con el vano intento de alcanzar lo que por la propia naturaleza de las cosas es imposible, estamos sacrificando beneficios, no sólo posibles, sino seguros. Decimos a la gente humilde que, sometiéndose a un código de tiránicas reglamentaciones, puede rehuir para siempre la miseria, y esta gente se somete a ellas. Cumple su parte del contrato, pero nosotros no lo cumplimos; es más, no podemos cumplirlo, y, así, los pobres sacrifican el bien precioso de la libertad y no reciben nada a cambio cuyo valor pueda equipararse.

Creo que, a pesar de la institución de las *poor-laws* en Inglaterra, se puede decir que, considerando el estado de las clases inferiores en su conjunto, tanto en las ciudades como en el campo, los padecimientos que sufren a causa de la falta de una alimentación adecuada y suficiente, de la dureza de su trabajo y de la insalubridad de sus

viviendas, actúan necesariamente como un obstáculo constante a la población incipiente.

A estos dos grandes obstáculos al crecimiento de la población que encontramos en todos los países viejos y que he llamado obstáculo preventivo y obstáculo positivo, es preciso añadir las costumbres viciosas en el comportamiento con las mujeres, las grandes ciudades, las manufacturas insalubres, el lujo, la peste y la guerra.

Todos estos obstáculos pueden muy bien resumirse en dos: miseria y vicio. Y la prueba de que éstas son las verdaderas causas del lento aumento de la población en todos los Estados de la Europa moderna, la tenemos en el aumento comparativamente rápido que se produce invariablemente cada vez que estas causas han sido suprimidas en una medida importante.

Capítulo 6

Se ha observado universalmente que todas las nuevas colonias establecidas en países salubres, en los que abundaba el espacio y el alimento, tienen una población que crece a un ritmo asombrosamente rápido. Algunas de las colonias de la antigua Grecia no sólo alcanzaron en un tiempo muy corto, sino que sobrepasaron a su madre patria, tanto en poder como en habitantes. Y sin remontarnos a tiempos tan remotos, los establecimientos europeos en el nuevo mundo evidencian la verdad de una afirmación que no creo haya sido jamás puesta en duda. La abundancia de tierras fértiles baratas, o incluso gratuitas, es un factor de población de enorme potencia, capaz de vencer todos los obstáculos. No creo que puedan haberse dado casos de colonias peor dirigidas que las españolas

de Méjico, Perú y Quito. La tiranía, la superstición y los vicios de la madre patria fueron introducidos con gran abundancia en sus colonias. La Corona exigía impuestos exorbitantes. Las más arbitrarias restricciones fueron impuestas a su comercio. Y los gobernadores no se quedaban atrás en su rapiña y exacciones, tanto en beneficio propio como en el de su señor. Sin embargo, pese a todas estas dificultades, la población en estas colonias creció rápidamente. La ciudad de Lima, fundada después de la conquista, tenía, según Ulloa, cincuenta mil habitantes hace unos cincuenta años. La ciudad de Quito, que antes de la colonización era un pequeño poblado indio, nos la presenta Ulloa como una capital con aproximadamente la misma población que Lima. Se dice que Méjico tiene actualmente cien mil habitantes, lo cual, incluso descontando la exageración de los autores españoles, representa una población cinco veces mayor que la que tenía en tiempos de Moctezuma.

En la colonia portuguesa del Brasil, gobernada casi con la misma tiranía, se calcula que habría, hace treinta años, unos seiscientos mil habitantes de origen europeo.

Las colonias francesas y holandesas, pese a estar sometidas al gobierno de compañías mercantiles exclusivas, que, como señala con mucha razón el doctor Adam Smith, es el peor de todos los gobiernos posibles, no dejaron de prosperar en condiciones sumamente desfavorables.

Pero, sin duda, fueron las colonias inglesas de

Norteamérica, que constituyen hoy el poderoso pueblo de los Estados Unidos de América, las que realizaron los más rápidos progresos. A la abundancia de tierras fértiles que encontraron, lo mismo que los colonizadores españoles y portugueses, los ingleses supieron añadir un mayor grado de libertad y de igualdad. Aunque no sin algunas restricciones en su comercio exterior, dispusieron de una absoluta libertad en la gestión de sus asuntos internos. Las instituciones políticas que prevalecieron eran favorables a la expropiación y división de la propiedad. Las tierras que no fuesen cultivadas por su propietario en un plazo de tiempo limitado eran declaradas de libre concesión a cualquier otra persona. En Pensilvania no existía el mayorazgo, y en las provincias de Nueva Inglaterra el primogénito solamente tenía derecho a una doble parte. El diezmo no existía en ningún Estado y los impuestos eran casi desconocidos. Teniendo en cuenta el precio extraordinariamente bajo de la buena tierra, el capital no podía invertirse de forma más ventajosa que en la agricultura, que, además de suministrar la mayor cantidad de trabajo saludable, aporta a la sociedad los productos que ésta más necesita y aprecia.

La consecuencia de este conjunto de circunstancias favorables fue la rapidez, probablemente sin precedente en la Historia, del crecimiento de la población. En todas las colonias del Norte, la población se duplicó en veinticinco años. El número de personas que se establecieron inicialmente en

las cuatro provincias de Nueva Inglaterra en el año 1643 fue de 21.200 (2). En los años siguientes, se supone que fue mayor el número de los que desertaron que el de los nuevos que fueron llegando. En el año 1760, la población de estas provincias alcanzaba ya el medio millón. Se había, pues, duplicado cada veinticinco años. En Nueva Jersey la población se duplicó cada veintidós años; y en Rhode Island, en un tiempo aún menor. En los establecimientos del interior, donde los habitantes se limitaron a la agricultura y se desconocía el lujo, la población se dobló en no más de quince años, lo cual supone un ritmo de crecimiento realmente extraordinario (3). A lo largo de la costa, donde lógicamente aparecieron los primeros establecimientos, la población dobló por períodos de unos treinta y cinco años; y en algunas ciudades marítimas se dio, incluso, el caso de que la población se mantuviese estacionaria.

Estos hechos parecen indicar que la población crece exactamente en la proporción en que son eliminados los dos principales obstáculos a su crecimiento: la miseria y el vicio; no puede haber, por tanto, un criterio más justo para apreciar la felicidad y la inocencia de un pueblo, que la rapidez de su crecimiento. La insalubridad de las ciudades, donde tantos se ven obligados a habitar, por la naturaleza del oficio que ejercen, debe ser considerada como una forma de miseria, y cualquier pequeño obstáculo al matrimonio que proceda del temor a las dificultades que supone el mantenimiento de una familia, puede también ser

clasificado bajo ese mismo epígrafe. En una palabra, es difícil concebir un obstáculo al crecimiento de la población que no pueda incluirse en la descripción de alguna forma de miseria o de vicio.

La población de los trece Estados de América del Norte se estimaba, antes de la guerra, en unos tres millones. Nadie piensa que Inglaterra sea ahora menos populosa por la emigración del reducido número de antepasados que dieron origen a aquellas cifras. Al contrario, es sabido hoy que un cierto grado de emigración es muy favorable a la población de la madre patria. Se ha observado que particularmente las dos provincias españolas de donde salieron la mayor parte de los emigrantes a América se hicieron más populosas como consecuencia de esta emigración. Cualquiera que haya sido el número inicial de emigrantes británicos que tan rápidamente creció en las colonias de Norteamérica, preguntémonos por qué en Gran Bretaña, en ese mismo tiempo, un número idéntico de personas no mostró el mismo aumento. La gran causa evidente que se puede aducir es la escasez de espacio y de alimentos o, en otras palabras, la miseria. Y en cuanto a que esta causa es mucho más fuerte incluso que el vicio, lo evidencia, creo yo suficientemente, la rapidez con la cual, incluso países ya viejos, se recuperan de las desolaciones de la guerra, la peste o los azotes de la naturaleza. Se encuentran entonces, durante un breve período, en situación análoga, en cierta medida, a la de los Estados nuevos; y el efecto responde siempre a lo que podía preverse. Si la laboriosidad de los habitantes no es destruida por el temor o por la tiranía, las subsistencias aumentarán rápidamente, rebasando las necesidades de la escasa población, y la invariable consecuencia de esto será que la población, que quizá anteriormente se mantenía casi estacionaria, empezará inmediatamente a crecer.

La fértil provincia de Flandes, que con tanta frecuencia ha sido el teatro de las guerras más destructivas, ha resurgido siempre a los pocos años de restablecerse la paz, tan fructífera y populosa como siempre. El propio Palatinado levantó cabeza después de los execrables estragos causados por Luis XIV. Los efectos de la terrible peste de Londres en 1666 no eran ya perceptibles quince o veinte años después. Según nos informan, los vestigios de las hambres más destructivas en China y en el Indostán, no tardan en desaparecer. Incluso es dudoso que las plagas que periódicamente arrasan a Turquía y Egipto influyan mucho en el nivel medio de su población. Si la población de estos países es actualmente inferior a lo que era antes, es probable que más bien se deba al régimen de tiranía y de opresión al que están sometidos, y al consiguiente desánimo que prevalece en la agricultura, que a las pérdidas ocasionadas por las plagas. Las más tremendas convulsiones de la naturaleza, tales como erupciones volcánicas y terremotos, si no se repiten con tal frecuencia que provoquen la huida de los habitantes o la destrucción de su espíritu de trabajo, tienen escasas repercusiones sobre el volumen medio

de la población de cualquier Estado. Nápoles y toda la zona que rodea el Vesubio continúan siendo muy populosas, no obstante las repetidas erupciones del volcán. Y Lisboa y Lima se hallan ahora, probablemente, casi en el mismo estado, respecto a población, que antes de los últimos terremotos.

Capítulo 7

Merced a la particular atención prestada a la limpieza urbana, parece que por fin la peste haya sido expulsada de Londres. Pero no es improbable que entre las causas secundarias que producen las epidemias y períodos agudos de enfermedades figuren el hacinamiento de la población y su alimentación malsana e insuficiente. Me ha inspirado esta observación el examen de algunas tablas de Mr. Susmilch, extractadas por el doctor Price en una de sus notas al *post-scriptum* de la controversia respecto a la población de Inglaterra y país de Gales. Estas tablas son consideradas como muy correctas, y si tuviesen un carácter más general, contribuirían considerablemente a esclarecer las diferentes maneras de reducirse la población y evitar un crecimiento excesivo y superior al aumento de las subsistencias, en cualquier país. Extractaré

una parte de estas tablas, con los comentarios del doctor Price.

EN EL REINO DE PRUSIA Y EN EL DUCADO DE LITUANIA

Promedio anual	Nacimientos	Entierros	Matrimonios	Proporción nacimientos/matrimonios	Proporción nacimientos/entierros
10 años hasta 1702	21.963	14.718	5.928	37/10	150/100
5 años hasta 1716	21.602	11.984	4.968	37/10	180/100
5 años hasta 1756	28.392	19.154	5.599	50/10	148/100

«N. B. En 1709 y 1710, la peste se llevó a 247.733 habitantes de este país; y en 1736 y 1737, hubo varias epidemias que también impidieron el aumento de la población.»

Se puede observar que la proporción más elevada entre nacimientos y entierros se produjo en los cinco años que siguieron a la gran peste.

EN EL DUCADO DE POMERANIA

Promedio anual	Nacimientos	Entierros	Matrimonios	Proporción nacimientos/matrimonios	Proporción nacimientos/entierros
6 años hasta 1702	6.540	4.647	1.810	36/10	140/100
6 años hasta 1708	7.455	4.208	1.875	39/10	177/100
6 años hasta 1726	8.432	5.627	2.131	39/10	150/100
4 años hasta 1756	12.767	9.281	2.957	43/10	137/100

«N. B. En este caso la población parece haber llegado casi a duplicarse en cincuenta y seis años, al no haber padecido ninguna epidemia de importancia susceptible de interrumpir el crecimiento; pero los tres años que siguieron al último período considerado (hasta 1759) fueron años en los que abundaron tanto las enfermedades, que decayeron los nacimientos a 10.229 y se elevó el número de entierros a 15.068.»

¿No es probable que en este caso el número de habitantes haya crecido con más rapidez que los alimentos y servicios precisos para garantizar

la salud pública? La masa de la población se hubiera visto, en este supuesto, condenada a una vida más dura, hacinada en alojamientos cada vez más reducidos e inadecuados, y no es ciertamente improbable que éstas hayan sido algunas de las causas naturales que produjeron esos tres años de mortandad. Estas causas pueden producir tales efectos sin que la población del país afectado, considerada en valor absoluto, tenga que ser particularmente elevada y vivir en hacinamiento. Incluso en un país de escasa población, si ésta crece antes que aumenten las provisiones y de que se construyan más viviendas, los habitantes sufrirán, inevitablemente, la falta de alimentos y la carencia de superficie habitable. Si durante los ocho o diez años próximos los matrimonios ingleses fuesen más prolíficos, o incluso si hubiese un mayor número de matrimonios que lo normal, sin que aumentase el número de viviendas disponibles, en vez de cinco o seis serían siete u ocho las personas hacinadas en cada cabaña; y esto, añadido a las dificultades de una vida cada vez más dura, tendría, probablemente, un efecto muy desfavorable sobre la salud de la gente humilde.

EN NEUMARK DE BRANDENBURGO

Promedio anual	Nacimientos	Entierros	Matrimonios	Proporción nacimientos/matrimonios	Proporción nacimientos/entierros
5 años hasta 1701	5.433	3.483	1.436	37/10	155/100
5 años hasta 1726	7.012	4.254	1.713	40/10	164/100
5 años hasta 1756	7.978	5.567	1.891	42/10	143/100

«N. B. Las epidemias prevalecieron durante seis años, desde 1736 a 1741, frenando el crecimiento de la población.»

EN EL DUCADO DE MAGDEBURGO

Promedio anual	Nacimientos	Entierros	Matrimonios	Proporción nacimientos/matrimonios	Proporción nacimientos/entierros
5 años hasta 1702	6.431	4.103	1.681	38/10	156/100
5 años hasta 1717	7.590	5.335	2.076	36/10	142/100
5 años hasta 1756	8.850	8.069	2.193	40/10	109/100

«N. B. Los años 1738, 1740, 1750 y 1751 fueron particularmente cargados de enfermedades.»

Para una mayor información sobre este tema consúltense las tablas de Mr. Susmilch. Los extractos que he tomado son suficientes para mostrar la reaparición, aunque en períodos irregulares, de las épocas en que abundan las enfermedades, y parece muy probable que la escasez de espacio y de alimentos haya sido una de las principales causas que las han motivado.

Se desprende de estas tablas que la población de estos países creció a un ritmo tal vez excesivo para Estados ya viejos, y eso a pesar de las rachas de enfermedades que prevalecieron durante ciertos años. Sin duda, el cultivo mejoraba, y esto era un estímulo al matrimonio. Pues los obstáculos al crecimiento de la población parecen haber sido entonces más bien de tipo positivo que de tipo preventivo. Cuando ante la perspectiva de una creciente abundancia en un país determinado la fuerza represiva de la población queda, en cierta medida, eliminada, lo más probable es que los efectos de estas circunstancias se hagan aún sentir muchos años después de que la causa de todo ello haya cesado. O, para ser más concreto, cuando la creciente producción de un país y la creciente demanda de trabajo mejoren de tal manera las condiciones del jornalero, que éste se sienta animado a contraer matrimonio, es probable que la costumbre de casarse joven continuará incluso cuando la población del país haya rebasado la incrementada producción, apareciendo entonces los períodos de enfermedad y epidemias, como consecuencia natural e incluso necesaria. Pienso, por tanto, que aquellos países donde en ocasiones las subsistencias aumentan a un ritmo suficiente para ser un estímulo al aumento de la población, pero no para responder a todas sus exigencias, son más propicios a las periódicas epidemias que aquellos cuya población se mantiene al nivel de la producción media.

Pero, probablemente, la observación contraria podría también aparecer justa. En los países sometidos a enfermedades periódicas el aumento de la población o el exceso de los nacimientos sobre los entierros será mayor, durante los intervalos entre estos períodos, que lo usual, *caeteris paribus,* en países menos expuestos a estos desórdenes. Si la población media de Egipto y Turquía se ha mantenido casi estacionaria durante todo el siglo pasado, es probable que en los intervalos entre sus plagas periódicas los nacimientos deben haber superado a los entierros en mayor proporción que en países como Inglaterra y Francia.

La proporción media de nacimientos a entierros en un país, para un período de cinco a diez años, no nos ofrece, pues, un criterio adecuado para juz-

gar los progresos efectivos de su población. Esta proporción refleja, ciertamente, el ritmo de crecimiento durante esos cinco o diez años; pero no podemos, ni mucho menos, deducir cuál fue el ritmo de crecimiento en los veinte años anteriores, ni cuál será en los veinte años siguientes. El doctor Price observa que Suecia, Noruega, Rusia y el reino de Nápoles tienen una población en rápido crecimiento; pero los extractos de los registros que nos da no abarcan períodos suficientemente prolongados para que este hecho quede establecido. Es muy probable, sin embargo, que Suecia, Noruega y Rusia tengan una población que esté creciendo, pero no al ritmo que se desprende de la proporción de nacimientos a entierros durante los breves períodos considerados por el doctor Price. Durante un período de cinco años, terminado en 1777, la proporción de nacimientos a entierros en el reino de Nápoles era de 144 a 100 (4), mas existen motivos para suponer que esta proporción indicaría un aumento mucho mayor del que se encontraría que ha tenido verdaderamente lugar en aquel reino durante un período de cien años.

El doctor Short comparó los registros civiles de muchos pueblos y ciudades mercantiles de Inglaterra, correspondientes a dos períodos: el primero abarcando desde la época de la reina Isabel hasta mediados del siglo pasado, y el segundo desde diversos años de finales del siglo pasado hasta la mitad del siglo actual. Comparando estos extractos se observa que en el primer período los

nacimientos superaron a los entierros en la proporción de 124 a 100, mientras en el segundo la proporción fue solamente de 111 a 100. El doctor Price piensa que los registros del primer período no son muy fidedignos, pero que, probablemente, en este caso, las proporciones que arrojan no son incorrectas. Por lo menos existen varios motivos para suponer que el exceso de nacimientos respecto a los entierros sería superior en el primer período. Dentro del natural progreso de la población en cualquier país, la extensión de tierra fértil puesta en cultivo será, *caeteris paribus* (5), lógicamente superior en los primeros períodos que en los ulteriores. Y un aumento proporcionalmente mayor de la producción anual será invariablemente seguido de un aumento proporcionalmente mayor de la población. Pero aparte de esta importante causa, que justificaría un mayor exceso de nacimientos sobre las defunciones al final del reinado de la reina Isabel que a mediados de este siglo, no puedo menos de pensar que los ocasionales estragos de la peste en el primer período han debido tener cierta tendencia a incrementar esta diferencia. Si se hubiesen tomado los valores medios correspondientes a períodos de diez años en los intervalos entre los retornos de la peste, o si se hubiesen eliminado del cálculo por su carácter accidental los años azotados por esta terrible enfermedad, los registros civiles nos darían, sin duda, una proporción de nacimientos a entierros mucho más elevada de la que corresponde al crecimiento medio real de la población. En

los años que siguieron inmediatamente a la gran peste de 1666, es probable que el exceso de nacimientos sobre los entierros fuese muy superior a lo normal, particularmente si damos por buena la opinión del doctor Price, según la cual la población de Inglaterra era mayor en los tiempos de la Revolución (tan sólo veintidós años después de la gran peste) que en la actualidad.

En 1693 el señor King determinó la proporción de nacimientos a entierros en la totalidad del reino, Londres excluido, en 115 a 100. El doctor Short establece esta proporción a mediados de este siglo en 111 a 100, incluyendo a Londres. En Francia esta proporción era en los cinco años anteriores a 1774 de 117 a 100. Suponiendo que estas cifras no se alejen demasiado de la realidad y que las variaciones que puedan registrar estas proporciones en algunos períodos no sean muy importantes, observaremos que las poblaciones de Francia y de Inglaterra se han acomodado perfectamente al nivel medio de la producción de cada país. El desaliento provocado por las dificultades para el matrimonio, las viciosas costumbres que esto acarrea, las guerras, el lujo, la despoblación silenciosa pero evidente de las grandes urbes, las habitaciones demasiado angostas y la alimentación insuficiente de muchas gentes pobres, evitan que la población rebase los medios de subsistencia, y si se me permite utilizar una expresión que sin duda a primera vista parecerá extraña, hacen innecesarias las grandes y devastadoras epidemias que eliminen la población sobrante. Si una peste

arrolladora exterminase a dos millones de ingleses y a seis millones de franceses, no cabe la menor duda de que, una vez superada la terrible conmoción sufrida por la población, la proporción de nacimientos a entierros sería muy superior a la actual tanto en un país como en el otro.

En Nueva Jersey la proporción de nacimientos a entierros, tomando el promedio de los siete años que terminan en 1743, fue de 300 a 100. En Francia e Inglaterra la proporción más elevada que se haya alcanzado es de 117 a 100. Por muy grande y sorprendente que sea esta diferencia no creo que nuestro asombro deba llevarnos a atribuirla a una milagrosa intervención divina. Sus causas no son ni remotas, ni ocultas, ni misteriosas; están a nuestro alcance, en torno nuestro y abiertas a la curiosidad de cualquier mente investigadora. De acuerdo con el espíritu filosófico más liberal está el suponer que no cae una sola piedra ni crece una sola planta sin la acción inmediata del poder divino. Pero sabemos por experiencia que estas operaciones de lo que llamamos la naturaleza se han producido, casi invariablemente, según unas leyes fijas. Y, desde que el mundo existe, las causas del crecimiento y de la merma de la población han sido probablemente tan constantes como cualquiera de las leyes de la naturaleza que conozcamos.

La pasión entre los sexos parece haber sido tan invariable en todas las épocas que puede ser considerada en términos matemáticos como una cantidad dada. La gran ley de la penuria, que impide

un crecimiento de la población, en cualquier país, desproporcionado a las subsistencias que puedan ser producidas o adquiridas, es para nosotros una ley tan clara, tan evidente para nuestro sentido lógico y tan totalmente confirmada por la experiencia de todos los tiempos que no podemos ponerla en duda ni un solo instante. Cierto es que los diferentes métodos adoptados por la naturaleza para impedir o reprimir el exceso de población no aparecen tan seguros ni tan regulares, pero aunque no podamos predecir siempre el método lo que sí podemos es predecir el hecho. Si la proporción entre nacimientos y entierros durante unos años refleja un incremento de la población muy superior, proporcionalmente, al aumento de la producción, del país o adquirida, podemos tener la certidumbre de que, a menos de haber emigración, las defunciones pronto rebasarán a los nacimientos; por lo tanto, el aumento registrado durante esos breves años no puede ser considerado como el aumento medio real de la población del país. Si no hubiese otras causas de despoblación, los países se verían, sin duda alguna, sometidos a periódicas pestilencias y hambres.

El único criterio seguro para apreciar un aumento real y permanente de la población de un país, es el incremento de los medios de subsistencia. Incluso este criterio puede ser objeto de ciertas ligeras variaciones, pero son variaciones que podemos fácilmente apreciar. En algunos países la población parece haber sido forzada, es decir, que la gente ha sido acostumbrada gradualmente

a vivir con raciones alimenticias reducidas al mínimo. Estos países habrán conocido períodos en los cuales la población crecía permanentemente sin que aumentaran los medios de subsistencia. China parece ser un ejemplo típico. Si nos fiamos de la información que recibimos de aquel país, las clases inferiores de la población, acostumbradas a vivir con la menor cantidad posible de alimentos, aceptarían con gusto cualquier bazofia que los obreros europeos no comerían aunque estuviesen muriéndose de hambre. La ley china que autoriza a los padres a abandonar a los niños ha tenido como principal consecuencia el forzar el aumento de la población. Una nación en estas condiciones tiene necesariamente que estar sujeta a hambres. Cuando un país tiene una población tan abundante, en relación con los medios de subsistencia, que la producción media es apenas suficiente para mantener en vida a sus habitantes, cualquier deficiencia debida a una mala cosecha tiene repercusiones fatales. Es probable que la extrema frugalidad de los gentoos contribuya en cierta medida a las terribles hambres del Indostán.

En América, donde la retribución del trabajo es actualmente tan generosa, las clases inferiores pueden reducir considerablemente su nivel de vida en los años de escasez, sin que esto suponga para ellos una gran calamidad. El hambre allí parece casi inconcebible. Se puede prever que con el aumento de la población de América los trabajadores serán eventualmente retribuidos con mucha menos liberalidad. En este caso, el número de ha-

bitantes seguirá creciendo de manera permanente, sin aumento proporcional de los medios de subsistencia.

En los diferentes Estados de Europa, donde prevalecen costumbres tan diversas de país a país, la proporción entre el número de habitantes y la cantidad de alimentos consumida tiene que ser muy variable. Los trabajadores del sur de Inglaterra están tan acostumbrados a comer pan de fina harina de trigo que prefieren pasar verdadera hambre antes que someterse a la forma de vida de los campesinos escoceses. Tal vez con el tiempo, y bajo la constante presión de la dura ley de la necesidad, se vean reducidos a una vida análoga a la de las clases inferiores de China, lo cual permitiría al país, con la misma cantidad de alimento, sostener a una población mayor. Pero este cambio será siempre sumamente difícil y según la esperanza de todo amante de la humanidad, inútil. Nada es hoy día tan común como oir que hay que estimular el aumento de la población. Si la tendencia de la sociedad al crecimiento es tan grande como lo vengo pretendiendo, puede parecer extraño que este crecimiento no aparezca cuando es repetidamente solicitado. La verdadera razón es que este estímulo a incrementar la población se desarrolla sin preparar los fondos necesarios para sostenerlo. Auméntese la demanda de obreros agrícolas promoviendo el cultivo, incrementando de esta suerte la producción del país y mejorando la situación del labrador, y desaparecerán todas las aprensiones ante el correspondiente aumento de la

población. Todo intento de alcanzar este propósito por cualquier otro medio es vicioso, cruel y tiránico y en una situación que goce de una tolerable libertad está, además, condenado al fracaso. Es posible que forzar un aumento de la población sea aparentemente ventajoso para los gobernantes y los ricos de un Estado, ya que esto permite reducir el precio del trabajo y por ende los gastos militares y navales y los costes de los productos destinados a los mercados exteriores, pero todo intento de este género debe ser observado con la máxima atención e impugnado con toda energía por los amigos de los pobres, particularmente cuando se presenta bajo el engañoso disfraz de la caridad y con la probabilidad de ser acogido gracias a ello con alegría y cordialidad por la gente humilde.

Yo absuelvo totalmente al señor Pitt de toda siniestra intención al introducir en su proyecto de ley sobre los pobres la cláusula por la que se conceda un chelín semanal a los trabajadores por cada hijo que tengan por encima de tres. Confieso que antes de la presentación de este proyecto al Parlamento, e incluso durante un cierto tiempo después, pensé que esta regulación sería altamente beneficiosa; pero desde entonces he reflexionado mucho sobre esta cuestión, llegando al convencimiento de que si su propósito es mejorar la suerte de los pobres, lo que va a conseguir será precisamente lo contrario de lo que se propone. No observo en esta ley la menor tendencia a incrementar la producción del país, pero sí a aumentar la

población; la consecuencia necesaria e inevitable no puede ser otra sino la distribución de una misma cantidad de productos en un mayor número de partes, y, por tanto, que con el trabajo de un día se comprará una cantidad menor de provisiones y empeorará, por consiguiente, la situación de los necesitados.

He mencionado algunos casos en los que la población puede aumentar de manera permanente sin que haya un incremento proporcional de los medios de subsistencia. Pero es evidente que la discrepancia, en diferentes Estados, entre la cantidad de alimentos y el número de personas que se nutren de ellos, no puede pasar de un cierto valor límite. En cualquier país en el que la población no está decreciendo en valor absoluto la cantidad de alimentos disponibles debe ser suficiente para mantener y reproducir la raza de los trabajadores.

En igualdad de las demás circunstancias se puede afirmar que la población de un país está en función de la cantidad de alimentos humanos que produce; y su felicidad, determinada por la generosidad con la cual estos alimentos son distribuidos, o, lo que viene a ser lo mismo, por la cantidad de productos que el trabajo de un día es susceptible de adquirir. Los países trigueros tienen mayor población que los ganaderos y los productores de arroz, mayor que los trigueros. Las tierras de Inglaterra no son adecuadas para el cultivo del arroz, pero sí pueden dar patatas; y el doctor Adam Smith observa que si las patatas se

convirtiesen en la hortaliza favorita de las gentes humildes y si la misma extensión de tierras que la que hoy produce trigo fuese dedicada al cultivo de la patata, el país podría soportar una población mucho mayor, y en la práctica acabará muy pronto teniendo que hacerlo.

La felicidad de un país no depende en absoluto de si es pobre o rico, joven o viejo, abundante o escasamente poblado; depende de la rapidez de su crecimiento, del grado en el que el aumento anual de su producción de alimentos se aproxima al libre crecimiento anual de su población. Esta aproximación es siempre mayor en las nuevas colonias, donde la laboriosidad y la técnica de un país viejo son aplicadas a las tierras baldías y fértiles de uno nuevo. En otros casos, la juventud o vejez de un Estado no es, en este aspecto, de mucha importancia. Es probable que los alimentos de Gran Bretaña se repartan hoy entre los habitantes con la misma abundancia que hace dos mil, tres mil o cuatro mil años. Y existen motivos para pensar que tanto las pobres y poco habitadas regiones montañosas de Escocia como la rica y populosa provincia de Flandes sufren de los mismos males causados por el exceso de población.

Supongamos un pueblo que jamás haya sido invadido por otro más avanzado y que se haya ido civilizando siguiendo el curso natural de su desarrollo; desde el momento en que su producción pudiese considerarse como igual a uno hasta aquel en que pudiese considerarse como igual a un millón, o sea, en el transcurso de muchos si-

glos, no habrá habido ni un solo período en el que se pudiera decir que la masa de la población estuviese libre de las penas que directa o indirectamente ocasiona la escasez de alimentos. En todos los Estados de Europa, y desde que tenemos datos de ellos, millones y millones de existencias humanas han dejado de existir por esta simple causa; aunque, quizá en algunos de estos Estados, el hambre no se haya manifestado jamás en forma generalizada.

El hambre parece ser el último y el más terrible recurso de la naturaleza. La fuerza de crecimiento de la población es tan superior a la capacidad de la tierra de producir el alimento que necesita el hombre para subsistir, que la muerte prematura en una u otra forma debe necesariamente visitar a la raza humana. Los vicios humanos son agentes activos y eficaces de despoblación. Son la vanguardia del gran ejército de destrucción; y muchas veces ellos solos terminan esta horrible tarea. Pero si fracasan en su labor exterminadora, son las enfermedades, las epidemias y la pestilencia quienes avanzan en terrorífica formación segando miles y aún decenas de miles de vidas humanas. Si el éxito no es aún completo, queda todavía en la retaguardia como reserva el hambre: ese gigante ineludible que de un solo golpe nivela la población con la capacidad alimenticia del mundo.

Todo indagador concienzudo de la historia de la humanidad reconocerá que en todas las épocas

y en todos los Estados, en los que el hombre ha existido, o actualmente existe,

(1) el crecimiento de la población está necesariamente limitado por los medios de subsistencia,

(2) la población crece invariablemente cuando aumentan los medios de subsistencia, y

(3) la superior fuerza de crecimiento de la población es contenida por la miseria y el vicio para que la población efectiva se mantenga al nivel de los medios de subsistencia.

Quien haya llegado a las evidentes conclusiones anteriores a través del examen de la situación pasada y presente de la humanidad, no puede menos de causarle verdadero asombro ver que los escritores que han tratado de la perfectibilidad del hombre y de la sociedad, y que han tenido en cuenta el argumento del exceso de población, lo aborden siempre con enorme ligereza, como si las dificultades que implica se hallaran a grandes y casi inconmensurables distancias. El propio Mr. Wallace, a quien este argumento pareció de tanto peso que destruía todo su sistema de igualdad, no creía que las dificultades originadas por esta causa pudiesen surgir antes que la tierra entera estuviese convertida en un vergel y se hubieran agotado todas las posibilidades de incrementar su producción. Si éste fuese realmente el caso y se pudiera instaurar en otros aspectos un hermoso sistema de igualdad, no creo que debiéramos dejarnos desalentar en la persecución de ese sistema por la contemplación de tan remotas dificultades. Sucesos tan distantes bien pueden dejarse en manos de la providencia; pero la verdad es que si el argumento expuesto en este ensayo es correcto, las dificultades no son a largo plazo, sino de carácter inminente e inmediato. En cualquier período durante todo el proceso de desarrollo del cultivo, desde el momento actual hasta que toda la tierra estuviese convertida en un vergel, la angustia causada por la falta de alimento estaría presionando de manera constante sobre toda la humanidad, si existiese un régimen de igualdad. Aunque la producción de la tierra aumentara todos los años, la población crecería a un ritmo más rápido, y sería necesario que este exceso de población fuese reprimido por la acción periódica o constante de la miseria y el vicio.

Según dicen, Condorcet escribió su obra *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain,* bajo la presión de aquella cruel proscripción en la que concluyó sus días. Si este escritor no abrigaba la esperanza de ver su obra conocida durante su vida, despertando el interés de Francia en su favor, su comportamiento constituye un ejemplo único de fidelidad de un hombre a unos principios que tan dolorosamente la experiencia diaria y su propia vida se encargaban de desmentir. Contemplar el espíritu humano en una de las

naciones más cultas del mundo y, pasados unos cuantos miles de años, verlo envilecido por la fermentación de tan repugnantes pasiones como el temor, la crueldad, la malicia, la venganza, la ambición, la demencia y la insensatez, capaces de deshonrar al pueblo más salvaje de las épocas más bárbaras, debió ser un tremendo golpe asestado a sus ideas acerca del progreso necesario e inevitable del espíritu humano; y el hecho de haberlo resistido es la mejor prueba de la fuerza de su convicción en la verdad de unos principios desmentidos por las apariencias.

Esta publicación póstuma no es más que el esbozo de una obra mucho más amplia que Condorcet deseaba se emprendiera. Carece, como es natural, de los detalles y ejemplos indispensables para demostrar la verdad de cualquier teoría. Bastarán unas observaciones para mostrar cuán contradictoria resulta su teoría cuando se aplica a la realidad y no a una situación imaginaria.

En la última parte del libro trata Condorcet del progreso futuro del hombre hacia la perfección y dice que, comparando en las diferentes naciones civilizadas de Europa la población actual con la extensión del territorio, y considerando en ellas su agricultura y su industria, la división del trabajo y los medios de subsistencia, se ve cuán imposible sería conservar los mismos medios de subsistencia, y por ende la misma población, sin que haya un cierto número de individuos que no tengan otros medios de satisfacer sus necesidades que su laboriosidad. Reconocida, pues, la necesidad de

esta clase de hombres, y después de señalar la precaria situación de estas familias totalmente dependientes de la vida y de la salud de su jefe (6), dice con toda razón: «Existe, pues, una causa necesaria de desigualdad, de dependencia y aun de miseria, que amenaza sin cesar a la clase más numerosa y activa de nuestra sociedad». La dificultad está cierta y cabalmente planteada, mas, en mi opinión, la manera como pretende el autor eliminarla resultaría totalmente ineficaz.

Aplicando a este caso el cálculo sobre la probabilidad de vida y sobre el interés del dinero, propone establecer un fondo que asigne a los ancianos una asistencia dimanada, en parte, de sus propios ahorros anteriores, y, en parte, de los que suministraron los individuos muertos antes de haber podido recoger el fruto de tales sacrificios. Este mismo fondo, u otro análogo, se dedicaría a la asistencia de las viudas y huérfanos y a suministrar un capital a estos últimos, cuando estén en edad de formar una nueva familia, de suerte que puedan desarrollar su laboriosidad. Observa que estos establecimientos deben ser constituidos en nombre y bajo la protección de la sociedad. Yendo aún más lejos, dice que mediante una justa aplicación de los cálculos se pueden hallar medios de conservar un estado de igualdad aún más absoluto evitando que el crédito sea el privilegio exclusivo de las grandes fortunas, sin por ello debilitar su base, y haciendo que el progreso de la industria y la actividad comercial sean menos dependientes de los grandes capitalistas.

Tales establecimientos y cálculos pueden parecer muy prometedores sobre el papel, pero aplicados a la vida real resultarán completamente vanos. El señor Condorcet admite la necesidad de que en cada Estado haya una clase de personas que vivan exclusivamente de su trabajo. ¿Qué razón puede haberle llevado a esta conclusión? Una sola es imaginable: la comprensión de que para asegurar la subsistencia a una población numerosa era menester una cantidad de trabajo que no se realizaría si faltase el aguijón de la necesidad. Mas si con este tipo de institución se elimina este acicate al trabajo, si los perezosos y negligentes gozan del mismo crédito y de la misma seguridad en cuanto al sostén de sus mujeres y familias que los laboriosos y activos, ¿podemos contar con que los hombres desplieguen para la mejora de su situación esa actividad febril que hoy constituye el resorte principal de la prosperidad pública? Si hubiese que realizar una investigación para examinar las reclamaciones de cada individuo y determinar hasta qué punto se había esforzado por vivir de su trabajo y si merecía o no la asistencia que solicitaba, sería poco menos que una repetición en mayor escala de las *poor laws* inglesas y conduciría a la completa destrucción de los verdaderos principios de libertad e igualdad.

Pero además de esta gran objeción a estas instituciones, y suponiendo por un momento que no contribuyesen a frenar la laboriosidad productiva, aún quedaría por resolver la principal dificultad. Si todo hombre tuviese la seguridad de encontrar con qué mantener convenientemente a una familia, bien pronto casi todos fundarían una, y si además la generación naciente estuviese al abrigo de la «destructiva helada» de la miseria, la población aumentaría rápidamente.

El señor Condorcet parece tener plena conciencia de esto, y después de describir otras mejoras, dice:

«Pero en este progreso del trabajo y de la felicidad cada generación gozará de placeres aún más extensos, y, por consiguiente, en virtud de la constitución física de la estructura humana, registrará un aumento en el número de individuos. ¿No llegará, pues, un período en el que se enfrenten estas leyes, tan necesarias una y otra? Cuando el aumento del número de personas exceda al de sus medios de subsistencia, el necesario resultado será la continua disminución de la felicidad y de la población, que sería un movimiento realmente retrógrado, o al menos una especie de oscilación entre el bien y el mal. En sociedades que hayan llegado a este extremo, ¿no será esta oscilación una causa permanente de miseria periódica? ¿No marcará el límite a partir del cual toda mejora resultará imposible? ¿No indicará el término de la perfectibilidad de la raza humana, término que puede alcanzar en el curso del tiempo, pero jamás rebasar?»

Y luego añade:

«Nadie duda que este tiempo está aún muy distante de nosotros, pero ¿lo alcanzaremos un día? Tan imposible es pronunciarse a favor como en

ducirse, lo hará en una era en que la raza humana habrá logrado mejoras que en el presente apenas podemos concebir.»

El señor Condorcet describe justamente lo que puede ocurrir cuando el número de personas llegue a exceder a los medios de subsistencia. La oscilación que menciona se producirá seguramente y será, sin duda, un manantial permanente de miseria periódica. En lo único que difiero del señor Condorcet es en la consideración de la época en la que podrá aplicarse a la raza humana.

El señor Condorcet piensa que tan sólo podrá ser aplicable en una época sumamente lejana. Si la relación entre el natural aumento de la población y el aumento de los alimentos se aproxima a la que he establecido, se puede decir, por el contrario, que la época en que el número de personas sobrepasa a sus medios de subsistencia ha llegado ya hace tiempo, y que esta necesaria oscilación, esta permanente causa de miseria periódica, ha existido desde los tiempos primeros a que se remonta la historia, existe al presente y continuará existiendo siempre, a no ser que se produjese algún cambio decisivo en la constitución física de nuestra naturaleza.

El señor Condorcet, sin embargo, continúa diciendo que incluso en el supuesto de que llegase esta época, que él ve tan lejana, la raza humana, y los defensores de la perfectibilidad del hombre, no deberían por ello alarmarse. Procede luego a eliminar la dificultad en una forma que confiesc no comprender. Habiendo observado que para en-

tonces los ridículos prejuicios de la superstición habrían dejado de proyectar sobre la moral esa austeridad corrupta y degradante, hace alusión, o a un promiscuo concubinato, que evitaría la fecundidad, o a otro tipo de solución no menos antinatural. Pretender resolver así la dificultad significaría, sin duda, en la opinión de la mayoría de los hombres, destruir esa virtud y esa pureza de costumbres que los partidarios de la igualdad y de la perfectibilidad del hombre profesan considerar como la finalidad y el objetivo de sus miras.

La última cuestión que el señor Condorcet propone para ser examinada es la perfectibilidad orgánica del hombre. Observa que si las pruebas presentadas hasta ahora, y que de su acción misma han de recibir nueva fuerza, son suficientes para establecer la indefinida perfectibilidad del hombre sobre el supuesto de las mismas facultades naturales y la misma organización que actualmente posee, ¿cuánta será la certeza y cuál la extensión de nuestra esperanza si esta organización, e incluso estas facultades naturales, son susceptibles de mejora?

Del progreso de la medicina, de una alimentación y vivienda más saludables, de una forma de vida que aumente la fuerza corporal a través del ejercicio físico, sin perjudicarla por el exceso del

mismo, de la destrucción de las dos grandes causas de la degradación del hombre —la miseria y el exceso de riqueza—, de la eliminación gradual de las enfermedades hereditarias y contagiosas, merced a un mejor conocimiento de nuestro organismo, que el progreso de la razón y del orden social hace más eficaz; de todas estas consideraciones infiere el señor Condorcet que, sin alcanzar la inmortalidad absoluta, el tiempo entre el nacimiento y la muerte natural del hombre se hará cada vez más largo, y, careciendo de límite, puede perfectamente ser calificado por la palabra indefinido. Pasa luego a definir esta palabra, que según él significa ora el constante acercamiento a una extensión ilimitada, sin alcanzarla jamás, ora un aumento en la inmensidad de las edades hasta una prolongación superior a cualquier cantidad asignable.

Pero seguramente la aplicación de este término, en cualquiera de las dos acepciones, a la duración de la vida humana es totalmente contraria a los principios de una sana filosofía y plenamente injustificable por la experiencia de las leyes naturales. Las variaciones provocadas por diferentes causas son esencialmenee distintas del acrecentamiento regular y sin posible retroceso. La duración media de la vida humana variará, en cierta medida, según sean el clima sano o malsano, la alimentación saludable o dañina, las costumbres virtuosas o viciosas, y por otras causas, pero tenemos serios motivos para dudar que se haya registrado el más mínimo aumento perceptible en

la duración de la vida humana desde los tiempos más remotos de la auténtica historia del hombre. Es cierto que en todos los tiempos los prejuicios han influido siempre en contra de esta suposición, pero sin darles demasiado crédito, en cierta medida estos prejuicios tienden a demostrar que no ha habido progresos notables en sentido contrario.

Se dirá, tal vez, que el mundo es aún tan joven, tan totalmente en su infancia, que no puede esperarse que aparezca tan pronto una diferencia.

Si esto fuera así sería el fin de toda la ciencia humana; habríamos acabado con todos los razonamientos de los efectos a las causas. Podríamos cerrar nuestros ojos ante el libro de la naturaleza, puesto que de nada ya nos iba a servir leerlo. Las conjeturas más descabelladas e improbables podrían ser presentadas con la misma certeza que las teorías más justas y sublimes, basadas sobre esmerados y reiterados experimentos. Podríamos retornar, una vez más, al antiguo modo de filosofar, que consistía en amoldar los hechos a las exigencias de los sistemas en vez de establecer los sistemas en función de los hechos. La grande y sólida teoría de Newton se situaría en pie de igualdad con las extravagantes y disparatadas hipótesis de Descartes. En una palabra, si las leyes de la naturaleza son tan volubles e inconstantes, si se puede afirmar y creer que van a cambiar, cuando durante siglos y siglos han permanecido inmutables, el espíritu humano carecerá del aliciente necesario para investigar, quedando en inactivo

sopor o buscando su diversión en desatinados sueños y extravagantes fantasías.

La constancia de las leyes de la naturaleza y la relación de los efectos con las causas son el fundamento de todo conocimiento humano, aunque ni mucho menos quiero con ello decir que el mismo poder que ideó y puso en aplicación estas leyes no pueda cambiarlas todas «en un instante, en un abrir y cerrar de ojos». Semejante cambio puede, indudablemente, producirse. Lo único que pretendo decir es que es imposible preverlo por deducción razonada. Si en la ausencia de todo previo síntoma o indicación perceptible de mudanza podemos deducir que un cambio va a producirse, con el mismo derecho podríamos hacer cualquier aserción y considerar tan irrazonable que se nos contradiga cuando afirmamos que la luna va a chocar mañana con la tierra como cuando aseguramos que el sol saldrá a la hora usual.

Respecto a la duración de la vida humana, no parece que desde los tiempos más remotos del mundo hasta nuestros días haya habido el menor síntoma o indicio permanente de una prolongación creciente (7). Los perceptibles efectos del clima, de las costumbres, de la dieta alimenticia y de otras causas sobre la longevidad de la vida han servido de pretexto para afirmar su duración indefinida. Y el movedizo cimiento sobre el que descansa la argumentación es que, como el límite de la vida humana es indefinido, como no se le puede fijar un término preciso y decir, hasta allí se llegará exactamente, pero no más allá; por con-

siguiente, su prolongación puede extenderse eternamente y ser justamente calificada de indefinida o ilimitada. Pero la falacia y el absurdo de este argumento quedan patentes con un ligero examen de lo que el señor Condorcet llama perfectibilidad orgánica, o degeneración, de las razas vegetales y animales, que según él puede ser considerada como una de las leyes generales de la naturaleza.

Se me ha dicho que los ganaderos están convencidos de que a través de la cruza se puede alcanzar cualquier grado de refinamiento, y para ello se basan en un axioma en virtud del cual algunos de los vástagos poseerán en mayor grado las cualidades favorables de los padres. En la famosa raza de ovejas *leicestershire,* por ejemplo, el objetivo sería conseguir ovejas de cabeza pequeña y patas cortas. Procediendo de acuerdo con estos axiomas ganaderos, parecería lógico suponer que se debería poder llegar a que las cabezas y las patas se convirtiesen en cantidades evanescentes, pero esto es un tal disparate que podemos tener la seguridad de que las premisas del axioma no son correctas y que existe, en realidad, un límite en el proceso, aunque no lo veamos ni podamos decir exactamente dónde se encuentra. En este caso, el punto extremo de la mejora, es decir, el punto en el que el tamaño de las cabezas y de las patas alcanza su valor mínimo, puede considerarse como indefinido, lo cual es muy diferente de poder considerarle como ilimitado o infinito, según la aceptación que el señor Condorcet da a

esta palabra. Aunque no me halle en este ejemplo en condiciones de marcar el límite a partir del cual es imposible toda mejora, lo que sí puedo con suma facilidad es mencionar un punto al que no se llegará. No tendría el menor escrúpulo en afirmar que aunque el proceso de selección durase eternamente, la cabeza y las patas de estas ovejas jamás llegarían a ser tan pequeñas como la cabeza y las patas de una rata.

Por consiguiente, no puede ser cierto que, entre los animales, algunos de los vástagos adquirirán las cualidades de los padres preferidas, pero en mayor grado, o que los animales sean infinitamente perfectibles.

El progreso de una planta salvaje, hasta convertirse en una hermosa flor de jardín, es, tal vez, más notable e impresionante que lo que ocurre en el reino animal; sin embargo, incluso aquí sería el colmo del absurdo pretender que este progreso es ilimitado o infinito. Uno de los rasgos más evidentes del mejoramiento es el aumento del tamaño. Merced al cultivo, la flor ha ido paulatinamente creciendo. Si el progreso fuese realmente ilimitado podría crecer hasta el infinito, lo cual es un disparate tan burdo que podemos estar seguros de que entre las plantas, lo mismo que entre los animales, el mejoramiento tiene un límite, aunque no sepamos exactamente dónde se encuentra. Es probable que los jardineros que se disputan los premios de floricultura habrán aplicado abonados más fuertes sin obtener el esperado éxito. Al mismo tiempo, sería una persona

sumamente presuntuosa quien pretendiese haber visto el clavel o la anémona más bella que jamás pueda ser producida. Lo que sí podría afirmar, sin embargo, sin el menor peligro de ser desmentido por los hechos futuros, es que ningún clavel ni ninguna anémona llegarán por el cultivo a tener las dimensiones de una gran col; y aún podrían asignarse tamaños mucho mayores que el de una col. Ningún hombre puede decir que ha visto la mayor espiga de trigo o el mayor roble que pueda jamás producirse; pero cualquiera puede fácilmente y con absoluta seguridad fijar un grado de magnitud que esas plantas no alcanzarán. En todos estos casos, es preciso establecer una cuidadosa distinción entre un progreso ilimitado y un progreso cuyo límite está simplemente indefinido.

Se dirá tal vez que la razón por la cual las plantas y los animales no pueden aumentar de tamaño de manera ilimitada es que se romperían bajo el efecto de su propio peso. Yo contesto: ¿Cómo sabemos esto si no es por la experiencia?; por la experiencia que tenemos respecto a la resistencia de estos cuerpos. Yo sé que al clavel se le rompería el tallo mucho antes de alcanzar las dimensiones de una col, pero esto lo sé únicamente por haber experimentado la debilidad y falta de solidez de los materiales que forman el tallo del clavel. Existen muchas substancias en la naturaleza que, siendo del mismo tamaño, serían capaces de soportar una flor del tamaño de una col.

Las causas de la mortalidad de las plantas aún

nos son totalmente desconocidas. Nadie puede decir por qué tal planta es anual, por qué la otra es bienal, mientras hay algunas que duran siglos. El problema entero en todos estos casos, tanto en las plantas como en los animales, y también en la raza humana, es una cuestión de experiencia, y si afirmo que el hombre es mortal es porque de manera invariable, a lo largo de todos los tiempos, la experiencia ha mostrado la mortalidad de aquellos materiales que constituyen su cuerpo visible.

De dónde razonar sino del saber previo.

Los sanos principios filosóficos no me permiten modificar mi opinión respecto a la mortalidad del hombre sobre la tierra, en tanto no se me demuestre claramente que la raza humana ha realizado y está realizando decididos progresos hacia una ilimitada duración de la vida. Y la principal razón que me ha hecho traer a colación estos dos ejemplos de los reinos vegetal y animal fue la de exponer e ilustrar, dentro de mis posibilidades, la falacia de ese argumento, que pretende deducir un progreso ilimitado, simplemente porque se ha producido una mejora parcial cuyos límites no pueden ser determinados con precisión.

No creo que nadie pueda dudar de la capacidad de mejora que, en cierto grado, poseen las plantas y los animales. Se ha progresado ya de manera clara y decidida en este terreno, y, sin embargo, creo que resultaría sumamente ridículo decir que este progreso no tiene límites. En cuanto a la vida humana, a pesar de las grandes variaciones

a que está sujeta por diversas causas, hay motivos para dudar que desde que existe el mundo se haya comprobado claramente la menor mejora orgánica en la constitución de nuestro cuerpo. Por tanto, las bases sobre las cuales se asientan los argumentos a favor de la perfectibilidad orgánica del hombre son de una insólita endeblez y quedan reducidos a meras conjeturas. No se puede decir, sin embargo, de ninguna manera, que sea imposible conseguir en los hombres, mediante el cuidado en la formación de las descendencias, un cierto grado de mejora análogo al que hemos constatado en los animales. Puede dudarse que la inteligencia se transmita por herencia, pero el tamaño, la fuerza, la belleza, la constitución y quizá, incluso, la longevidad, son en cierta medida hereditarias. El error no consiste en suponer posible una pequeña mejora, sino en confundir un pequeño grado de perfectibilidad, cuyo límite no puede determinarse, con una mejora realmente ilimitada. Por lo demás, como la raza humana no podría mejorarse en esta forma sin condenar al celibato a todos aquellos individuos menos perfectos, no es probable que este medio de perfeccionamiento pueda generalizarse; en realidad, no conozco más intento serio en este sentido que el de la antigua familia de los Bickerstaffs, que, según parece, tuvo grandes éxitos en el blanqueo de la piel y en el aumento de la estatura de su estirpe, gracias al acierto en los matrimonios y, en particular, merced al muy atinado cruce con la lechera Maud, que permitió la corrección de ciertos importantes defectos de conformación de que adolecía la familia. No creo que sea necesario, para demostrar de manera más completa la improbabilidad de ver jamás al hombre acercarse a la inmortalidad en la tierra, hacer notar el peso muy considerable que cualquier aumento de la duración de la vida añadiría a nuestro argumento sobre la población.

El libro del señor Condorcet puede considerarse no sólo como un bosquejo de las opiniones de un hombre famoso, sino de las de muchos escritores franceses al comienzo de la Revolución. Desde este punto de vista, y aunque sólo sea un esbozo, parece digno de atención.

Capítulo 10

Al leer la obra ingeniosa y competente del señor Godwin sobre la justicia política no podemos por menos de admirarnos de la viveza y energía de su estilo, de la fuerza y precisión de algunos de sus razonamientos, del calor con que los presenta y, sobre todo, del tono de persuasión que en ella reina y que da a toda la obra una gran apariencia de verdad. Al mismo tiempo, hay que reconocer que no ha procedido en sus investigaciones con la prudencia que parece requerir una filosofía sana. Sus conclusiones no se derivan con frecuencia de sus premisas. A veces se le olvida rebatir objeciones que él mismo había presentado. Se confía demasiado en proposiciones generales y abstractas, que no permiten aplicación. Y sus conjeturas rebasan con mucho la modestia de la naturaleza.

El sistema de igualdad que propone el señor Godwin es, sin duda alguna, el más hermoso y seductor de todos los que han aparecido hasta la fecha. Una mejora de la sociedad, debida sólo a la razón y a la convicción que dimana de ella, ofrece más garantías de estabilidad que cualquier cambio efectuado y mantenido por la fuerza. El ejercicio ilimitado de la razón individual es una doctrina de indecible grandeza y poder seductor y ofrece una notable superioridad sobre aquellos sistemas en los que cada individuo es, en cierta medida, esclavo del público. La sustitución del amor propio como resorte principal y principio motor de la sociedad por la caridad es algo que debemos anhelar con toda devoción. En pocas palabras, es imposible contemplar el conjunto de este hermoso cuadro sin sentir una profunda alegría y admiración, sin concebir el ardiente deseo de ver llegar el período de su realización. Pero, ¡ay!, este momento no llegará jamás. Todo ello es poco menos que un sueño, una hermosa visión producto de la fantasía. Las «suntuosas mansiones» de felicidad e inmortalidad, aquellos «solemnes templos» de verdad y virtud se disiparán, «como el tejido sin trama de una visión», en cuanto despertemos a la vida real y contemplemos la auténtica situación del hombre sobre la tierra.

El señor Godwin, en la conclusión del tercer capítulo de su libro VIII, refiriéndose a la población, dice: «Existe un principio en la sociedad humana en virtud del cual la población se ve mantenida constantemente al nivel de los medios de

subsistencia. Así, entre las tribus nómadas de América y Asia no se ha visto en ningún momento, en el transcurso de las edades, que la población haya crecido hasta el punto de hacer indispensable el cultivo de la tierra». Este principio, que Mr. Godwin presenta como si fuese una causa misteriosa y oculta, pero que se guarda muy bien de analizar, no es sino la agobiadora ley de la penuria, la miseria y el temor a la miseria.

El gran error en el que Mr. Godwin se debate a lo largo de toda su obra consiste en atribuir a las instituciones humanas casi todos los vicios y calamidades que afligen a la sociedad. Las regulaciones políticas y la organización de la propiedad establecida son, en su opinión, los fecundos manantiales de todos los males, el origen de todos los crímenes que envilecen a la humanidad. Si fuese esta realmente la situación, la total supresión de los males del mundo no sería una tarea desesperada y la razón sería el instrumento más idóneo y adecuado para cumplir tan elevada misión. Pero la verdad es que aunque las instituciones humanas parecen ser las causas evidentes de muchos de los agravios sufridos por la humanidad, sin embargo son, en realidad, ligeras y superficiales, meras plumas que flotan en la superficie, en comparación con aquellas causas de impureza más profundas que corrompen los resortes y enturbian la corriente entera de la vida humana.

En su capítulo sobre las ventajas de un sistema de igualdad, el señor Godwin se expresa así:

«El espíritu de opresión, el espíritu de servilismo y el espíritu de fraude, tales son los productos inmediatos de la establecida organización de la propiedad. Tan hostiles son unos como otros al progreso de la inteligencia. Los demás vicios, como la envidia, la malicia y la venganza, son sus inseparables compañeros. En un estado social en el que los hombres viviesen en medio de la abundancia y en el que todos participaran, igualmente, de las mercedes de la naturaleza, estos sentimientos se ahogarían inevitablemente. El mezquino principio del egoísmo desaparecería. Al no estar nadie obligado a vigilar su escasa porción de bienes o a proveer sus necesidades perentorias en medio de la angustia y el dolor, cada cual iría despreocupándose de su propia existencia para dedicarse al bien común. Ningún hombre sería el enemigo de su vecino, pues no habría motivo de contienda, y, por consiguiente, la filantropía recobraría el imperio que la razón le asigna. El espíritu, liberado de su perpetua ansiedad por el sustento del cuerpo, se esparciría libremente en el campo del pensamiento, que es el suyo. Cada uno ayudaría en las investigaciones de todos».

He aquí, en verdad, la imagen de la felicidad. Pero de que esto es sólo un cuadro imaginario alejado de toda realidad, sospecho que el lector estará ya sobradamente convencido.

Los hombres no pueden vivir en medio de la abundancia. No es posible distribuirles a partes iguales los dones de la naturaleza. Si no existiese una organización institucional de la propiedad

cada hombre se vería obligado a guardar por la fuerza su escasa porción de bienes. Triunfaría el egoísmo. Los motivos de disputa se renovarían constantemente. El espíritu de cada persona se hallaría en constante estado de ansiedad por el sustento de su cuerpo y ni una sola mente se vería libre para esparcirse en el campo del pensamiento.

Para apreciar la poca atención que la aguda inteligencia del señor Godwin ha prestado al estado real del hombre sobre la tierra, basta con ver la forma en que intenta eliminar la dificultad de un exceso de población. He aquí sus palabras: «La evidente respuesta a esta objeción es que razonar de esta manera es prever dificultades sumamente alejadas. Las tres cuartas partes de la superficie habitable del globo están sin cultivar. Las partes cultivadas son susceptibles de mejoras sin fin. La población puede continuar creciendo durante muchos miles de siglos y la tierra seguirá siendo suficiente para asegurar la subsistencia de sus habitantes».

Ya he señalado el error de suponer que el exceso de población no puede crear dificultades ni provocar calamidades mientras la tierra no rehuse por completo aumentar su producción. Pero imaginemos por un momento realizado el hermoso sistema igualitario del señor Godwin, en su más absoluta pureza, y veamos cuán pronto esta dificultad ejercerá su presión sobre tan perfecta forma de sociedad. Una teoría que no admite aplicación no puede ser correcta.

Supongamos que hayan sido eliminados de estas islas todas las causas de miseria y de vicio. Cesan las guerras y las contiendas. No existen comercios ni manufacturas desagradables. La muchedumbre no se aglomera ya en las grandes y pestilentes urbes para intrigar en la corte, comerciar y obtener viciosos placeres. Diversiones sencillas, sanas y racionales sustituyen a la bebida, al juego y a la lujuria. No existen ciudades cuyas excesivas proporciones puedan tener efectos nocivos sobre la constitución humana. La mayor parte de los felices habitantes de este paraíso terrenal residen en aldeas y caseríos distribuidos por toda la superficie del país. Todas las casas están limpias, bien aireadas, son suficientemente amplias y se hallan situadas en lugares saludables. Todos los hombres son iguales. Los trabajos destinados al lujo han terminado. Y las necesarias faenas de la agricultura son amistosamente distribuidas entre todos. Supondremos que el número de personas y la producción de la isla siguen siendo los actuales. El espíritu de caridad, guiado por una justicia imparcial, distribuirá esta producción entre todos los miembros de la sociedad de acuerdo con sus necesidades. Si bien sería imposible que todos recibiesen carne diariamente, una alimentación a base de verduras, con carne de vez en cuando, podría satisfacer los deseos de un pueblo frugal y sería suficiente para mantenerlo en buena salud, con fuerza y elevados ánimos.

El señor Godwin considera el matrimonio como un fraude y un monopolio; supongamos, pues,

que las relaciones sexuales se estableciesen sobre el principio de la más perfecta libertad. El señor Godwin no cree que esta libertad condujera a la promiscuidad; comparto su opinión. El amor a la variedad es un gusto vicioso, corrupto y antinatural y no puede prevalecer en un estado de la sociedad que se caracteriza por su sencillez y virtud. Cada hombre escogería probablemente su pareja y permanecería unido a ella durante todo el tiempo que esta unión continuara siendo deseada por ambas partes. El número de hijos que tuviese cada mujer y la paternidad de los mismos sería, para el señor Godwin, un extremo de muy poca importancia. Los alimentos y la asistencia pasarían espontáneamente de las zonas de abundancia a las de escasez (8). Y todo hombre estaría dispuesto a instruir a las nuevas generaciones de acuerdo con su capacidad.

No puedo concebir un tipo de sociedad que, en su conjunto, fuese más favorable que ésta al incremento de la población. El carácter irreparable del matrimonio en la forma en que está actualmente instituido acobarda a muchos. La libertad en las relaciones sexuales, por el contrario, sería un poderosísimo acicate a las uniones precoces, y como estamos suponiendo que el mantenimiento futuro de los hijos no podría dar lugar a la más mínima aprensión, no concibo que pueda haber una mujer sobre cien que a los veintitrés años no fuese ya madre de familia.

Tan extraordinarios estímulos al crecimiento de la población, unidos, por otra parte, a la supresión, como hemos supuesto, de todas las grandes causas de despoblación, harían crecer el número de habitantes a un ritmo inaudito.

Basándome en un folleto publicado por el doctor Styles, y citado por el doctor Price, he señalado ya que la población de las colonias del interior en América se duplicó en un período de quince años. Inglaterra es, sin duda, un país más sano que los establecimientos del interior de América, y como hemos supuesto que todas las casas de la isla serían sanas y bien aireadas, y que el estímulo a tener una familia sería aún más fuerte que entre los colonos americanos del interior, no hay razón para pensar que la población en estas condiciones no se duplicase incluso en menos de quince años. Mas para tener la absoluta seguridad de no exagerar, nos limitaremos a fijar en veinticinco años el tiempo que puede tardar la población en duplicarse, lo cual nos da un ritmo de crecimiento que sabemos ha sido una realidad en todos los estados americanos del norte.

No cabe la menor duda que la igualación de la propiedad que hemos supuesto, y por añadidura la circunstancia de que el trabajo de toda la comunidad esté principalmente dirigido hacia la agricultura, tendería a aumentar considerablemente la producción del país. Mas para hacer frente a la demanda de una población en tan rápido crecimiento, el cálculo del señor Godwin, de media hora por día y hombre, es, a todas luces, insuficiente. Probablemente se necesitaría la mi-

tad del tiempo de trabajo de cada hombre. Sin embargo, suponiendo estos esfuerzos e incluso esfuerzos mucho mayores, una persona que conozca la naturaleza del suelo de nuestro país, y que reflexione sobre la fertilidad de las tierras hoy en cultivo y de la pobreza de las que siguen baldías, se verá fuertemente inclinado a dudar de que la producción media pueda, en su conjunto, llegar a duplicarse en un período de veinticinco años, a partir de ahora. La única posibilidad de éxito consistiría en roturar la totalidad de los pastos, poniendo prácticamente término al consumo de alimentos de origen animal. Sin embargo, una parte de este plan conduciría a su propio fracaso. El suelo de Inglaterra no produce gran cosa sin abono, y la ganadería parece ser indispensable para producir la clase de estiércol que más conviene a la tierra. En China parece que la tierra, en ciertas provincias, es tan fértil que puede dar dos cosechas de arroz al año sin necesidad de abono. Ninguna de las tierras de labor de Inglaterra responde a esta descripción.

Por difícil que sea lograr que la producción media de la isla doble en veinticinco años, concedamos que así suceda. Al concluir el primer período, el alimento, aunque casi totalmente vegetal, sería suficiente para mantener en buen estado de salud a una población que habría doblado a catorce millones.

Durante el siguiente período, en el que la población volvería a duplicarse, ¿de dónde saldría el alimento capaz de satisfacer sus apremiantes

necesidades? ¿Dónde están las tierras vírgenes que pudieran ser roturadas? ¿De dónde se obtendría el abono necesario para mejorar las tierras ya cultivadas? Nadie que tenga el más mínimo conocimiento de agricultura negará la absoluta imposibilidad de que la producción media del país pudiese aumentar este segundo período de veinticinco años en una cantidad igual a la producción actual. Sin embargo, admitiremos que se haya logrado este aumento, por improbable que sea. La fuerza exuberante de nuestro argumento nos da margen, prácticamente, para hacer toda clase de concesiones. Pero incluso con esta concesión, siete millones de personas quedarían sin sustento al final de este período. Una cantidad de alimentos suficientes para alimentar con sobriedad a veintiún millones de personas debería repartirse entre veintiocho millones.

¿Adónde ha venido a parar, ¡ay!, ese cuadro en el que nos pintan a los hombres viviendo en el seno de la abundancia, sin que ninguno de ellos esté obligado a proveer, en medio de la angustia y el dolor, a sus apremiantes necesidades, extraños a todo mezquino principio de egoísmo, y en el que el espíritu liberado de su perpetua ansiedad por el sustento del cuerpo se vería libre para esparcirse en el campo sublime del pensamiento? Esta hermosa creación de la fantasía se derrumba al primer contacto con la realidad. El espíritu de caridad, fomentado y vigorizado por la abundancia, es reprimido por el soplo frío de la esca-

sez. Retoñan de nuevo las bajas pasiones. El poderoso instinto que en cada individuo vela por su conservación ahoga a las más tiernas y nobles emociones del alma. La tentación del mal es tan fuerte que vence a la naturaleza humana. La mies es segada antes de estar madura, o es ocultada en injustas proporciones, y pronto sube a la superficie toda la negra serie de vicios que engendra la falsedad. Ya no afluyen las provisiones en ayuda de la madre de familia numerosa. Los niños enferman desnutridos. Los rosados colores de la salud dan paso a las mejillas pálidas y a los ojos hundidos de la miseria. En vano la caridad emite algunos resplandores lánguidos y moribundos: el egoísmo recupera su habitual imperio y triunfalmente vuelve a dominar en el mundo.

No existían aquí esas instituciones humanas, a cuya perversidad el señor Godwin atribuye el pecado original de los peores hombres (9). Estas no han producido esa oposición entre bienes públicos y privados. No se había creado ningún monopolio para disfrutar esas ventajas que según dicta la razón deberían permanecer en común. Ningún hombre había sido incitado por injustas leyes a perturbar el orden público. La caridad había establecido su reino en todos los corazones; y, sin embargo, en un período de no más de cincuenta años, la violencia, la opresión, la falsedad, la miseria, todos los vicios más bajos y todas las formas de infortunio, que degradan y entristecen el presente estado de la sociedad, parecen haberse producido por las más imperiosas circunstancias,

por leyes inherentes a la naturaleza del hombre y absolutamente independientes de todos los reglamentos humanos.

Si aún no estamos plenamente convencidos de la realidad de tan triste cuadro, examinemos por un momento el siguiente período de veinticinco años. Veremos a veintiocho millones de seres humanos privados de sustento; y antes de que concluya el primer siglo, la población alcanzaría la cifra de ciento doce millones y los alimentos tan sólo bastarían para treinta y cinco, quedando así setenta y siete sin provisiones. En aquel tiempo, la necesidad quedará ciertamente triunfante y por todas partes reinarán la rapiña y la muerte; y, sin embargo, estamos suponiendo para todo este período una producción de la tierra absolutamente ilimitada y un incremento anual mayor de lo que el más audaz de los especuladores se atrevería a esperar.

Este es, indudablemente, un aspecto de las dificultades suscitadas por el exceso de población muy distinto del que nos ofrece el señor Godwin cuando dice: «La población puede continuar creciendo durante muchos miles de siglos y la tierra seguirá siendo suficiente para asegurar la subsistencia de sus habitantes».

Me doy perfecta cuenta de que jamás hubieran existido los veintiocho o los setenta y siete millones de personas sobrantes, que anteriormente mencioné. Es perfectamente correcta la observación del señor Godwin de que: «Existe un principio en la sociedad humana en virtud del cual

la población se ve mantenida constantemente al nivel de los medios de subsistencia». La única cuestión es: ¿Cuál es este principio? ¿Se trata de alguna causa oscura y oculta? ¿Es alguna interferencia misteriosa del cielo, que en determinados períodos condena a los hombres a la impotencia y a las mujeres a la esterilidad? ¿No será una causa que está a nuestro alcance, abierta a nuestras investigaciones, actuando constantemente a nuestra vista, aunque con fuerza variable, en todas las situaciones en que se encuentre el hombre? ¿No será un grado de miseria, resultado necesario e inevitable de las leyes de la naturaleza, que las instituciones humanas, lejos de agravar, han tratado intensamente de mitigar, pero que jamás podrán suprimir?

Puede resultar curioso observar, en el caso que hemos supuesto, cómo algunas de las leyes que actualmente rigen la sociedad civilizada serían posteriormente establecidas al dictado de la más imperiosa necesidad. Siendo el hombre, según el señor Godwin, criatura de las impresiones a las que se encuentra sometido, el aguijón de la necesidad no tardaría en provocar necesariamente actos de pillaje contra los bienes públicos o privados. Al extenderse y multiplicarse estos actos, las personas de inteligencia más activa y comprensiva, dentro de la sociedad, no tardarían en percibir que mientras la población se mantenía en rápido aumento la producción anual del país pronto empezaría a disminuir. La urgencia del caso sugeriría la necesidad de adoptar inmediatas

medidas de seguridad general. Se convocaría algún tipo de asamblea donde se denunciaría, en los términos más enérgicos, la peligrosa situación creada en el país. Mientras vivíamos en medio de la abundancia —observarían algunos—, era de poca importancia saber quién trabajaba o quién poseía menos, ya que todo el mundo estaba dispuesto a suplir las necesidades del vecino. Pero en la actualidad no se trata ya de dar al vecino lo que uno no necesita, sino de darle el alimento que le es a uno necesario para vivir. Se señalaría que el número de indigentes era muy superior al número y medios de quienes debían asistirles; que teniendo en cuenta el estado de la producción del país estas imperiosas necesidades no podían ser todas satisfechas y habían ocasionado flagrantes violaciones de la justicia; que estas violaciones habían ya frenado la producción de alimentos y que, de no ser evitadas en una u otra forma, podrían sembrar la confusión en toda la comunidad; que la imperiosa necesidad hacía necesario conseguir a toda costa un aumento anual de la producción, y que para alcanzar este primero, grande e indispensable objetivo, sería recomendable realizar una división más completa de la tierra y garantizar la propiedad de cada persona contra el pillaje, aplicando al delincuente las más enérgicas sanciones, incluyendo la propia pena de muerte.

Algunos disconformes señalarán, quizá, que al aumentar la fertilidad de la tierra, y por otras causas, la porción que correspondiera a algunos individuos podría llegar a ser mucho más que sufi-

ciente para cubrir sus necesidades, pero que, restablecido el reino del egoísmo, éstos no estarían necesariamente dispuestos a distribuir su sobrante sin exigir a cambio alguna compensación. En respuesta podría uno observar que esto sería, efectivamente, un inconveniente muy lamentable: pero que era un mal difícilmente comparable al sombrío séquito de calamidades que acompañaría inexorablemente a la inseguridad de la propiedad; que la cantidad de alimento que una persona puede consumir está necesariamente limitada por la reducida capacidad del estómago; que no era, ciertamente, probable que una vez satisfechas sus necesidades tirase el sobrante, pero que incluso si cambiase su sobrante de comida por el trabajo de otros hombres, haciéndoles en cierta medida dependientes de él, siempre sería mejor que no que estos hombres sucumbiesen al hambre.

Parece, pues, muy probable que una organización de la propiedad, no muy distinta de la que actualmente prevalece en los Estados civilizados, acabaría estableciéndose, como el mejor remedio, pese a sus imperfecciones, a los males de la sociedad.

El siguiente tema a discutir, íntimamente ligado al anterior, es el de las relaciones entre los sexos. Quienes hayan prestado atención a la verdadera causa de las dificultades con las que tropieza la comunidad nos harán presente que, si todos los hombres tuviesen la seguridad de que sus hijos iban a estar bien atendidos por la caridad pública, las fuerzas generadoras de la tierra resultarían totalmente insuficientes para producir los alimentos necesarios al aumento de población que inevitablemente sobrevendría; que incluso si con toda la atención y el trabajo de la sociedad orientados hacia este único objetivo y asegurando la propiedad en la forma más perfecta y recurriendo a todos los tipos de estímulo que pueda uno imaginar, se lograse el mayor aumento posible de la producción, el aumento de los alimentos disponibles no conseguiría jamás equipararse al crecimiento mucho más rápido de la población; siendo, pues, imperiosamente necesario encontrar algún medio de frenar a este último. El medio más natural y evidente de conseguir este resultado parece ser el de obligar a cada padre a alimentar a su prole: esto actuaría, en cierta medida, como una regla y un freno a la población, ya que es de suponer que ningún hombre traería al mundo seres a quienes no iba a poder asegurar el sustento. Mas si se diesen casos de estos, parecería necesario, para que sirviese de ejemplo a los demás, hacer que el bochorno y los inconvenientes ocasionados por semejante conducta recayesen sobre el individuo que por falta de responsabilidad se había hundido, él mismo, y había hundido a sus inocentes hijos en la miseria y la desolación.

En una comunidad enfrentada con las dificultades que hemos supuesto, la institución del matrimonio, o, por lo menos, de alguna forma de obligación expresa o tácita de todo hombre a mantener a sus hijos, parece ser la lógica conclusión de estos argumentos.

El examen de estas dificultades nos ofrece una explicación muy natural de por qué en el caso de falta de castidad el oprobio es muy superior para la mujer que para el hombre. No se puede suponer que las mujeres tengan recursos suficientes para mantener a sus hijos. Por tanto, cuando una mujer ha tenido relaciones con un hombre, sin que éste haya contraído compromiso alguno respecto al mantenimiento de sus hijos, y éste, viendo los inconvenientes que puede acarrearle, la abandona, los hijos tendrán necesariamente que quedar bajo la asistencia de la sociedad o morir de hambre. Para evitar la frecuente repetición de esta dificultad, ya que sería sumamente injusto castigar una falta tan natural con medidas de coerción o de imposición personal, los hombres han acordado castigarla con el oprobio. El delito es, por otra parte, más evidente y conspicuo en la mujer y menos susceptible de error. El padre de un niño puede no conocerse, la madre se conoce siempre. Se acordó, pues, hacer recaer la mayor parte de la culpa allí donde la evidencia del delito era más completa y peores, por otra parte, las consecuencias para la sociedad. La obligación de todo hombre de mantener a sus hijos es algo que la sociedad impone cuando tiene ocasión de hacerlo; pero se considera que el mayor grado de molestias y esfuerzos, a los que se verá necesariamente sometido a causa de su familia y, por añadidura, la parte de oprobio que recae sobre todo ser humano que cause la desgracia de otro, se considera suficiente castigo para el hombre.

Indudablemente, el hecho de que la mujer se vea prácticamente rechazada por la sociedad por un delito que el hombre comete casi con impunidad, puede parecer una violación de la justicia natural. Pero el origen de esta costumbre, como método más evidente y efectivo de evitar la frecuente repetición de un serio trastorno para la comunidad, resulta natural, aunque tal vez no totalmente justificable. Este origen, sin embargo, se ha perdido ya en el nuevo orden de ideas que la costumbre ha creado desde entonces. Lo que al principio podía ser impuesto como necesidad pública tiene ahora su apoyo en la sensibilidad femenina; y actúa con mayor rigor en la parte de la sociedad donde menos razón de ser tendría si se preservase el propósito original de esta costumbre.

Una vez establecidas estas dos leyes fundamentales de la sociedad, la seguridad de la propiedad y la institución del matrimonio, la desigualdad de condiciones viene por necesidad. Los que nacieron después del reparto de las propiedades se encontraron con un mundo ya ocupado. Si sus padres, por tener una familia demasiado numerosa, no están en condiciones de asegurarles el sustento, ¿qué pueden hacer en un mundo en el que todo está ya apropiado? Ya hemos visto los deplorables efectos que se producirían en una sociedad si cada hombre tuviese derecho a reclamar de la producción de la tierra una parte igual a la de todos los demás. Los miembros de una familia que haya crecido demasiado, teniendo en cuenta

la tierra que en el reparto original le fue atribuida, no podrían entonces exigir parte de la producción sobrante de los demás, como deuda de justicia. Resulta, pues, que en virtud de las ineludibles leyes de nuestra naturaleza, algunos seres humanos deban necesariamente sufrir escasez. Estos son los desgraciados que en la gran lotería de la vida han sacado un billete en blanco. El número de éstos no tardará en multiplicarse de tal manera que el excedente de producción será insuficiente para atender a sus necesidades. El mérito moral es un criterio muy difícil de aplicar para establecer distribuciones, excepto en casos extremos. Los propietarios de la producción sobrante exigirían, generalmente, marcas de distinción más evidentes. Y parece natural y justo que, salvo en los casos particulares, la elección recaiga en aquellos que están en condiciones y se declaran dispuestos a aplicar sus fuerzas para conseguir una mayor abundancia de productos sobrantes, beneficiando así a la comunidad y permitiendo a estos propietarios prestar asistencia a un mayor número de necesitados. Todos aquellos a quienes faltase el alimento se verían impulsados por esta imperiosa necesidad a ofrecer su trabajo a cambio de este artículo, tan absolutamente esencial a la existencia. El fondo dedicado al mantenimiento del trabajo lo constituiría, pues, la cantidad global de alimentos que los propietarios de la tierra poseen en exceso de su propio consumo. Cuando las demandas con cargo a este fondo son grandes y numerosas, las porciones tendrán que

ser pequeñas. El trabajo estará entonces mal remunerado. Los hombres se prestarán a trabajar por la mera subsistencia y el sostenimiento de las familias se verá impedido por las enfermedades y la miseria. Por el contrario, cuando este fondo aumenta rápidamente, cuando llega a ser abundante en proporción al número de beneficiarios, su distribución se hace en porciones mucho mayores. Ningún hombre consentiría entonces en trabajar si no es a cambio de una gran provisión de alimentos. Los trabajadores vivirían a gusto y confortables y en condiciones de criar una prole vigorosa y abundante.

Del estado de este fondo depende ahora principalmente la felicidad o el grado de miseria de las clases inferiores de la población en todos los Estados conocidos. Y de esta felicidad o de esta miseria depende el crecimiento, la estabilidad o la disminución de la población.

He aquí cómo una sociedad constituida en la forma más hermosa que pueda concebirse, impulsada por la generosidad en vez del egoísmo, en la cual todas las malas inclinaciones de sus miembros fueron corregidas por la razón y no por la fuerza, degeneraría rápidamente, en virtud de las inevitables leyes de la naturaleza, y no por una depravación original del hombre, y al término de un breve período se ha convertido en una sociedad edificada sobre un plan no esencialmente distinto del que hoy prevalece en todos los Estados conocidos; es decir, una sociedad dividida en una clase de propietarios y una clase de trabajadores

y con el egoísmo como resorte principal de la gran máquina.

En mis suposiciones he considerado, indudablemente, un crecimiento de la población inferior y un aumento de la producción superior a lo que serían en realidad. No hay motivo alguno por el cual el crecimiento de la población, en las circunstancias que he supuesto, no llegase a ser superior a lo que fue en cualquier período pretérito conocido. Si, por consiguiente, consideramos que en vez de veinticinco años la población tardase quince en duplicarse, y si reflexionamos sobre el trabajo que supondría doblar la producción de alimentos en tan breve período —incluso suponiendo que esto fuese posible—, bien podemos aventurarnos a afirmar que si el sistema social del señor Godwin fuese establecido, incluso en su máxima pureza, no serían miles de siglos, sino apenas treinta años los que tardaría el simple principio de la población en derribarlo.

Por evidentes razones no he tenido en cuenta la emigración. Si sociedades como ésta fuesen establecidas en otras partes de Europa, estos países se hallarían frente a las mismas dificultades de población; por consiguiente, no tendrían cabida para nuevos miembros. Si esta hermosa sociedad se limitase a esta isla, tendría que haber extrañamente degenerado a partir de su pureza inicial y la ración de felicidad que de ella emanaría no sería sino una ínfima parte de la que se proponía administrar; en una palabra, tan sólo la total destrucción de los principios esenciales de esta sociedad podría explicar que uno de sus miembros la abandonase voluntariamente para ir a vivir bajo alguno de los gobiernos que actualmente existen en Europa o para someterse a las durísimas penalidades que soportan los primeros colonos de las regiones vírgenes. Sabemos muy bien, por reiteradas experiencias, cuánta miseria y cuántos sufrimientos los hombres pueden soportar en su propio país antes de decidirse a abandonarlo: y cuántas veces las propuestas más tentadoras para marchar a las nuevas colonias han sido rechazadas por gentes que parecían estar a punto de fallecer por inanición.

Hemos supuesto el sistema social del señor Godwin una vez totalmente establecido. Pero esto era suponer una imposibilidad. Las mismas causas naturales que tan rápidamente lo hubieran destruido en el caso de haberse instaurado, hacen imposible su instauración. Y en cuanto a descubrir motivos que nos permitan presumir que estas causas naturales vayan a cambiar, no tengo idea de por dónde buscarlos. No ha habido en los cinco o seis mil años que tiene el mundo de existencia la menor tendencia hacia la extinción de la pasión entre los sexos. Hombres en el declive de su vida han pretendido, en todas las épocas, desvirtuar una pasión que ya no sentían, pero con tan poca razón como éxito. Quienes, debido a la frialdad de su temperamento constitucional, no han sentido jamás lo que es el amor, serán, claro

está, jueces con muy escasa competencia para juzgar sobre la capacidad de esta pasión para contribuir a la suma de sensaciones agradables que ofrece la vida. Quienes han pasado su juventud en medio de criminales excesos, y al llegar a la vejez no les queda más consuelo que la debilidad de su cuerpo y el remordimiento mental, bien pueden prorrumpir en invectivas contra estos placeres y declararlos vanos, fútiles e incapaces de producir una satisfacción duradera. Pero los placeres del amor puro pueden soportar la mirada de la más elevada de las razones y de la más noble de las virtudes. Tal vez no haya un solo hombre habiendo experimentado el placer genuino del amor virtuoso, que por grandes que hayan sido los placeres intelectuales que conociera no recuerde aquel período como la etapa más soleada de su vida, la que su imaginación más se complace en revivir, la que recuerda y contempla con mayor añoranza y más desearía volver a vivir. La superioridad de los placeres intelectuales sobre los sensuales reside en que duran más tiempo, tienen mayor amplitud y son menos susceptibles de ser saciados; no en ser más reales y esenciales.

La intemperancia en cualquier disfrute derrota su propio propósito. Un paseo en el día más hermoso, y a través del más bello paisaje, termina en dolor y fatiga si se prolonga demasiado. La alimentación más sana y tónica produce debilidad en vez de fuerza si se come con inmoderado apetito. Incluso los placeres intelectuales, aunque in-

dudablemente menos propensos a la saciedad que los otros, pueden debilitar el cuerpo y menoscabar el vigor mental si se entrega uno a ellos sin las convenientes pausas. Argumentar contra la realidad de estos placeres, partiendo de los efectos de su abuso, no parece justo. La moralidad, para el señor Godwin, es un cálculo de consecuencias, o, como muy bien lo expresa el arcediano Paley, la voluntad de Dios, extraída de la utilidad general. De acuerdo con cualquiera de estas definiciones, un placer sensual que no entrañe la probabilidad de consecuencias desafortunadas, no ofende las leyes de la moral; y si se disfruta con la moderación requerida para dejar amplio margen a las satisfacciones intelectuales, debe, sin duda, añadirse a la suma de sensaciones agradables que nos depara la vida. El amor virtuoso, exaltado por la amistad, parece ofrecernos esa mezcla de goce sensual e intelectual particularmente adecuado a la naturaleza del hombre y destinado a despertar poderosamente las simpatías del alma y a producir el más exquisito de los deleites.

Dice el señor Godwin, para demostrar la evidente inferioridad de los placeres sensuales: «Despójense las relaciones entre los sexos de todas las circunstancias (10) que las acompañan y se ganarán el desprecio general». Igualmente podría decirle a un hombre admirador de los árboles: «despójenlos de sus extensas ramas y de su hermoso follaje y, ¿qué belleza podrá usted ver en un tronco desnudo?». Pero era el árbol con su follaje y sus ramas, y no sin ellos, lo que provocaba su admiración. Un rasgo aislado de un objeto puede ser tan distinto del conjunto y suscitar emociones tan diferentes como si fuesen dos cosas totalmente distintas: por ejemplo, una mujer hermosa y el mapa de Madagascar. Es «la simetría de la persona, la vivacidad, la voluptuosa dulzura de su carácter, la cariñosa amabilidad de sus sentimientos, la imaginación y el ingenio» de una mujer, lo que excita la pasión amorosa, y no la mera distinción que hace de ella una hembra. Impulsados por la pasión amorosa, los hombres han llegado a cometer actos sumamente perjudiciales para los intereses de la sociedad, pero probablemente no hubieran tenido dificultad en resistir la tentación si esta hubiese revestido la forma de una mujer sin más atractivo que el de su sexo. Despojar el placer sensual de todo lo que le rodea, para demostrar su inferioridad, es lo mismo que privar a un imán de algunas de las principales causas de atracción y luego decir que es débil e ineficaz.

En el disfrute de todos los placeres, sean sensuales o intelectuales, la Razón, esa facultad que nos permite calcular las consecuencias de nuestras acciones, es el correctivo y el guía más adecuado. Es probable, por consiguiente, que una razón elevada tenderá siempre a evitar el abuso de los placeres sensuales, lo cual no significa, en modo alguno, que los vaya a extinguir.

He intentado exponer la falacia del argumento según el cual una mejora parcial, cuyos límites no pueden ser determinados con exactitud, debe necesariamente conducir a un progreso ilimitado. Ha

quedado claro, creo yo, que hay muchos casos en los que, habiéndose observado un decidido progreso, hubiera sido, no obstante, el mayor de los desatinos suponer que este progreso pudiese ser infinito. Pero en el caso de la extinción de la pasión entre los sexos ningún progreso ha sido observado hasta ahora. Suponer esta extinción es, por tanto, simplemente lanzar una conjetura infundada y sin el apoyo de ninguna probabilidad filosófica.

Es una verdad confirmada por la historia que algunos hombres de elevadísima capacidad mental se han entregado inmoderadamente a los placeres del amor sensual. Pero dejándome llevar por mi inclinación a conceder, a pesar de los muchos ejemplos que lo contradicen, que los grandes esfuerzos intelectuales tienden a debilitar el dominio de esta pasión sobre el hombre, es evidente que la masa de la humanidad tendrá que ser mejorada hasta superar a los más brillantes adornos presentes de la especie antes de que se produzca una diferencia suficientemente sensible para afectar a la población. De ningún modo quisiera dar a entender que la masa de la humanidad haya alcanzado el punto final de su proceso de mejoramiento, pero la principal idea que este ensayo pretende destacar es, precisamente, la improbabilidad de que las clases inferiores del pueblo, en cualquier país, puedan jamás liberarse suficientemente de sus necesidades y de su esfuerzo, con miras a alcanzar un elevado grado de superación intelectual.

Parece un tanto extraño que la conjetura del señor Godwin respecto al futuro acercamiento del hombre a la inmortalidad terrenal figure en un capítulo dedicado a salvar su sistema de igualdad de la objeción del principio de población. A no ser que el señor Godwin suponga que la disminución de la pasión entre los sexos vaya a ser más rápida que el aumento de la duración de la vida, la tierra se hallaría cada vez más abrumada de gente. Pero dejemos esta dificultad para que la resuelva el señor Godwin y examinemos algunos de los hechos aparentes, de los que se pretende deducir la probable inmortalidad del hombre.

Para demostrar el poder del espíritu sobre el cuerpo, el señor Godwin observa: «¿Cuán a me-

nudo vemos el mal humor disipado por una buena noticia? ¿Qué común es la observación de que los mismos accidentes que en el hombre indolente pueden originar una enfermedad son, en cambio, rápidamente eliminados y olvidados por el hombre activo y afanoso? Si ando veinte millas estando de humor decaído e indeciso acabo terriblemente agotado. Si estas veinte millas las ando con ardor y por un motivo que me llene el alma, llegaré tan fresco y alerta como al iniciar la marcha. Emociones suscitadas por una palabra inesperada, por la entrega de una carta, pueden provocar los trastornos más extraordinarios en nuestro organismo, acelerando la circulación, provocando palpitaciones del corazón, paralizando el habla e incluso, en ciertos casos, se sabe que una extrema aflicción o una gran alegría han llegado a producir la muerte. Ciertamente, de nada tiene el médico más conciencia que del poder del espíritu en ayudar o retardar la convalecencia de un enfermo».

Los ejemplos aquí mencionados demuestran principalmente los efectos de los estimulantes mentales sobre los órganos del cuerpo. Nadie jamás ha puesto en duda la estrecha, aunque misteriosa, conexión que existe entre el cuerpo y el espíritu. Pero suponer que estos estimulantes puedan ser aplicados de forma continua con igual fuerza, o que, en caso de serlo durante un cierto tiempo, no acabarían agotando al sujeto, es realmente argumentar con un total desconocimiento de su naturaleza. En alguno de los casos indicados la fuerza del estimulante depende de su novedad y de la sorpresa que produce. Semejante estimulante no puede, por su naturaleza, repetirse con frecuencia con su misma efectividad, ya que su repetición le resta la propiedad que le da su fuerza.

En otros casos, el argumento parte de un efecto limitado y parcial y lo convierte en un efecto importante y general, lo cual, en innumerables casos, resulta ser una forma de razonar sumamente engañosa. El hombre ocupado y activo puede, en cierta medida, contrarrestar, o quizá sería más próximo a la verdad decir que puede ignorar esos pequeños trastornos orgánicos que fijan, en cambio, la atención del hombre que no tiene otra cosa en qué pensar; pero esto no tiende a demostrar que la actividad mental le permita al hombre despreciar un fuerte acceso de fiebre, un ataque de viruela o una peste.

El hombre que camina veinte millas impulsado por un motivo que llena su alma no presta atención al ligero cansancio de su cuerpo cuando llega a su destino; pero que se le duplique su motivo y se le envíe a recorrer a pie otras veinte millas; que se cuadruplique y se le obligue a emprender por tercera vez su marcha; en último término, la distancia total que pueda recorrer dependerá de sus músculos y no de su espíritu. Es posible que Powell hubiese andado más por diez guineas que el señor Godwin por medio millón. Un impulso de extraordinaria potencia actuando sobre un organismo de fuerza moderada podría,

quizá, llevar al hombre a la muerte como consecuencia de su esfuerzo, pero no le haría andar cien millas en veinticuatro horas. Este planteamiento del caso muestra el error de suponer que la persona no estaba, en realidad, cansada al terminar su caminata de veinte millas, porque simplemente no aparentaba estarlo o apenas tenía conciencia de su estado de cansancio. La mente no puede fijar fuertemente su atención en más de un objeto a la vez. Las veinte mil libras ocupaban tan plenamente sus pensamientos que no prestó atención ni al ligero dolor de sus pies ni a la rigidez de sus piernas. Pero si de verdad hubiese estado tan fresco y alerta como cuando inició la marcha, podría haber recorrido las segundas veinte millas con la misma facilidad que las primeras, lo mismo con las terceras, y así sucesivamente, lo cual nos conduce al más palpable de los despropósitos. A un caballo fogoso medianamente cansado se le puede estimular con la espuela y el freno, de tal suerte que puede parecer, a quien le vea pasar, tan fresco y brioso como si aún no hubiera recorrido una milla. Más aún; es probable que el propio caballo, mientras le dura el ardor y la pasión provocados por este estímulo, sea incapaz de sentir fatiga alguna; pero sería curiosamente contrario a toda razón y experiencia basarse en esta apariencia para afirmar que, si se prolongara el estímulo, el caballo no llegaría jamás a cansarse. Los ladridos de una jauría pueden hacer que algunos caballos al término de una jornada de cuarenta millas aparezcan tan frescos y vivaces como

al iniciarla. Si fueran entonces lanzados a la caza, sus jinetes no apreciarían al principio ninguna pérdida de energía ni de brío en sus monturas, pero hacia el término de la agotadora jornada la fatiga previa empezará a surtir efecto y los caballos se encontrarán cansados antes de tiempo. Si me he dado una larga caminata con mi escopeta sin cobrar pieza alguna he vuelto a casa con una profunda sensación de malestar, provocada por el cansancio. Otro día, en cambio, habiendo recorrido prácticamente la misma distancia, pero con frecuentes motivos de diversión, he regresado a casa descansado y alegre; la diferencia en mi sensación de cansancio al llegar a casa en estos dos días puede haber sido muy notable, y, sin embargo, en los días siguientes, esta diferencia ya no se aprecia: tan rígidas tengo las piernas y tan doloridos los pies en la mañana siguiente al día bueno como en la otra mañana.

En todos estos casos los estimulantes actúan sobre la mente desviando más bien su atención del estado de cansancio del cuerpo que contrarrestando este cansancio. Si mi energía mental hubiese logrado realmente contrarrestar el cansancio de mi cuerpo, ¿por qué habría de sentirme cansado al día siguiente? Si el estímulo de los perros hubiese realmente superado en los caballos el cansancio de las cuarenta millas, como parecía haberlo hecho, ¿a qué se debe su prematuro cansancio al final de la jornada? En el momento mismo en que escribo estas líneas estoy padeciendo un fuerte dolor de muelas. En el ardor de mi traba-

jo se me llega a olvidar de vez en cuando este dolor, aunque sólo por breves momentos. Sin embargo, no puedo menos de pensar que el proceso que ocasiona el dolor no se ha detenido y que los nervios que trasmiten la información al cerebro están, incluso en estos momentos, requiriendo la atención y el espacio para sus particulares vibraciones. La multiplicidad de vibraciones de otro tipo puede, tal vez, impedir su admisión, o superarlas durante cierto tiempo después de admitidas, hasta que un impulso de extraordinaria fuerza destruye la energía de mi capacidad argumentativa y se adueña de mi cerebro. En este, como en los otros casos, la mente parece tener muy poco poder, quizá ninguno, para contrarrestar o curar el trastorno; lo único que puede hacer estando fuertemente excitada es fijar su atención sobre otros asuntos.

No quiero decir con esto que un espíritu sano y vigoroso no tenga tendencia a mantener el cuerpo sano y vigoroso también. La unión entre el espíritu y el cuerpo es tan estrecha e íntima que sería realmente muy extraordinario que no se asistiesen mutuamente en sus respectivas funciones. Pero quizá si estableciéramos una comparación veríamos que el cuerpo tiene más influencia sobre el espíritu que este último sobre el cuerpo. El primer objetivo del espíritu es actuar como proveedor de las necesidades del cuerpo. Cuando éstas se hallan totalmente satisfechas, un espíritu activo puede ciertamente ampliar sus horizontes, extenderse sobre los campos de la ciencia o distraerse por el mundo de la fantasía imaginando «haberse desprendido de su envoltura mortal» y estar buscando un elemento que le sea más afín. Pero todos estos esfuerzos son como los vanos intentos de la liebre de la fábula. La lenta tortuga, aquí el cuerpo, nunca deja de alcanzar al espíritu por amplio y extenso que sea el campo que haya pretendido abarcar, y los intelectos más brillantes y enérgicos, por muy remisos que hayan acudido a la primera o segunda citación, acaban al final cediendo el imperio del cerebro a las llamadas del hambre o hundiéndose en un sueño profundo con el cuerpo exhausto.

Parece como si se pudiera afirmar que si se encontrara un medicamento capaz de lograr la inmortalidad del cuerpo no habría motivo de temer que ésta no viniese acompañada por la inmortalidad del espíritu. Pero, en cambio, la inmortalidad del espíritu no implica, ni mucho menos, la inmortalidad del cuerpo. Al contrario, la mayor energía mental que puede concebirse agotaría y destruiría probablemente la fuerza del cuerpo. Un vigor mental moderado parece ser favorable a la salud, pero los esfuerzos intelectuales excesivos tienden más bien, como muchas veces se ha observado, a desgastar la envoltura. La mayoría de los ejemplos traídos a colación por el señor Godwin para demostrar el poder del espíritu sobre el cuerpo y la consiguiente probabilidad de la inmortalidad del hombre son de este último tipo, y en el caso de que estos estímulos pudiesen ser aplicados de forma continua, en vez de tender a

inmortalizarle, tenderían muy rápidamente a destruir el organismo humano.

El probable aumento del dominio del hombre sobre su armazón animal constituye la siguiente consideración del señor Godwin, que concluye afirmando haberse comprobado, a este respecto, la existencia en algunos hombres de un poder extraordinario, que se extiende a campos en los que otros hombres son impotentes. Pero esto es razonar en contra de una ley casi universal apoyándose en unas cuantas excepciones, que además más bien parecen artificios que verdaderos poderes que puedan ser ejercidos para buenos fines. Jamás he oído de un hombre que pueda regular su pulso durante un acceso de fiebre y dudo mucho de que ninguna de las personas aquí aludidas hayan hecho el menor progreso perceptible en la corrección regular de los trastornos de sus organismos y en la consiguiente prolongación de sus vidas.

Dice el señor Godwin: «Nada puede ser menos filosófico que concluir, que porque una cierta especie de poder está fuera de nuestro presente campo de observación, tiene que estar también fuera de los límites del entendimiento humano». Reconozco que mis ideas filosóficas son, a este respecto, muy diferentes de las del señor Godwin. La única distinción que veo entre una conjetura filosófica y las aserciones del profeta señor Brothers es que la primera está basada sobre indicaciones que emanan del curso de nuestras observaciones presentes y las segundas no tienen fundamento alguno. Pienso que grandes descubrimientos han de hacerse aún en todas las ramas de la ciencia humana, particularmente en física; pero en el momento en que abandonemos la experiencia pasada como base de nuestras conjeturas respecto del porvenir, y más aún si estas conjeturas contradicen absolutamente la experiencia pasada, nos veremos lanzados a un extenso campo de incertidumbre en el que cualquier suposición es tan aceptable como otra cualquiera. Si una persona me dijera que los hombres acabarán teniendo ojos y manos por detrás igual que por delante, admitiría la conveniencia de este aditamento, pero justificaría mi escepticismo con el hecho de no ver en el pasado ninguna indicación que apuntara la más mínima probabilidad de que se produjese este cambio. Si esta objeción no es considerada válida, todas las conjeturas son entonces iguales y todas tienen la misma validez filosófica. Debo decir que no me parece que del curso de nuestras observaciones presentes se desprendan más indicaciones genuinas de que el hombre vaya a ser inmortal, que de que vaya a tener cuatro manos y cuatro ojos o de que los árboles vayan a crecer horizontal en vez de verticalmente.

Se dirá, tal vez, que se han hecho en el mundo muchos descubrimientos que no habían sido previstos y no se esperaban. Reconozco que esto es cierto; pero si una persona hubiese vaticinado estos descubrimientos sin que le guiase ninguna analogía o indicación de la experiencia pasada, merecería el nombre de vidente o profeta, no el de

filósofo. La admiración que algunos de nuestros descubrimientos modernos hubiera despertado entre los salvajes habitantes de Europa en los tiempos de Teseo y de Aquiles no demuestra gran cosa. No puede suponerse que personas que desconocían casi totalmente el poder de una máquina fueran a adivinar sus efectos. Estoy muy lejos de decir que conozcamos hoy a fondo los poderes del espíritu humano; pero, sin duda, se conoce mejor este instrumento hoy que hace cuatro mil años; y, por consiguiente, aunque no seamos aún jueces competentes, sí estamos mucho más capacitados que los salvajes para opinar sobre lo que está o no a su alcance. Un reloj le causará al salvaje la misma extrañeza que un movimiento continuo, y, sin embargo, el primero es para nosotros un mecanismo perfectamente conocido y el segundo, en cambio, viene eludiendo de manera constante los esfuerzos de las más agudas inteligencias. En muchos casos podemos ahora percibir las causas que impiden el ilimitado perfeccionamiento de esos inventos que al principio tanto prometían. Quienes idearon las primeras mejoras del telescopio pensaban seguramente que mientras se pudiese aumentar el tamaño de las lentes y la longitud de los tubos se podría incrementar la potencia y las ventajas del instrumento; pero desde entonces la experiencia nos ha demostrado que la pequeñez del campo, la deficiencia de la luz y el hecho de que la atmósfera resulta también aumentada, nos impiden alcanzar los beneficiosos resultados que se esperaban de los telescopios de extraordinario tamaño y potencia.

En muchos campos del conocimiento, los progresos del hombre han sido casi ininterrumpidos. En otros, en cambio, sus esfuerzos se han visto invariablemente frustrados. El salvaje sería probablemente incapaz de adivinar las causas de esta enorme diferencia. Nuestra mayor experiencia nos permite percibir, en cierta medida, la naturaleza interior de estas causas y juzgar con mejor criterio, si no acerca de lo que podemos esperar del futuro, por lo menos sobre lo que no debemos esperar, lo cual, aunque negativa, constituye una información de gran utilidad.

Como la necesidad del sueño parece depender más bien del cuerpo que del espíritu, no se ve cómo el mejoramiento del espíritu puede contribuir mucho a suprimir esta «destacada dolencia». El hombre que manteniendo su mente altamente excitada consigue pasar dos o tres noches sin dormir, agota proporcionalmente el vigor de su cuerpo, y esta pérdida de salud y de fuerza no tardará en perturbar las operaciones de su entendimiento, de suerte que, a pesar de sus grandes esfuerzos, no habrá realizado el menor progreso real en la supresión de la necesidad de esta clase de descanso.

Existe, ciertamente, una diferencia lo bastante marcada en las personas que conocemos, respecto a las energías de su mente, a sus esfuerzos generosos, etc., para que podamos juzgar si las operaciones del intelecto tienen o no un efecto decisivo sobre la prolongación de la vida humana. Lo cier-

to es que ningún efecto decisivo de este tipo ha sido observado hasta ahora. Aunque ningún cuidado de ninguna clase haya jamás ejercido un efecto que pueda interpretarse como el más mínimo síntoma de acercamiento a la inmortalidad, sin embargo, los cuidados que se prestan al cuerpo parecen tener más efecto a este respecto que los que se prestan al espíritu. El hombre que come a sus horas y con moderación y hace sus ejercicios físicos con escrupulosa regularidad, gozará, generalmente, de mejor salud que el que profundamente absorbido por sus trabajos intelectuales se olvida con frecuencia de estas necesidades de su cuerpo. El jubilado de vida ordenada, cuyas ideas pocas veces se elevan por encima o más allá de su jardincito, que pasa las mañanas trajinando con los pies en el barro, entre sus arbustos de boj, vivirá seguramente hasta una edad tan avanzada como el filósofo de más altura intelectual y mayor clarividencia de la época. Quienes han estudiado los registros de mortalidad han observado positivamente que las mujeres viven, por lo general, más años que los hombres, y aunque no quiero decir, ni mucho menos, que sus facultades intelectuales sean inferiores, pienso, sin embargo, que hay que reconocer que, debido a su distinta educación, el número de mujeres sometidas a vigorosos esfuerzos mentales es inferior al de hombres.

Como en estos y otros ejemplos similares, o extendiendo aún más el campo, como en la gran diversidad de caracteres que han existido durante varios miles de años, no se ha podido observar ninguna diferencia decisiva en la duración de la vida humana como consecuencia de una acción del intelecto, la mortalidad del hombre sobre la tierra parece quedar plenamente establecida y con no menos fundamento que cualquiera de las más constantes leyes de la naturaleza. Un inmediato acto de poder por parte del Creador del Universo puede, naturalmente, modificar una o todas estas leyes, bien sea repentinamente o de forma gradual, pero de no haber indicación alguna que haga prever semejante cambio, y, por supuesto, no la hay, tan poco filosófico sería suponer que la vida del hombre pudiese prolongarse más allá de todo límite asignable, como que la atracción de la tierra fuera a cambiarse gradualmente en repulsión, con lo cual las piedras subirían en vez de caer, o que la tierra volara un buen día hacia otro sol más cálido y acogedor.

La conclusión de este capítulo nos ofrece, indudablemente, un cuadro sumamente hermoso y apetecible, pero fantástico y no imaginado con sentido de la realidad, por lo que carece de ese interés apasionante que sólo pueden dar la naturaleza y la probabilidad.

No puedo abandonar el tema sin hacer notar que esas conjeturas de los señores Godwin y Condorcet, respecto a la prolongación indefinida de la vida humana, son, en realidad, un curioso ejemplo del vehemente deseo de inmortalidad que siente el alma. Ambos señores han rechazado la luz de la revelación, que promete, de manera ab-

soluta, la vida eterna en otro estado. Han rechazado también la luz de la religión natural, que ha descubierto la futura existencia del alma a las inteligencias más preclaras de todos los tiempos. Sin embargo, la idea de la inmortalidad es tan atractiva para la mente humana que no pueden avenirse a arrojarla de sus sistemas. Después de su desdeñoso escepticismo hacia la única forma probable de inmortalidad, introducen una especie de inmortalidad inventada por ellos, que no solamente contradice totalmente todas las leyes de probabilidad filosófica, sino que en sí es, además, estrecha, parcial e incorrecta en el más alto grado. Suponen que todos los espíritus elevados, virtuosos y gloriosos que ya han existido o que vayan a existir en el curso de miles y quizá millones de años, quedarán aniquilados, en tanto que un número reducido de personas, lo bastante reducido para poder vivir simultáneamente sobre la tierra, recibirán finalmente la corona de la inmortalidad.

Si semejante credo hubiese sido incluido en la doctrina de la revelación, estoy convencido de que todos los enemigos de la religión, y probablemente los señores Godwin y Condorcet, entre ellos, hubieran agotado todos sus recursos para ridiculizarlo, presentándolo como la cumbre de la puerilidad y del absurdo, como el argumento más pobre, lamentable e inicuamente injusto, y, por consiguiente, menos merecedor de esa Divinidad, que la supersticiosa demencia del hombre pudiera inventar.

¡Qué extraña y curiosa prueba de la inconsistencia del escepticismo! Pues debe observarse que hay una muy notable y esencial diferencia entre aceptar una aserción que está en absoluta contradicción con la experiencia más constante, y creer en algo que no contradice a nada, pero que está fuera de los límites que nuestros actuales medios de observación y de conocimiento nos permiten alcanzar (11). Son de tal diversidad los objetos naturales que nos rodean, son tantos los ejemplos de enorme potencia que diariamente se ofrecen a nuestra vista, que muy bien podemos suponer la existencia de muchas formas y manifestaciones de la naturaleza que aún no hemos observado o que tal vez no seamos capaces de observar con nuestros actuales medios de captación. La resurrección de un cuerpo espiritual a partir de un cuerpo natural no parece ser en sí un ejemplo de poder más maravilloso que la germinación de una hoja de trigo a partir del grano o de un roble a partir de la bellota. Imaginémosnos un ser inteligente que por su situación hubiese tan sólo tenido contacto con objetos inanimados o plenamente desarrollados y que, por consiguiente, no hubiese presenciado jamás un proceso vegetativo o de crecimiento; supongamos ahora que otro ser le muestre dos trocitos de materia: un grano de trigo y una bellota, invitándole a observarlos, analizarlos a su gusto e intentar descubrir sus propiedades y esencias; y que luego le diga que por muy insignificantes que le parezcan estos trocitos de materia, poseen tan sorprendentes poderes de se-

lección, de combinación, de orden y casi de creación que, colocados en la tierra, escogerán entre el barro y la humedad que los rodean aquellos elementos que mejor pueden servir a sus propósitos, los recogerán y ordenarán con un gusto, un criterio y una habilidad maravillosos, creciendo luego y adoptando hermosas formas, que apenas pueden recordar a aquellos trozos de materia que fueron depositados en la tierra. Estoy casi seguro de que aquel ser imaginario que he supuesto tendría más vacilaciones, pediría argumentos de más autoridad y pruebas de más peso antes de creer estas extrañas afirmaciones que si se le dijera que un ser de enorme poder, que había sido la causa de todo lo que veía en su derredor, y de esa existencia de la que él mismo era consciente, había, mediante un gran acto de poder sobre la muerte y la corrupción de las criaturas humanas, elevado la esencia del pensamiento, concediéndole una forma incorporal o, por lo menos, invisible, para darle una vida más feliz en otro estado.

La única diferencia respecto a nuestra propia comprensión, que no favorece la aserción anterior, es que el primer milagro (12) lo vemos repetirse continuamente, y el otro milagro no lo hemos visto nunca. Reconozco el peso indudable de esta prodigiosa diferencia, pero, ciertamente, ningún hombre puede dudar un momento en afirmar que, dejando de lado la Revelación, la resurrección de un cuerpo espiritual a partir de un cuerpo natural, que muy bien puede ser uno de los muchos fenómenos naturales que no podemos ver, es

un acontecimiento infinitamente más probable que la inmortalidad del hombre sobre la tierra, que no sólo es un acontecimiento del cual no ha aparecido aún ningún síntoma ni indicación, sino que, además, está en evidente contradicción con una de las leyes más constantes de la naturaleza que jamás haya pasado bajo la observación del hombre.

Quizá debiera excusarme una vez más ante mis lectores por extenderme tanto sobre una conjetura que muchos, seguramente, consideran demasiado absurda e improbable para merecer la menor discusión. Pero si es tan improbable y contraria al genuino espíritu de la filosofía como yo pienso que lo es, ¿por qué no demostrarlo examinándola con sinceridad? Por muy improbable que a primera vista parezca una conjetura, si quienes la presentan son hombres capaces e ingeniosos, por lo menos merece ser estudiada con atención. Por mi parte, no tengo reparo alguno en conceder a la hipótesis de la probable inmortalidad del hombre sobre la tierra el grado de crédito que pueda merecerse por los hechos y argumentación presentados en su defensa. Antes de decidir sobre la extrema improbabilidad de tal acontecimiento creo que lo honesto es examinar estos hechos con imparcialidad; y de este examen pienso que podemos concluir que existen menos razones para suponer que la vida del hombre pueda ser prolongada indefinidamente que para aceptar que los árboles puedan crecer hasta alcanzar alturas infinitas o que las patatas puedan llegar a ser infinitamente grandes (13).

En el capítulo que acabo de examinar el señor Godwin pretende haber examinado el obstáculo que representa para su sistema de igualdad el principio de población. Pienso que ha quedado claro cuán errónea es su afirmación acerca de la distancia a que se encuentra este obstáculo y que en vez de miriadas de siglos no son ni siquiera treinta años, ni treinta días, los que nos separan de él. La suposición de un acercamiento del hombre a la inmortalidad sobre la tierra no contribuye a aplanar esta dificultad. Por consiguiente, el único argumento presentado en este capítulo, que pudiera, en cierta medida, tender a eliminar este obstáculo, es la conjetura respecto a la extinción de la pasión entre los sexos, pero como se trata de una mera conjetura, careciendo de la más mí-

nima sombra de prueba, la fuerza de la objeción puede honradamente considerarse intacta e indudablemente suficiente para por sí sola echar por tierra totalmente, y en su conjunto, el sistema de igualdad del señor Godwin. Quisiera, no obstante, hacer una o dos observaciones acerca de algunos de los puntos principales de la argumentación del señor Godwin, que contribuirán a proyectar una claridad aún mayor sobre las escasas esperanzas que razonablemente podemos mantener respecto a esas amplias mejoras en la naturaleza del hombre y de la sociedad, que en el cuadro de su justicia política ofrece a nuestra admirada contemplación.

El señor Godwin considera demasiado al hombre como un ser exclusivamente intelectual. Este error, por lo menos yo así lo concibo, penetra en todo su trabajo y se inmiscuye en todos sus razonamientos. Las acciones voluntarias de los hombres pueden tener su origen en sus opiniones, pero estas opiniones se verán modificadas de manera muy distinta en seres constituidos por una mezcla de facultades racionales y tendencias corporales y en seres exclusivamente intelectuales. El señor Godwin, al demostrar que el sólido raciocinio y la verdad son capaces de ser adecuadamente trasmitidos, examina la proposición, primero desde un punto de vista práctico y luego añade: «Tal es la apariencia que esta proposición da por sentada, cuando se examina desde un punto de vista práctico y flexible. Considerándola estrictamente

no admite discusión. El hombre es un ser racional, etc.» (14).

Lejos de ver en esto una consideración estricta del tema, confieso que más bien me parece ser una manera descuidada y falsa de considerarlo. Es como calcular la velocidad de caída de un cuerpo en el vacío y pretender que será la misma cualquiera que sea el medio resistente en el que caiga. Esta no era la forma en que Newton filosofaba. Muy pocas proposiciones de carácter general resultan correctas cuando se aplican a casos particulares. La luna no es mantenida en su órbita alrededor de la tierra, ni la tierra en su órbita alrededor del sol por fuerzas que varíen simplemente en razón inversa al cuadrado de las distancias. Para que la teoría general resulte correcta al aplicarla al cálculo de las revoluciones de estos cuerpos, fue necesario calcular con exactitud las fuerzas perturbadoras del sol sobre la luna y de la luna sobre la tierra; y en tanto estas fuerzas perturbadoras no fueron debidamente estimadas, las observaciones concretas sobre el movimiento de estos cuerpos hubieran demostrado que la teoría no era exactamente correcta.

Estoy dispuesto a admitir que todo acto voluntario está precedido de una decisión mental, pero pretender que las tendencias corporales del hombre no influyen considerablemente sobre estas decisiones, como fuerzas perturbadoras, está en singular oposición con la que yo considero ser la explicación correcta de este problema, y en evidente contradicción con todo lo que la experiencia nos enseña. La cuestión, por tanto, no depende solamente de que se pueda o no hacer comprender a un hombre una proposición distinta o convencerle con un argumento irrebatible. Un hombre puede, como ser racional, quedar convencido de una verdad, y, sin embargo, como ser complejo decidir actuar en sentido contrario a esta verdad. El ansia de comer, el amor a la bebida, el deseo de poseer una mujer hermosa, llevan a los hombres a cometer actos de cuyas fatales consecuencias para los intereses generales de la sociedad están plenamente convencidos, incluso en el momento mismo en que los cometen. Suprímanse esos deseos corporales y no vacilarán ni un solo instante en denunciar estos actos. Pídanles su opinión sobre este mismo comportamiento en otra persona y serán los primeros en reprobarlo. Pero en su propio caso, considerando todas las circunstancias de su situación y teniendo en cuenta sus deseos corporales, la decisión del ser complejo es distinta al convencimiento del ser racional.

Si ésta es la forma correcta de ver el problema, y tanto la teoría como la experiencia parecen demostrar que lo es, resulta que casi la totalidad de los razonamientos del señor Godwin sobre el tema de la coerción, contenidos en su capítulo séptimo, están basados sobre un error. Dedica cierto tiempo a poner en ridículo el intento de convencer a golpes a las personas, o de aclarar, mediante este procedimiento, las proposiciones que estuviesen dudosas en sus mentes. Indudablemente, esto es, a la vez, absurdo y bárbaro, como lo son

las peleas de gallos, pero con el verdadero propósito del castigo humano tanto tiene que ver una cosa como otra. Una forma frecuente de castigo, en verdad demasiado frecuente, es la muerte. El señor Godwin no verá en ella un intento de convencimiento, o, por lo menos, es difícil ver cómo el individuo o la sociedad podrían obtener grandres beneficios futuros de un convencimiento logrado de esta manera.

Los principales propósitos que persiguen los castigos humanos son, sin duda alguna, la coerción y el ejemplo; la coerción, o sea, la eliminación de un miembro individual cuyas viciosas costumbres pueden ser perjudiciales para la sociedad; y el ejemplo, que expresando el sentido de la comunidad respecto a un determinado delito, y asociando de manera más visible y próxima el delito y el castigo, presenta un argumento moral capaz de disuadir a otros posibles delincuentes.

El señor Godwin piensa que la coerción puede permitirse como expediente temporal, aunque desaprueba el encarcelamiento incomunicado, que, sin duda, ha sido el ensayo más eficaz, en verdad, prácticamente, el único, para conseguir la elevación moral de los delincuentes. Habla de las pasiones egoístas fomentadas por la soledad y de las virtudes que engendra la vida en sociedad. Pero ciertamente, estas virtudes no las engendra la sociedad de una prisión. Si se pudiese confinar al delincuente en un ambiente de personas competentes y virtuosas es probable que se mejoraría más que permaneciendo en soledad. Pero ¿es esto practicable? Vemos el ingenio del señor Godwin con más frecuencia aplicado a descubrir males que a sugerir remedios prácticos.

El castigo, por ejemplo, es desaprobado en su totalidad. Las naciones han llegado, en su afán de ofrecer ejemplos realmente impresionantes y terribles, a cometer las más bárbaras crueldades, pero el abuso de una práctica no es un buen argumento contra su uso. Los inagotables esfuerzos dedicados en nuestro país para descubrir los crímenes y asegurar su castigo han contribuido poderosamente a crear ese sentimiento tan frecuente entre la gente sencilla de que, tarde o temprano, todo crimen es descubierto; y el habitual horror que produce, por consiguiente, el crimen, le hará a un hombre, en la agonía de su pasión, arrojar su navaja por temor a verse tentado a emplearla para satisfacer su venganza. En Italia, donde los asesinos consiguen escapar con más frecuencia, acogiéndose al santuario, el crimen no está rodeado de la misma execración, y, por consiguiente, es más frecuente. Ningún hombre que tenga el mínimo conocimiento de la influencia de los motivos morales puede dudar por un momento que si todos los crímenes en Italia hubiesen sido invariablemente castigados, el empleo del *stilleto* en los paroxismos de la pasión hubiera quedado relativamente ignorado.

Nadie tendrá la insensatez de proclamar que las leyes humanas proporcionan, o pueden proporcionar, el castigo que corresponde con exactitud al delito cometido. La inescrutabilidad de los mo-

tivos lo hace absolutamente imposible, pero esta imperfección, aunque puede considerarse como una especie de injusticia, no es un argumento válido contra las leyes humanas. Es el sino del hombre tener que escoger con frecuencia entre dos males; y ser la mejor forma de prevenir males mayores es suficiente motivo para la adopción de cualquier institución. Claro que un esfuerzo continuo deberá luego ejercerse para conseguir que estas instituciones sean lo más perfectas que su naturaleza permita. Pero no hay nada que sea tan fácil como encontrar fallos en las instituciones humanas; ni nada tan difícil como sugerir medidas prácticas adecuadas para mejorarlas. Es lamentable que la mayoría de los hombres de talento empleen su tiempo en la primera ocupación y no en la segunda.

La frecuencia delictiva entre los hombres que, según el dicho popular, deben estar enterados, demuestra ampliamente que algunas verdades pueden llevarse al convencimiento del espíritu, sin que ello produzca siempre el debido efecto sobre la conducta. Existen otras verdades que por su naturaleza quizá no puedan ser jamás transmitidas adecuadamente de un hombre a otro. La superioridad de los goces del intelecto sobre los placeres de los sentidos es considerada por Mr. Godwin como una verdad fundamental. Tomando en consideración todas las circunstancias, estaría dispuesto a mostrarme conforme; pero ¿cómo he de comunicar esta verdad a una persona que apenas haya sentido un placer intelectual? Es como intentar describir la naturaleza y la hermosura de los colores a un ciego. Por muy diligente paciente y lúcido que yo sea, y por muchas y repetidas oportunidades de debate que tenga, me seguirá pareciendo absolutamente imposible progresar hacia la realización de mi propósito. No existe medida común entre nosotros. No puedo proceder paso a paso: es una verdad de una naturaleza absolutamente imposible de demostrar. Lo único que puedo decir es que los hombres más ilustrados y mejores de todos los tiempos han estado siempre de acuerdo en dar preferencia muy grande a los placeres del intelecto; y que mi propia experiencia confirma plenamente la verdad de su criterio; que los placeres sensuales me han parecido siempre vanos, pasajeros y continuamente acompañados por el tedio y el hastío; pero que, en cambio, los goces intelectuales se me han mostrado siempre fragantes y jóvenes, colmando mis horas de bienestar, dando un nuevo y deleitoso sabor a la vida y difundiendo una duradera serenidad en mi espíritu. Si me creyese, únicamente podría hacerlo en virtud del respeto y la veneración que sienta por mi autoridad; es credulidad, pero no convicción. No he dicho nada, ni nada puede decirse, que sea susceptible de producir un verdadero convencimiento. No es una cuestión de raciocinio, sino de experiencia. En su contestación podría decirme: «lo que usted dice será, sin duda, cierto para usted y para otros hombres buenos, pero, por mi parte, siento el problema de manera muy distinta; muchas veces he cogido un libro

y casi siempre me he quedado dormido sobre él, pero cuando paso una velada en alegre compañía o con una mujer bonita, me siento animado, de buen humor y disfruto realmente de la existencia».

En estas circunstancias, los razonamientos y los argumentos no son armas que puedan conducirnos al éxito. Tal vez, en una época futura, la saciedad de los placeres sensuales o alguna impresión accidental que despierte las energías de su espíritu pueda conseguir en un mes lo que las más pacientes y hábiles reconvenciones no podrían lograr en cuarenta años.

Capítulo 14

Si son justos los razonamientos del capítulo anterior, los corolarios acerca de la verdad política que el señor Godwin deduce de la proposición según la cual el origen de las acciones voluntarias de los hombres está en sus opiniones, no quedan claramente establecidos. Estos corolarios son: «el sólido raciocinio y la verdad, adecuadamente transmitidos, triunfan siempre del error; el sólido raciocinio y la verdad pueden ser adecuadamente transmitidos; la verdad es omnipotente; los vicios y la debilidad moral del hombre no son invencibles; el hombre es perfectible, o, en otras palabras, susceptible de perpetuo mejoramiento».

Las primeras tres proposiciones pueden considerarse como un completo silogismo. Si por la expresión «adecuadamente transmitidos» entende-

mos que el convencimiento logrado es capaz de producir el efecto adecuado sobre la conducta, podemos aceptar la proposición mayor, pero debemos rechazar la menor, con lo cual la consecuencia, es decir, la omnipotencia de la verdad, se viene, naturalmente, abajo. Si por «adecuadamente transmitidos» se entiende simplemente el convencimiento de la facultad racional, tendremos que rechazar la proposición mayor y aceptar la menor únicamente en los casos susceptibles de ser demostrados; la consecuencia también se derrumba. En la cuarta proposición el señor Godwin repite la anterior con una ligera modificación de forma. Siendo así, tendrá que acompañar a la tercera en su caída. Pero quizá valga la pena examinar, refiriéndonos al principal argumento de este ensayo, las razones particulares que tenemos para suponer que los vicios y la debilidad moral del hombre jamás podrán ser totalmente dominados en este mundo.

El hombre, según el señor Godwin, es una criatura formada por las sucesivas impresiones que ha estado recibiendo desde el primer instante en que el germen de donde procede recibió el don de la vida. Si pudiese ser situado en un lugar donde no fuese sometido a ninguna impresión maligna, aunque puede uno dudar de que la virtud pueda existir en semejantes condiciones, el vicio sería indudablemente expulsado. La piedra angular de toda la teoría del señor Godwin sobre la justicia política es, si no me equivoco, la idea de que la mayoría de los vicios y de las debilidades del

hombre proceden de la injusticia de sus instituciones políticas y sociales, y que si éstas fuesen suprimidas y se consiguiese elevar el nivel intelectual de los hombres, las malas tentaciones desaparecerían del mundo o quedarían reducidas al mínimo. Como ha quedado demostrado, sin embargo —por lo menos así lo creo—, que este concepto es totalmente falso y que, independientemente de toda institución política o social, la mayor parte de la humanidad, en virtud de las inalterables y fijas leyes de la naturaleza, está condenada a sufrir las malas tentaciones suscitadas por las privaciones, amén de otras pasiones, se desprende de la definición del hombre que nos da el señor Godwin, que tales impresiones y combinaciones de impresiones, no pueden flotar por el mundo sin engendrar toda una variedad de hombres malos. De acuerdo con el propio concepto que tiene el señor Godwin de la formación del carácter, es tan improbable que en tales circunstancias todos los hombres salgan buenos como que echando los dados cien veces seguidas cada vez salga el seis. La gran variedad de combinaciones que nos dan los dados en una repetida sucesión de jugadas puede darnos una idea bastante próxima a la realidad, creo yo, de la gran diversidad de caracteres que necesariamente debe haber en el mundo, suponiendo que cada individuo es lo que es en función de la combinación de impresiones que ha recibido a lo largo de su existencia. Esta comparación pone de manifiesto, en cierta medida, lo absurdo que es suponer que las ex-

cepciones puedan jamás convertirse en regla: que las combinaciones extraordinarias e insólitas puedan producirse con frecuencia, o que los ejemplos individuales de gran virtud, que se han dado en todas las épocas de la historia del mundo, vayan a poder jamás prevalecer universalmente.

Ya sé que el señor Godwin podría contestar diciendo que la comparación es inexacta en un aspecto, ya que en el caso de los dados las causas previas, o, mejor dicho, las probabilidades de estas causas previas, eran siempre iguales y que, por consiguiente, no había razón alguna para suponer que saldrían más seises en las cien jugadas siguientes que los que hubieran salido en las cien anteriores. El hombre, en cambio, tiene una cierta capacidad de influir sobre las causas que forman el carácter, y, por tanto, todo hombre bueno y virtuoso engendrado aumenta más bien, por la influencia que necesariamente ejerce, la probabilidad de que se engendre otro carácter virtuoso como el suyo, mientras que la salida de un seis en los dados una vez no aumenta ciertamente la probabilidad de que vuelva a salir. Acepto esta objeción en lo que afecta a la exactitud de la comparación, pero su validez es solamente parcial. La experiencia nos muestra, una y otra vez, que la influencia del carácter más virtuoso prevalece pocas veces sobre las fortísimas tentaciones del mal. Indudablemente, podrá afectar a unos pocos, pero fracasará en la mayoría de los casos. Yo renunciaría a esta comparación si el señor Godwin lograse su propósito de demostrar que estas tentaciones

del mal podrían ser dominadas por el esfuerzo del hombre; o, por lo menos, admitiría que un hombre pueda alcanzar un tal grado de pericia en la manera de echar los dados, que sea capaz de sacar seises en cada una de sus jugadas. Pero en tanto un gran número de las impresiones que forman el carácter, lo mismo que el sutil movimiento del brazo al echar los dados, permanezcan absolutamente independientes de la voluntad del hombre, y aunque sería el colmo del desatino y de la presunción querer calcular la proporción relativa de virtud y de vicio en los períodos futuros del mundo, puede afirmarse con seguridad que los vicios y la debilidad moral de la humanidad, considerados en conjunto, son invencibles.

La quinta proposición es la deducción general de las cuatro anteriores, y, por consiguiente, se hundirá necesariamente al ceder los pilares que le sirven de apoyo. Si aceptamos el sentido que el señor Godwin da al término perfectible, la perfectibilidad del hombre no puede ser afirmada sin dejar previamente establecidas con claridad las proposiciones anteriores. Sin embargo, el término tiene una acepción para la cual la proposición puede, tal vez, ser correcta. Puede decirse con razón que el hombre es siempre susceptible de mejora, y que jamás ha habido ni habrá un período de su historia del que se pueda decir que en él alcanzó el pináculo de su perfección. Sin embargo, esto no significa, ni con mucho, que nuestros esfuerzos para mejorar al hombre serán siempre victoriosos y que éste vaya a lograr, en el transcurso

de las épocas, extraordinarios avances en pos de la perfección. Lo único que puede inferirse es la imposibilidad de conocer el límite preciso de este progreso. Y no puedo menos de recordar de nuevo al lector una distinción a la que, me parece, se debería prestar particular atención en este caso: me refiero a la diferencia esencial que hay entre un mejoramiento ilimitado y uno cuyo límite no puede ser determinado con certeza. El primero no puede ser aplicado al hombre sometido a las presentes leyes de su naturaleza. El segundo le es, indudablemente, aplicable.

La verdadera perfectibilidad del hombre puede ser ilustrada, como ya lo he mencionado, por la perfectibilidad de una planta. El objetivo de un buen floricultor, tal como yo lo concibo, será armonizar las proporciones de la flor, su simetría y la belleza de su color. Sería, ciertamente, presuntuoso en el floricultor más destacado afirmar que poseía un clavel que reúne estas calidades en su más elevado estado de perfección. Por muy hermoso que fuese su clavel, otros cuidados, otra tierra y otros soles podrían, sin duda, producir un aún más hermoso. Sin embargo, aunque consciente de lo absurdo que sería suponer que ha alcanzado la perfección, y sabiendo por qué método ha conseguido una flor de tan extraordinaria belleza, de lo que, sin embargo, no puede estar seguro es de que continuando con este método, e incluso aplicándolo con más intensidad, vaya a conseguir una flor más hermosa. En su empeño por mejorar una de sus cualidades puede estar

perjudicando a otra. Para aumentar el tamaño de la flor utilizará un mantillo particularmente rico, que probablemente provocará el reventón del cáliz y destruirá su simetría. Asimismo, el mantillo forzado que utilizó para provocar la Revolución francesa y dar más libertad y energía al espíritu humano ha hecho reventar el cáliz de humanidad, ha roto el lazo moderador de toda sociedad; y por mucho que hayan crecido los pétalos separados, por fuertes y bellos que sean algunos de éstos, el conjunto será una masa desligada, deforme, dislocada, sin unidad, sin simetría ni armonía de color.

Si fuese importante mejorar los claveles, aunque no podríamos abrigar la esperanza de que llegaran a tener el tamaño de las coles, sí estaría, indudablemente, en nuestras manos conseguir, mediante sucesivos esfuerzos, ejemplares mucho más hermosos que los que actualmente poseemos. Nadie puede negar la importancia que tiene aumentar la felicidad de la especie humana. El más mínimo avance en este terreno es de enorme valor. Pero un experimento con la raza humana no es un experimento con objetos inanimados. El reventón del cáliz de una flor puede ser un incidente insignificante. No tardará en formarse otra flor. Pero la ruptura de los lazos de la sociedad representa una tal disgregación de todos los elementos que la constituyen, que necesariamente tiene que entrañar un sufrimiento intenso para miles de personas; y trascurrirá mucho tiem-

po y habrá que soportar mucha miseria antes de que la herida se cicatrice.

Como las cinco proposiciones que acabo de examinar pueden considerarse como la piedra angular de la fantástica edificación del señor Godwin, y la mejor expresión de la finalidad de todo su trabajo, por muy excelentes que sean en sí muchos de sus razonamientos aislados, puede afirmarse que ha fracasado en el objeto principal de su empeño. Además de las dificultades que origina la compleja naturaleza del hombre, que en modo alguno ha conseguido suavizar, el principal argumento contra la perfectibilidad del hombre y de la sociedad se mantiene incólume, sin que ninguno de los argumentos lanzados contra él haya hecho el menor impacto. Y en la medida en que puedo confiar en mi propio juicio, este argumento me parece concluyente, no sólo contra la perfectibilidad del hombre, en el amplio sentido en que la entiende el señor Godwin, sino contra todo marcado y notable cambio favorable en la forma y estructura de la sociedad en general, significando por esto toda grande y decisiva mejora en la condición de las clases inferiores de la humanidad, que constituyen la parte más numerosa y, por consiguiente, desde un punto de vista general del problema, la más importante de la raza humana. Si fuera a vivir mil años sin que cambiaran las leyes de la naturaleza, podría asegurar con muy poco temor, o mejor dicho, con muy poca esperanza de que la experiencia me contradijera, que ningún posible sacrificio o esfuerzo, por parte de los ricos, en un país habitado desde hace muchos años, podría colocar durante un tiempo a las clases inferiores de la comunidad en una situación análoga, teniendo en cuenta las circunstancias, a la de la gente corriente de hace treinta años en los Estados americanos del norte.

Las clases inferiores de los pueblos europeos podrán, quizá, en un período futuro, alcanzar un nivel de instrucción muy superior al de ahora, podrán aprender a emplear el poco tiempo libre que les quede de muchas maneras mejores que yendo a la taberna, podrán tener mejores y más justas leyes que las que hasta la fecha han regido en este u otro país, e incluso considero posible, aunque no probable, que puedan tener más ocio; pero no está en la naturaleza de las cosas que puedan percibir una cantidad de dinero o de subsistencias suficientes para permitirles casarse pronto con la plena confianza de que podrán mantener con facilidad una prole numerosa.

En el prefacio de su *Enquirer,* el señor Godwin deja caer unas cuantas expresiones que parecen indicar un cierto cambio en sus opiniones después de haber escrito su *Justicia Política;* como esta obra es de hace ya algunos años, si no fuese porque en algunos de los ensayos recientes del *Enquirer* vuelve a aparecer, y con la misma brillantez de siempre, el extraño modo de razonar del señor Godwin, me hubiera inclinado a pensar que había estado argumentando contra opiniones que habían sido modificadas por su propio mantenedor.

Se ha observado con frecuencia que, aunque en nada se puede abrigar la esperanza de alcanzar la perfección, sin embargo, siempre es ventajoso tener a la vista los modelos más perfectos. Esta ob-

servación tiene una apariencia plausible, y, sin embargo, está lejos de ser generalmente cierta. Dudo incluso de que lo sea en uno de los casos aparentemente más propios a servir de ejemplo. Dudo de que un joven pintor saque el mismo provecho copiando un cuadro totalmente terminado y perfecto que uno en el que los contornos apareciesen con más fuerza y fuese más fácil descubrir la manera de plasmar los colores. Mas si la perfección del modelo es de naturaleza diferente y superior a aquella hacia la cual avanzamos naturalmente, no es que no hagamos ciertos progresos hacia ella, pero con toda probabilidad el progreso logrado será muy inferior al que hubiéramos podido hacer de no haber tenido la mirada fijada en un modelo tan perfecto. Un ser sumamente intelectualizado, libre de las dolorosas llamadas del hambre y del sueño, representa, sin duda alguna, una existencia mucho más perfecta que el hombre; pero si el hombre intenta copiar este modelo no sólo fracasará en sus intentos por acercarse a él, sino que sus imprudentes esfuerzos por imitar lo inimitable le llevarán a destruir el limitado intelecto que se esforzaba por mejorar.

La forma y estructura social que el señor Godwin describe es tan esencialmente distinta de las que hasta la fecha han prevalecido en el mundo, como lo sería el hombre respecto a un ser capaz de vivir sin alimento ni sueño. Mejorando la sociedad en su forma presente, no nos acercamos más a la sociedad que él describe que lo haríamos a una línea siguiendo otra que le fuese paralela.

La cuestión es, por consiguiente, saber si fijando nuestra mirada en esta forma de sociedad como si fuese la estrella polar adelantaremos o retrasaremos el mejoramiento de la especie humana. El señor Godwin, en su ensayo sobre la avaricia y la prodigalidad, publicado en el *Enquirer,* parece haber decidido esta cuestión en contra de su propia teoría.

El doctor Adam Smith ha observado con toda razón que las naciones, lo mismo que los individuos, se enriquecen por la parquedad y se empobrecen por la profusión, y que, por tanto, el hombre parco es un amigo y el derrochador un enemigo de su patria. La razón que da es que lo que se ahorra de la renta se añade siempre al fondo de capital, y, por consiguiente, se quita del mantenimiento de un trabajo generalmente improductivo para ser aplicado al mantenimiento de un trabajo susceptible de materializarse en valiosas mercancías. Ninguna observación puede ser más obviamente correcta. El tema del ensayo del señor Godwin tiene cierta similitud aparente, pero en su esencia es totalmente distinto. Considera el perjuicio que ocasiona el despilfarro como una verdad establecida y se limita a hacer la comparación entre el hombre avaricioso y el hombre que gasta toda su renta. Pero el tipo de avaro del señor Godwin es un carácter totalmente distinto, por lo menos en cuanto a sus efectos sobre la prosperidad del Estado, del hombre frugal del doctor Adam Smith. Este último, para ganar más dinero, ahorra una parte de su renta y la añade

a su capital, y este capital lo utiliza él mismo en el mantenimiento de trabajo productivo o lo presta a otra persona, que lo utilizará probablemente de la misma manera. Beneficia al país porque aumenta su capital general y porque la riqueza utilizada como capital no sólo moviliza más trabajo que si se gasta como renta, sino que, además, se trata de un tipo de trabajo de clase más valiosa. En cambio, el avaro del señor Godwin encierra sus riquezas en un arca, bajo llave, y no moviliza trabajo alguno, ni productivo ni improductivo. Esta diferencia es tan esencial que la posición del señor Godwin en su ensayo parece tan evidentemente falsa como justa la posición del doctor Adam Smith. No se le podía, ciertamente, pasar inadvertido al señor Godwin que el encerrar bajo llave fondos destinados al mantenimiento del trabajo podía perjudicar a los pobres. La única forma que le quedaba, por consiguiente, para debilitar esta objeción, era comparar los dos personajes, principalmente desde el punto de vista de su tendencia a acelerar la llegada de ese estado dichoso de cultivada igualdad, sobre el cual deberíamos tener siempre fija la mirada, dice, como si fuese nuestra estrella polar.

Creo que ha quedado demostrado en los primeros capítulos de este ensayo que este estado de la sociedad es totalmente impracticable. ¿Qué consecuencias puede tener, entonces, para nosotros el fijar nuestra mirada sobre este punto, como si fuese nuestro guía, nuestra estrella polar, en el océano inmenso de los descubrimientos po-

líticos? La razón nos advierte que lo único que hallaremos serán vientos constantemente adversos, fatigas continuas y estériles, frecuentes naufragios e inevitable miseria. No sólo no conseguiremos dar el más mínimo paso hacia esta forma tan perfecta de sociedad, sino que malgastando la fuerza de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo esforzándonos en marchar por un camino intransitable y con las frecuentes zozobras, que no podrán por menos de ocasionarnos nuestros repetidos fracasos, cerraremos evidentemente el paso hacia el grado de mejora social que podemos realmente alcanzar.

Hemos visto que una sociedad constituida según el sistema del señor Godwin debe necesariamente degenerar, en virtud de las inevitables leyes de la naturaleza, dando paso a una clase de propietarios y a otra de trabajadores, y que la sustitución del egoísmo por la generosidad como principio motor de la sociedad, en vez de producir los felices efectos que uno podría esperar de fórmula tan bellamente expresada, haría que el peso de la miseria, que ahora gravita sobre una parte solamente, se extendiese sobre la totalidad de la sociedad. Todas las más elevadas realizaciones del género humano, las más bellas y delicadas emociones del alma, todo lo que distingue el estado civilizado del estado salvaje, se lo debemos al sistema establecido de organización de la propiedad y al principio aparentemente estrecho del amor propio; y no se han producido cambios suficientes en la naturaleza del hombre civilizado

que nos permitan afirmar que está o estará jamás en condiciones de poder rechazar la escalera que le ha permitido ascender a esta cima.

Si en toda sociedad que haya salido del estado salvaje debe existir necesariamente una clase de propietarios y otra de trabajadores (15), es evidente que, siendo el trabajo la única propiedad de la clase trabajadora, todo lo que tienda a disminuir el valor de esta propiedad tenderá a disminuir los haberes de esta parte de la sociedad. La única forma en que un pobre puede mantenerse y conservar su independencia es utilizando su fuerza física. Esta es la única mercancía que puede ofrecer a cambio de las subsistencias que necesita para vivir. Es difícil creer que pueda uno beneficiarle estrechando el mercado de esta mercancía, reduciendo la demanda de trabajo y aminorando el valor de la única propiedad que posee.

El señor Godwin pretenderá quizá que todo el sistema de trueque y de intercambio es un comercio vil e injusto. Si lo que se quiere esencialmente es socorrer al pobre, deberemos tomar a cargo nuestro una parte de su faena o darle dinero sin exigir de él una contrapartida estricta. En cuanto al primer método propuesto se puede observar que incluso suponiendo que se pudiese persuadir a los ricos para socorrer a los pobres en esta forma, el valor de su ayuda resultaría comparativamente insignificante. Los ricos, aunque se consideren muy importantes, son muy pocos en proporción al número de pobres, y por consiguiente, la parte de tarea de la que iban a poder liberar

a los pobres sería realmente escasa. Sumemos los trabajadores empleados en ocupaciones de lujo a todos aquellos dedicados a producir bienes necesarios; si todas las operaciones necesarias fuesen repartidas amigablemente entre todos ellos, la parte correspondiente a cada hombre sería comparativamente leve; pero por muy deseable que fuese esta amistosa división del trabajo, no puedo imaginar ningún principio práctico (16) que pudiese servirla de base. Hemos visto que el espíritu de caridad, guiado por la más estricta e imparcial justicia que nos describe el señor Godwin, si se aplicara con rigor, hundiría a la totalidad de la raza humana en la escasez y la miseria. Examinemos cuáles serían las consecuencias si el propietario, reservándose una parte razonable para él, entregase el resto a los pobres, sin exigirles a cambio ninguna retribución en trabajo. Sin mencionar la holgazanería y el vicio que este proceder causaría en el caso de generalizarse en el presente estado de la sociedad, ni el riesgo considerable de que disminuyese la producción de la tierra, así como las actividades suntuarias, quedaría todavía otra objeción. Hemos visto que, en virtud del principio de población, siempre habrá más necesitados que los que pueden ser adecuadamente socorridos. El excedente del rico podrá ser suficiente para tres personas más, pero son cuatro las que esperan su parte. Al hacer la selección el rico hace un enorme favor a los tres afortunados; éstos estarán profundamente agradecidos y tendrán la sensación de depender de él para su sustento. El rico tomará conciencia de su poder y el pobre de su dependencia y los efectos nocivos de estas dos impresiones sobre el corazón humano son harto conocidos. Si bien comparto plenamente el parecer del señor Godwin sobre lo pernicioso que son los trabajos forzados, sin embargo pienso que son menos nocivos y menos susceptibles de envilecer el espíritu humano que la dependencia, y todas las historias del hombre que hemos leído hacen hincapié sobre el peligro que supone para el espíritu la sensación de poseer un poder constante.

En el actual estado de cosas, y particularmente habiendo demanda de trabajo, el hombre que efectúa una jornada de trabajo para mí no tiene por qué sentirse más obligado hacia mí que yo hacia él. Yo poseo lo que él necesita, él lo que yo necesito. Hacemos un intercambio amistoso. El pobre se mantiene erguido, consciente de su independencia; y el espíritu del patrono no se encuentra viciado por una sensación de poder.

Hace trescientos o cuatrocientos años había, sin duda, en Inglaterra, mucho menos trabajo que hoy, proporcionalmente a la población, pero había mucha más dependencia, y probablemente no disfrutaríamos hoy de nuestro actual grado de libertad civil si los pobres no hubiesen tenido, merced a la introducción de las manufacturas, la posibilidad de ofrecer algo a cambio de lo que recibían de los grandes señores en vez de tener que depender de su generosidad. Incluso los peores enemigos del comercio y de las manufacturas,

y yo mismo no creo ser un amigo muy decidido de estas instituciones, tienen que admitir que cuando fueron introducidas en Inglaterra, en su séquito vino la libertad.

Nada de lo que aquí se ha dicho tiende en absoluto a subvalorar el principio de la caridad. Es una de las más nobles y piadosas cualidades del corazón humano, engendrada quizá lenta y gradualmente a partir del amor propio y encaminada luego a actuar como una ley general cuyos bondadosos oficios deben consistir en ablandar las parciales deformidades, corregir las asperezas y suavizar los sufrimientos del prójimo; y esto parece ser lo que ocurre en la naturaleza. Quizá no haya una sola ley general de la naturaleza que no nos parezca, al menos a nosotros, como causa de un mal parcial; y con frecuencia observamos, al mismo tiempo, alguna disposición generosa que, actuando como otra ley general, corrige las desigualdades de la primera.

La misión propia de la caridad consiste en suavizar los males parciales causados por el amor propio, pero en ningún caso puede tomar su lugar. Si ningún hombre iniciase la menor acción sin estar totalmente convencido de que esta acción, más que ninguna otra, era susceptible de conducir al bien general, las inteligencias más claras vacilarían sumidas en la mayor perplejidad y asombro, en tanto que la gente inculta estaría continuamente cometiendo los errores más burdos.

Como el señor Godwin no ha formulado ningún principio práctico en virtud del cual las necesarias faenas agrícolas puedan ser amistosamente repartidas entre toda clase de trabajadores, con su censura general contra el empleo de los pobres parece perseguir un bien inasequible provocando grandes males presentes. Pues si todo hombre que da empleo a los pobres debe ser considerado por éstos como un enemigo que incrementa el peso de la opresión, y si por este motivo es preferible el avaro a la persona que gasta su renta, puede deducirse, entonces, que la conversión en avaros de cualquier número de personas que actualmente gastan sus rentas, sería beneficiosa para la sociedad. Supongamos ahora que cien mil personas, que actualmente emplean cada una diez hombres, decidiesen retirar sus riquezas del uso general y ponerlas bajo llave; un millón de trabajadores de diferentes tipos se verían arrojados a la calle, sin empleo. La extensa miseria que semejante acontecimiento produciría en el presente estado de la sociedad es algo que ni el propio señor Godwin se negaría a reconocer, y yo me pregunto si no le será, tal vez, difícil demostrar que semejante conducta tiende, más que la de quienes invierten sus rentas, a «asegurar a los seres humanos las condiciones de vida que deben serles aseguradas».

Pero el señor Godwin afirma que el avaro no pone, en realidad, nada bajo llave, que la cuestión no ha sido correctamente comprendida y que en la discusión no se ha utilizado el verdadero contenido ni la justa definición de la naturaleza de la riqueza. Después de definir muy correcta-

mente a la riqueza como las mercancías creadas y desarrolladas por el trabajo humano, observa que el avaro no encierra ni trigo, ni bueyes, ni ropa, ni casas. Evidentemente, no encierra realmente estas mercancías, pero lo que sí encierra es el poder de producirlas, lo cual es virtualmente lo mismo. Estos productos son ciertamente utilizados y consumidos por sus contemporáneos, tan ciertamente y en la misma cantidad que si el avaro fuese un mendigo; pero no en la misma cantidad que si hubiese utilizado su fortuna en labrar más tierra, criar más bueyes, emplear un número mayor de sastres y construir más casas. Pero incluso suponiendo, por un momento, que el comportamiento del avaro no tienda a disminuir la producción de ningún artículo realmente necesario, ¿cómo podrán todos aquellos que han quedado sin empleo obtener un título que les permita recibir la parte que les corresponda de los alimentos y de la vestimenta producidos por la sociedad? Esta es la insuperable dificultad.

Estoy plenamente dispuesto a concederle al señor Godwin que hay en el mundo mucho más trabajo que el realmente necesario y que si las clases inferiores de la sociedad se pusieran de acuerdo en no trabajar más de seis o siete horas diarias, las mercancías indispensables a la felicidad humana continuarían produciéndose con la misma abundancia que en el presente. Pero un tal acuerdo es casi inconcebible. En virtud del principio de población, unos tendrían más necesidades que otros. Quienes tengan familias numerosas querrán, naturalmente, cambiar dos horas más de su trabajo por una mayor cantidad de subsistencias. ¿Cómo impedírselo? Intentar interferir a través de instituciones coercitivas en el dominio del hombre sobre su propio trabajo sería violar la primera y más sagrada propiedad que el hombre posee. Mientras el señor Godwin no pueda, por tanto, indicar algún plan práctico que permita dividir equitativamente el trabajo necesario en una sociedad, sus invectivas contra el trabajo, de ser escuchadas, producirían, sin duda, muchos daños presentes, sin por ello acercarnos al estado de culta igualdad, esa estrella polar en la que tiene fijada la mirada y que, en su opinión, debería ser nuestro guía en la determinación de la naturaleza y tendencias de las acciones humanas. Un marino guiado por semejante estrella polar estaría en serio peligro de naufragar.

Quizá no haya forma en la que la riqueza pueda, en general, ser utilizada con mayor beneficio para un país y particularmente para las capas inferiores de su población, que en mejorar y hacer productivas las tierras cuyo cultivo no es rentable al agricultor. Si el señor Godwin hubiese aplicado su enérgica elocuencia en resaltar la superior valía y utilidad del hombre que emplea a los pobres para este fin sobre quien solamente los utiliza para pequeños trabajos superfluos, se hubiese granjeado los aplausos de todos los hombres ilustrados. El crecimiento de la demanda de trabajo agrícola tiende siempre a mejorar las condiciones de los pobres; y si el aumento de tra-

bajo es de esta clase, nada estaría tan lejos de la verdad como decir que al pobre se le obligaría a trabajar diez horas por el mismo dinero que cuando trabajaba ocho, pues, en realidad, lo contrario sería cierto: que el trabajador podría con seis horas de trabajo mantener a su mujer y a su familia en las mismas condiciones que antes trabajando ocho horas.

El trabajo originado por las actividades superfluas, si bien es útil en tanto permite el reparto de los productos del país, sin enviciar al propietario con la sensación de poder ni envilecer al trabajador por su condición de dependencia, no beneficia, sin embargo, a los pobres. Un gran incremento de trabajo en las manufacturas podrá elevar el precio del trabajo en una proporción aún mayor que si aumentara la demanda de trabajo agrícola; pero como en este caso la cantidad de alimentos producida puede no aumentar proporcionalmente, las ventajas obtenidas por los pobres serán temporales, ya que los precios de las provisiones tendrán necesariamente que aumentar en la misma proporción que el precio del trabajo. En relación con este tema me aventuraré a formular algunas observaciones sobre una parte de La riqueza de las naciones, del doctor Adam Smith; pero lo haré con esa timidez que no puedo menos de experimentar al disentir de una persona tan merecidamente aplaudida en el mundo de la política.

Capítulo 16

El declarado propósito de la investigación del doctor Adam Smith es determinar la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones. Pero hay otra investigación quizá aún más interesante y que ocasionalmente se entremezcla con la primera; me refiero a las causas que afectan a la felicidad de las naciones o a la felicidad y bienestar de las capas inferiores de la sociedad, que componen su parte más numerosa en todos los países. Me doy cuenta de la estrecha relación que existe entre estos dos temas y que las causas que tienden a incrementar las riquezas del Estado tienden también, en términos generales, a aumentar la felicidad de las clases inferiores de la población. Pero quizá el doctor Adam Smith haya considerado estos dos géneros de investigación como más

estrechamente ligados de lo que están en realidad; al menos no se ha parado a examinar aquellos casos en los que la riqueza de una sociedad pueda crecer (de acuerdo con su definición de la riqueza) sin que aparezca la menor tendencia a aumentar el bienestar de la clase laboriosa de la sociedad. No pretendo entrar en discusiones filosóficas sobre lo que constituye la verdadera felicidad del hombre y me limitaré a considerar dos ingredientes universalmente reconocidos de esta felicidad: la salud y la facultad de procurarse las cosas necesarias y las comodidades para la vida.

No cabe duda de que el bienestar de los trabajadores pobres depende del aumento de los fondos destinados al mantenimiento del trabajo, y será exactamente proporcional a la rapidez de este aumento. La demanda de trabajo suscitada por este aumento crea competencia en el mercado y eleva necesariamente el valor del trabajo, y en tanto se obtiene el número requerido de brazos adicionales, los acrecentados fondos serán distribuidos entre el mismo número de personas que antes del aumento; por consiguiente, cada trabajador vivirá comparativamente mejor. Pero quizá el doctor Smith se equivoque al considerar todo aumento de la renta o del capital de la sociedad como un aumento de estos fondos de mantenimiento del trabajo. En verdad, este excedente de capital o de renta será siempre considerado por el individuo que lo posee como un fondo adicional que le permite emplear a un mayor número de trabajadores; pero no será un fondo efectivo y real

para el mantenimiento de un número adicional de trabajadores en tanto la totalidad o, al menos, una gran parte de este aumento del capital o la renta de la sociedad sea convertible en una cantidad proporcional de subsistencias; y no podrá serlo si el aumento procede únicamente del producto del trabajo y no del producto de la tierra. Es preciso distinguir en este caso entre el número de brazos que puede emplear el capital de la sociedad y el número que puede alimentar su territorio.

Me explicaré con un ejemplo. El doctor Adam Smith define la riqueza de una nación como la producción anual de su tierra y su trabajo. Esta definición abarca evidentemente a los productos manufacturados lo mismo que a los productos de la tierra. Supongamos ahora que durante una serie de años una nación añadiese lo que ahorra de su renta anual únicamente a la parte de su capital dedicado a las manufacturas sin añadir nada al capital empleado en la tierra; evidentemente, de acuerdo con la definición anterior, la nación se habrá enriquecido, pero no podrá mantener a un mayor número de trabajadores, y, por consiguiente, no se habrán incrementado los verdaderos fondos para el mantenimiento del trabajo. Habrá, no obstante, una demanda de trabajo por parte de cada fabricante, por la capacidad que tiene o, al menos, cree tener, para ampliar sus instalaciones o construir otras nuevas. Esta demanda elevará, naturalmente, el precio del trabajo, pero si no va acompañada de un aumento de las existencias

anuales de provisiones, la subida no tardará en ser puramente nominal, ya que el precio de las provisiones tendrá que subir en la misma proporción. La demanda de trabajo en las manufacturas puede, además, atraer a muchos que antes trabajaban en el campo y provocar la disminución de la producción agrícola; pero podemos suponer que todo efecto de esta clase será compensado por el mejoramiento de la maquinaria agrícola y que la cantidad de provisiones se mantendrá igual. Se producirán, naturalmente, mejoras en la maquinaria de las manufacturas, y esta circunstancia, añadida al mayor número de brazos empleados en ella, hará que, en su conjunto, la producción anual del trabajo del país aumente considerablemente. Así, de año en año, aumentará la riqueza del país, según la definición citada, y tal vez a un ritmo no muy lento.

La cuestión es saber si la riqueza, incrementada en esta forma, tiene la menor tendencia a mejorar las condiciones de los trabajadores pobres. Manteniéndose en el mismo nivel las existencias de provisiones, todo aumento general del precio del trabajo no puede ser más que un aumento nominal, ya que irá seguido muy de cerca por un aumento proporcional del precio de las provisiones. Esta proposición me parece a todas luces evidente. El aumento en el precio del trabajo que hemos supuesto contribuirá muy poco o nada a asegurar a los trabajadores pobres una mayor capacidad para adquirir lo necesario y las comodidades para la vida. A este respecto, están prácti-

camente en el mismo estado que antes. Desde otro punto de vista, en cambio, su situación será peor. La mayoría de ellos estarán empleados en manufacturas, la minoría en la agricultura. Creo que todo el mundo estará de acuerdo conmigo en que este cambio de profesión es sumamente desfavorable para la salud, componente esencial de la felicidad, a lo cual hay que añadir la mayor inseguridad del trabajo manufacturero, supeditado a los gustos caprichosos del público, a los accidentes de la guerra y a otras causas.

Quizás pueda decirse que el caso que he supuesto no puede producirse, ya que la elevación del precio de las subsistencias arrastraría inmediatamente nuevos capitales hacia la agricultura. Pero este proceso podría ser muy lento, pues antes de que suban los precios de las provisiones habrá subido ya el precio del trabajo, anulando los posibles efectos favorables que el aumento de los precios de los productos de la tierra podía haber tenido para la agricultura.

También pueda, tal vez, decirse que el capital adicional de la nación permitiría importar comestibles en cantidad suficiente para que todos los que puedan ser empleados por el capital de la sociedad tengan con qué alimentarse. Un país pequeño dotado de una gran flota y de grandes facilidades para el transporte interior, tal como Holanda, puede, indudablemente, importar y distribuir la cantidad de provisiones que necesite, pero el precio de estas provisiones tendría que ser altísimo para que esta importación y distribución

resultase rentable en países extensos y peor situados para el comercio.

Un caso idéntico al que he supuesto quizá no se haya producido nunca, pero estoy seguro de que no haría falta una búsqueda muy laboriosa para encontrar casos muy semejantes. Incluso me atrevería a decir que la propia Inglaterra, a partir de su Revolución, nos brinda una viva ilustración de nuestro argumento.

El comercio de nuestro país, tanto interior como exterior, se ha desarrollado rápidamente durante el último siglo. El valor de cambio en el mercado europeo de la producción anual de su suelo y de su trabajo ha acusado, indudablemente, un aumento muy considerable. Pero examinando la cuestión más de cerca vemos que el aumento ha afectado principalmente a los productos del trabajo y no a los productos de la tierra, y, por consiguiente, si bien la riqueza del país ha crecido rápidamente, los fondos efectivos para el mantenimiento del trabajo lo han hecho con mucha lentitud y el resultado es el que podía preverse. El aumento de la riqueza del país ha tenido muy poco o ningún efecto en cuanto al mejoramiento de las condiciones de los trabajadores pobres. No pienso que éstos tengan ahora una mayor capacidad sobre lo necesario y agradable para vivir, y la proporción de los que trabajan en las manufacturas y viven hacinados en habitaciones angostas y malsanas es mucho mayor que en el período de la Revolución.

Si diéramos fe a las declaraciones del doctor

Price, según las cuales la población de Inglaterra ha disminuido desde la Revolución, incluso podría parecer que los fondos efectivos para el mantenimiento del trabajo han ido reduciéndose a medida que aumentaba la riqueza en otros aspectos. Pues pienso que puede sentarse como ley general el principio de que si crecen los fondos efectivos para el mantenimiento del trabajo, es decir, si el territorio puede mantener, como el capital puede emplear, a un mayor número de trabajadores, este suplemento de mano de obra surgirá rápidamente, incluso a pesar de las guerras que el doctor Price enumera. Y, por consiguiente, si la población de un país ha permanecido estacionaria o incluso ha disminuido, podemos inferir con toda seguridad que cualquiera que haya sido el aumento de las riquezas en las manufacturas, los fondos efectivos para el mantenimiento del trabajo no pueden haber crecido.

Es difícil, sin embargo, concebir que la población de Inglaterra haya venido disminuyendo a partir de la Revolución, aunque todos los testimonios coinciden en mostrar que, suponiendo que hubiera aumentado, lo hubiera hecho con gran lentitud. En la controversia surgida en torno a este tema el doctor Price aparece, indudablemente, mucho más ducho en estas cuestiones y mejor informado que sus contrincantes. A juzgar por esta controversia, pienso que hay que reconocer que la demostración del doctor Price es más satisfactoria que la del señor Howlett. La verdad está, probablemente, entre las dos afirmaciones,

pero en tal caso resultaría que el aumento de la población durante la época de la Revolución ha sido sumamente lento en comparación con el incremento de la riqueza.

Ya sé que pocos habrá que estén dispuestos a creer que en el siglo pasado la producción agrícola haya disminuido o incluso que se haya mantenido estacionaria. El cercamiento de las tierras comunales y baldías tiende, indudablemente, a aumentar la producción de alimentos en el país, y, sin embargo, hay quien afirma rotundamente que ha tenido muchas veces efectos contraproducentes, ya que extensas parcelas de terreno, que anteriormente producían grandes cantidades de trigo, fueron convertidas en pastos, que emplean menos brazos y alimentan menos bocas que antes de ser cercados. Que a igualdad de fertilidad natural las tierras de pastos producen una cantidad menor de subsistencias para el hombre que las dedicadas al cultivo de trigo, es una verdad reconocida; y si pudiera darse por seguro que, debido al aumento de la demanda de carne de primera calidad, y al consiguiente aumento de su precio, hubiera crecido de año en año la proporción de buenas tierras dedicadas a la ganadería, la disminución de alimentos humanos que esta circunstancia hubiera ocasionado pudiera haber compensado las ventajas derivadas del cercamiento de tierras baldías y del mejoramiento general de la agricultura. No creo que sea casi necesario señalar que el elevado precio actual de la carne en carnicería y su bajo precio anterior no responde

a la escasez, en el primer caso, ni a la abundancia, en el segundo, sino a la diferencia en una y otra época del coste de preparación del ganado para el mercado. Es posible que hace cien años el número de cabezas de ganado en el país fuese mayor que en la actualidad; pero esto no quita para que la cantidad de carne de calidad superior traída al mercado sea hoy mucho mayor que lo que era entonces. Cuando el precio de la carne era muy bajo en carnicería el ganado se criaba sobre todo en las tierras baldías, y, excepto para algunos mercados principales, se sacrificaba probablemente sin engorde adicional. La ternera que tan barata se vende actualmente en algunos condados lejanos no se parece en nada más que en el nombre a la que se compra en Londres. Anteriormente, el precio de la carne no permitía criar ganado, ni casi engordarlo, en tierras que respondiesen al cultivo. Pero con el precio actual no sólo es rentable el engorde del ganado en las mejores tierras, sino que, incluso, permite realizar la cría en tierras susceptibles de dar excelentes cosechas de trigo. El mismo número de cabezas, o incluso el mismo peso de ganado sacrificado, habrá, en las dos épocas consideradas, consumido (si se me autoriza la expresión) cantidades muy distintas de subsistencias humanas. Un animal cebado puede, en ciertos aspectos, considerarse, en el lenguaje de los economistas franceses, como un trabajador improductivo: no añade nada al valor de la materia prima que consume. El actual sistema de pastoreo tiende, sin duda, más que el anterior a re-

ducir, en proporción a la fertilidad general del terreno, la cantidad de subsistencias humanas producidas en el país.

No quisiera, en modo alguno, que se interpretaran mis palabras en el sentido de que el sistema antiguo podía o debía haber continuado. El precio creciente de la carne en carnicería es una consecuencia natural e inevitable del progreso general del cultivo. Pero no puedo menos de pensar que la creciente demanda actual de carne de primera calidad y la cantidad de buenas tierras que, como consecuencia, están siendo actualmente dedicadas a esta producción, y junto con esto el número cada día mayor de caballos de recreo son los principales obstáculos a que la producción de alimentos humanos en el país crezca al mismo ritmo que, en general, la fertilidad del suelo; estoy personalmente convencido de que un cambio en las costumbres, a este respecto, causaría efectos muy sensibles sobre la cantidad de subsistencias disponibles en el país y, por consiguiente, sobre su población.

La utilización para pastos de una buena parte de las mejores tierras, las mejoras en los aperos agrícolas, el aumento de tamaño de las explotaciones y, en particular, la disminución del número de cabañas en todo el país, todo concurre a demostrar que probablemente el número de personas empleadas hoy en trabajos agrícolas es inferior al que existía en la época de la Revolución. Cualquier aumento de la población que haya habido, debe de estar, por tanto, casi totalmente

empleado en la manufactura, y es bien sabido que el fracaso de algunas de estas manufacturas, debido simplemente al capricho de la moda, como, por ejemplo, la sustitución de la seda por el percal o de las hebillas y botones metálicos del calzado por lazos y botones forrados, combinado con las restricciones en el mercado del trabajo, suscitadas por las leyes sobre las corporaciones y las parroquias, ha obligado, en muchas ocasiones, a miles de trabajadores a recurrir a la caridad para poder sobrevivir. El considerable aumento de las contribuciones para los pobres constituye, en sí, una prueba elocuente de que los pobres no tienen hoy una mayor capacidad para adquirir las necesidades y comodidades de la vida, y, si al hecho de que sus condiciones más bien han empeorado que mejorado se añade la circunstancia de haber aumentado considerablemente la proporción de trabajadores empleados en las manufacturas, en perjuicio de su salud y de su virtud, hay que reconocer que el incremento de la riqueza en los años últimos no ha contribuido a aumentar la felicidad de los trabajadores pobres.

Si aplicamos este argumento al caso de China vemos en seguida, y con toda claridad, cuán cierto es que todo aumento del capital o la renta de una nación no puede considerarse como un aumento del fondo efectivo destinado al mantenimiento del trabajo, y, por consiguiente, no puede tener los mismos efectos favorables sobre las condiciones de los pobres.

El doctor Adam Smith observa, efectivamente,

que China ha alcanzado, probablemente desde hace tiempo, la máxima riqueza que la naturaleza de sus instituciones y de sus medios podía permitir; sin embargo, con otras leyes e instituciones, y particularmente con un comercio exterior mejor atendido, aún podía ser mucho más rica. La cuestión es: ¿implicaría este incremento de sus riquezas un aumento de los fondos reales dedicados al mantenimiento del trabajo, y de ahí una tendencia a situar a las capas inferiores del pueblo chino en un estado de mayor abundancia?

Es evidente que si el comercio exterior fuese debidamente atendido en China, con el gran número de trabajadores de que dispone y el bajo precio de su mano de obra, podría fabricar una enorme cantidad de artículos manufacturados para los mercados extranjeros. No es menos evidente que, vista la enorme masa de provisiones que necesita y la asombrosa extensión de su territorio interior, no podría importar a cambio de estos artículos una cantidad de alimentos que pudiera realmente representar una adición sensible a las existencias anuales de provisiones del país. Esa enorme cantidad de productos manufacturados la cambiaría principalmente por artículos de lujo procedentes de todos los rincones del mundo. Actualmente no parece que se escatime el trabajo en la producción de alimentos. El país tiene más bien un exceso de población, considerando las posibilidades de empleo que le da su capital, y la mano de obra es, por consiguiente, tan abundante que nadie se preocupa en buscar formas de producción que permitan reducirla. La consecuencia de esto es que, probablemente, se haya alcanzado la producción máxima de alimentos que la tierra pueda ofrecer, pues se observa, generalmente, que los procesos de reducción de la mano de obra, si bien permiten al agricultor llevar ciertas cantidades de grano al mercado a un precio inferior, sin embargo, más que aumentar tienden a disminuir la producción total, y en agricultura deben considerarse, por tanto, como de interés particular más que de utilidad pública.

En China no sería posible emplear el inmenso capital necesario para preparar las manufacturas destinadas al comercio exterior, sin retirar de las labores agrícolas a un número tan considerable de trabajadores, que alteraría el actual estado de cosas y, en cierta medida, reduciría la producción del país. La demanda de obreros para las manufacturas elevaría el precio del trabajo, pero como no aumentaría la cantidad de provisiones, el precio de estas últimas no sólo se mantendría a su nivel, sino que incluso podría rebasarlo, en el caso de que la producción de alimentos llegase a disminuir. El país estaría, evidentemente, en un proceso de enriquecimiento; el valor de cambio de la producción anual de sus tierras y de su trabajo aumentaría de año en año, y, sin embargo, los fondos efectivos para el mantenimiento del trabajo permanecerían estacionarios o incluso decrecerían, y, por consiguiente, la creciente riqueza de la nación más bien tendería a rebajar que a elevar las condiciones de vida de los pobres. En

cuanto a la capacidad de adquisición de las necesidades y comodidades de la vida, continuaría siendo la misma, o incluso podría verse disminuida; y muchos de estos pobres habrían trocado las saludables faenas del campo por el trabajo malsano de la industria manufacturera.

Tal vez el argumento cobre mayor claridad al ser aplicado a China, por ser generalmente admitido que la riqueza se ha mantenido prolongadamente estacionaria. Si nos refiriésemos a otro país, siempre podría ser objeto de discusión el saber en cuál de los períodos comparados las riquezas aumentaban con mayor rapidez, puesto que según el doctor Adam Smith lo que determina la situación de los pobres es la rapidez del aumento de las riquezas del país. Sin embargo, es evidente que dos naciones pueden incrementar con exactamente la misma rapidez el valor de cambio de la producción anual de sus tierras y de su trabajo, pero si una se ha dedicado principalmente a la agricultura y la otra principalmente al comercio, los fondos para el mantenimiento del trabajo, y, por consiguiente, el efecto de este aumento de la riqueza nacional serían muy diferentes. En el país dedicado principalmente a la agricultura, los pobres vivirán con más desahogo y la población crecerá rápidamente. En el otro, en cambio, las ventajas obtenidas por los pobres serán relativamente escasas y, por tanto, el aumento de la población será lento.

Capítulo 17

Hay una cuestión que parece surgir naturalmente al llegar a este punto de la discusión y es la de saber si realmente el valor de cambio de la producción anual de la tierra y del trabajo es una definición adecuada de la riqueza de un país o si no sería más correcta la definición que considerara únicamente la producción agrícola bruta, como lo hacen los economistas franceses. Lo cierto es que, adoptando la definición de esos economistas, todo aumento de la riqueza supone un aumento del fondo destinado al mantenimiento del trabajo y tiende siempre, por consiguiente, a mejorar las condiciones de los trabajadores pobres, mientras que el aumento de la riqueza, según la definición del doctor Adam Smith, no presentaría invariablemente esa tendencia. Con todo,

esto no implica que la definición del doctor Adam Smith deba ser considerada como errónea. En muchos aspectos parece impropio no incluir los vestidos y la vivienda de todo un pueblo como parte integrante de su renta. Aunque, corrientemente, el valor de gran parte de ello carezca de importancia en comparación con la alimentación del país, estimo, no obstante, que lo justo es considerarlo como parte de la renta, y, por tanto, el único punto respecto al cual estoy en desacuerdo con el doctor Adam Smith es cuando parece considerar todo aumento de la renta o del capital de la sociedad como un aumento del fondo del mantenimiento del trabajo y, por consiguiente, siempre contribuyendo a mejorar las condiciones de los pobres.

Los delicados géneros de seda o de algodón, los encajes y otros lujos decorativos propios de un país rico, pueden contribuir considerablemente a aumentar el valor de cambio de su producción anual, pero contribuyen muy poco a incrementar el caudal de felicidad que posee la sociedad, y me parece que al juzgar sobre la productividad o la improductividad de las diferentes clases de trabajo hay que tener muy en cuenta la utilidad real del producto. Los economistas franceses consideran improductiva toda la mano de obra empleada en las manufacturas. Comparando esta mano de obra con la que se emplea en el campo, estaría perfectamente dispuesto a darles la razón, pero no precisamente por las razones que ellos aducen. Según ellos, la mano de obra empleada en el campo es productiva porque el producto, además de remunerar totalmente al labrador y sus obreros, deja una renta líquida al terrateniente, en tanto que la mano de obra empleada en la fabricación de una pieza de encaje es improductiva porque se limita a compensar las provisiones consumidas por el propio trabajador y a restablecer el capital del patrono, sin dejar la menor renta líquida. Pero supongamos que el valor del encaje terminado sea tal que una vez totalmente remunerados tanto el trabajador como el patrono quede una renta líquida para una tercera persona; a mi parecer, comparada con la mano de obra empleada en el cultivo de la tierra, ésta seguiría siendo tan improductiva como siempre. Y aunque según el razonamiento de los economistas franceses el hombre empleado en la fabricación del encaje sería, en este último caso, un trabajador productivo, no deberíamos, sin embargo, considerarle como tal, si nos basamos en su definición de la riqueza de un Estado. No ha añadido nada a la producción bruta de la tierra; ha consumido parte de esta producción, dejando a cambio un trocito de encaje; y aunque pueda vender este encaje por tres veces el precio de todas las provisiones que ha consumido en el tiempo que ha tardado en producirlo, siendo desde su punto de vista particular un trabajador sumamente productivo, no puede considerarse que por su trabajo haya añadido nada esencial a la riqueza del Estado. No parece, pues, que la renta líquida que deja un producto después de cubrir todos sus gastos de producción,

pueda ser el único criterio que permita juzgar sobre la productividad o improductividad para un Estado de un determinado tipo de trabajo.

Supongamos que 200.000 hombres actualmente empleados en la producción de artículos manufacturados, destinados únicamente a satisfacer la vanidad de unas cuantas personas ricas, fuesen puestos a trabajar en tierras áridas y baldías, con vistas a producir tan sólo la mitad de la cantidad de alimentos que ellos mismos consumen; a pesar de que su trabajo, lejos de dejar una renta a un tercero, apenas sería capaz de reponer la mitad de las provisiones consumidas, estos trabajadores deberían considerarse como más productivos, desde el punto de vista del Estado, que cuando trabajaban en las manufacturas. Entonces consumían una parte de los alimentos del país, y a cambio dejaban géneros de seda y encajes. Ahora consumen la misma cantidad de alimentos, pero dejan a cambio provisiones suficientes para 100.000 hombres. No puede haber dudas en cuanto a cuál de las dos maneras de proceder es más beneficiosa al país, y creo que se me concederá que la riqueza que mantuvo a los 200.000 hombres produciendo géneros de seda y encajes hubiera sido más útilmente empleada en alimentarles mientras producían ese suplemento de víveres.

Un capital aplicado a la tierra puede resultar improductivo para el individuo que lo invierte, y, sin embargo, ser altamente productivo para la sociedad. Por el contrario, un capital aplicado al comercio puede ser sumamente productivo para el individuo y totalmente improductivo, en cambio, para la sociedad; y esta es la razón por la cual considero improductiva la mano de obra manufacturera, en comparación con la agrícola; no por la que esgrimen los economistas franceses. En suma, resulta casi imposible contemplar las grandes fortunas realizadas en el comercio y la munificencia en la que viven tantos negociantes, y, sin embargo, dar la razón a los economistas cuando afirman que los fabricantes tan sólo pueden enriquecerse a expensas de los fondos destinados a su manutención. En muchas ramas del comercio los beneficios son tan cuantiosos que podrían dejar una renta líquida a una tercera persona; pero como esta tercera persona no existe y, por consiguiente, todos los beneficios los acapara el dueño de la manufactura o el negociante, éstos tienen grandes posibilidades de enriquecerse sin tener que someterse a grandes privaciones; y así vemos cómo, gracias al comercio, personas que no se han distinguido nunca por su frugalidad consiguen hacer grandes fortunas.

La experiencia diaria nos muestra que la mano de obra empleada en el comercio y en las manufacturas es bastante productiva para los individuos, pero no lo es, ni mucho menos, en el mismo grado para el Estado. Toda contribución al alimento de un país tiende a beneficiar de manera inmediata a la sociedad en su conjunto; las fortunas realizadas gracias al comercio pueden tender a este mismo fin, aunque en forma remota e inse-

gura, pero también pueden tener el efecto contrario. El comercio interior de artículos de consumo es, con mucho, el más importante en todos los países. China es el país más rico del mundo, sin conocer más comercio que éste. Dejando, pues, a un lado, por el momento, el comercio exterior, el hombre que mediante una ingeniosa manufactura se lleva para sí una doble ración sacada de las existencias disponibles de alimentos, será, indudablemente, menos útil al Estado que el hombre que, por su trabajo, consigue añadir una simple ración a aquellas existencias de alimentos. Los bienes de consumo, tales como las sedas, los encajes, las joyas y los muebles de lujo son, indudablemente, parte de la renta de la sociedad; pero son la renta de la gente rica solamente, no de la sociedad en general. Un incremento de esta parte de la renta del Estado no puede considerarse, por tanto, como de la misma importancia que un aumento de la cantidad disponible de alimentos, ya que estos últimos constituyen la renta principal de la gran masa del pueblo.

El comercio exterior representa una contribución a la riqueza del país si tomamos la definición que de ésta nos da el doctor Adam Smith, pero no si adoptamos la de los economistas franceses. Su principal interés, y probablemente la razón por la cual goza de tanta estima, está en el hecho de que contribuye considerablemente a fortalecer el poder exterior de la nación o su capacidad para adquirir el trabajo de otros países; pero examinando la cuestión de cerca se observa

que su aportación al fondo interno para el mantenimiento del trabajo es mínima y, por tanto, contribuye muy poco a la felicidad de la gran masa de la población. En el natural proceso de desarrollo de un Estado hacia la riqueza, el cultivo del suelo debería venir en primer lugar, seguido por la manufactura y el comercio exterior. En Europa este orden natural ha sido invertido y el suelo ha sido cultivado con el excedente del capital de las manufacturas, cuando lo natural era que las manufacturas surgiesen del excedente del capital empleado en la agricultura. El mayor estímulo dado a la industria urbana, y como consecuencia, el hecho de pagarse más el trabajo del empleado de una manufactura que el de quienes se dedican a la agricultura, son, sin duda, la razón de que quede en Europa tanta tierra sin cultivar. Europa tendría hoy una población mayor, mas no por ello más gravosa, de haber seguido una política diferente.

No quiero dejar esta interesante cuestión de las dificultades causadas por el exceso de población, que, en mi opinión, bien merecería ser investigada con mucha más minucia y discutida con mucha más capacidad de la que yo dispongo, sin mencionar un extraordinario pasaje, tomado de los dos volúmenes de *Observaciones* del doctor Price. Después de presentar unas cuantas tablas, relativas a las probabilidades de vida en las ciudades y en el campo, dice (17): «Estas comparaciones ponen de manifiesto la gran verdad que encierra el llamar a las grandes ciudades tumbas de la hu-

manidad. También deben convencer a todos quienes las examinen, que, según la observación que aparece al final del cuarto ensayo del volumen anterior, no es, en modo alguno, correcto considerar nuestras enfermedades como manifestaciones de una intención original de la naturaleza. Sin duda alguna, son generalmente creadas por nosotros mismos. *En un país donde los habitantes hiciesen una vida totalmente natural y virtuosa, pocos de ellos morirían sin que transcurriese en su totalidad el período de la presente existencia que les fue concedido; el dolor y la enfermedad les serían desconocidos y la muerte les llegaría como un sueño sin más causa que el inevitable y paulatino descaecimiento del organismo*».

Confieso haberme visto obligado a sacar conclusiones totalmente opuestas a los hechos que figuran en las *Observaciones* del doctor Price. Desde hacía tiempo venía dándome cuenta de que la población y los alimentos crecían con ritmos diferentes, y en mi mente flotaba una vaga impresión de que únicamente el vicio y la miseria podían mantenerlos igualados; con la lectura de los dos tomos de las *Observaciones* del doctor Price esta idea, apenas concebida, se convirtió inmediatamente en una convicción. Para mí es absolutamente inconcebible, como, teniendo ante su vista tantísimos hechos que demuestran la extraordinaria rapidez del crecimiento de la población, si no se le pone obstáculos, y disponiendo de una tal masa de testimonios que aclaran, incluso, de qué manera las leyes generales de la naturaleza reprimen el excedente de población, el doctor Price puede haber escrito el pasaje que acabo de citar. Era un acerbo defensor de los matrimonios precoces, en los que veía la mejor defensa contra las malas costumbres. No se hacía ilusiones sobre la extinción de la pasión entre los sexos, a diferencia del señor Godwin, ni pretendió nunca eludir el obstáculo de la población por los medios apuntados por el señor Condorcet. Se refiere con frecuencia a la necesidad de dejar campo abierto para que puedan operar las fuerzas prolíficas de la naturaleza. Que, a pesar de esas ideas, su entendimiento haya podido dejar de captar la evidente y necesaria inferencia de que una población dejada libre aumentaría incomparablemente más de prisa que los alimentos que, con todos los esfuerzos humanos mejor dirigidos, sería la tierra capaz de suministrar para su sustento, es algo para mí tan asombroso como si se resistiese a aceptar la conclusión de una de las más sencillas proposiciones de Euclides.

Refiriéndose a las diferentes etapas de un Estado civilizado, el doctor Price dice: «Las primeras y más simples etapas de la civilización son las más favorables al incremento y a la felicidad de la humanidad». Presenta como ejemplo las colonias americanas, que entonces se encontraban, según él, en el primero y más feliz estado de los que había descrito y que ofrecían una prueba contundente de los efectos de las diferentes etapas de la civilización sobre la población. Pero no parece darse cuenta de que la felicidad de los ame-

ricanos depende mucho menos de su peculiar grado de civilización que de la peculiaridad de su situación como nuevas colonias y, sobre todo, del hecho de disponer de gran abundancia de tierras fértiles sin cultivar. Hace dos o tres siglos, en partes de Noruega, Dinamarca o Suecia, o en nuestro país, podría haber quizá encontrado grados de civilización muy parecidos al de las colonias americanas, pero ni mucho menos la misma felicidad ni el mismo aumento de la población. Él mismo cita una ordenanza de Enrique VIII quejándose de la decadencia de la agricultura y del aumento del precio de las subsistencias, «con lo cual un número sorprendente de personas han quedado incapaces de mantenerse a sí mismas y a sus familias». El grado superior de libertad civil que prevalecía en América contribuyó, indudablemente, a fomentar la laboriosidad, la prosperidad y la población de estos Estados, pero incluso la libertad civil, con todo lo poderosa que es, no puede crear nuevas tierras. Quizá pueda decirse que los americanos disfrutan de un mayor grado de libertad civil ahora que son independientes que cuando estaban sometidos a Inglaterra, pero podemos estar perfectamente seguros de que la población no continuará mucho tiempo creciendo al ritmo al que lo hacía entonces.

Quien haya podido contemplar hace veinte años el estado de felicidad de las clases inferiores del pueblo en América deseará, naturalmente, conservarlas para siempre en este estado, y quizá se imagine poder conseguirlo evitando simplemente

la penetración de las manufacturas y del lujo; con las mismas probabilidades de éxito podría intentar prevenir el envejecimiento de su mujer o de su amante, manteniéndolas alejadas del sol y del aire. Las nuevas colonias, bien gobernadas, se hallan en plena floración juvenil y no hay fuerza capaz de contenerlas. Cierto es que hay diferentes formas de trato, tanto refiriéndose al cuerpo político como al cuerpo animal, que pueden contribuir a acelerar o a retrasar la llegada de la vejez; pero lo que no hay posibilidad de alcanzar, cualquiera que sea el procedimiento adoptado, es la conservación de una juventud eterna. Fomentando la laboriosidad en las ciudades más que en el campo, se puede decir, tal vez, que Europa se ha buscado una vejez prematura. Una política diferente en este aspecto podría inyectarle nueva sangre y vigor a cada Estado. Mientras la ley de primogenitura y otras costumbres europeas impongan precios de monopolio a la tierra, la inversión de capital en ella no será nunca muy provechosa para el individuo; y, por consiguiente, es poco probable que la tierra llegue a ser adecuadamente cultivada. Y aunque en todo Estado civilizado tiene que haber una clase de propietarios y otra de trabajadores, una mayor igualdad en la propiedad resultaría siempre en ventaja permanente para todos. A mayor número de propietarios menor número de trabajadores; siendo mayor la parte de la sociedad que tiene la dicha de poseer propiedad y menor la que tiene la desdicha de no poseer más propiedad que su trabajo.

Los esfuerzos mejor orientados podrán aliviar la presión de la miseria, pero jamás podrán suprimirla, y a cualquiera que contemple la verdadera situación del hombre sobre la tierra y la acción de las leyes generales de la nturaleza, le será difícil concebir la posibilidad de que los hombres puedan alcanzar, ni con sus más inteligentes esfuerzos, aquel estado en que «pocos morirían sin que transcurriese en su totalidad el período de la presente existencia que les fue concedido; en el que el dolor y la enfermedad les serían desconocidos y la muerte les llegaría como un sueño, sin más causa que el inevitable y paulatino descaecimiento del organismo».

Indudablemente, es muy descorazonador ver que el principal obstáculo que impide todo mejoramiento extraordinario de la sociedad es de tal naturaleza que no hay esperanza alguna de superarlo. La constante tendencia en la raza humana a multiplicarse, rebasando los límites impuestos por los medios de subsistencia, es una de las leyes generales de la naturaleza animada que no tenemos motivos para esperar vaya a cambiar. Sin embargo, por desalentador que sea, para quienes se entregan al loable propósito de mejorar la especie humana, contemplar esta dificultad, es evidente que muy poco podrán conseguir esforzándose por eludir el problema o postergándole al último lugar. Por el contrario, la actitud poco viril de no atreverse a hacer frente a la realidad por ser esta desagradable, puede conducir a los males más funestos. Independientemente de este gran

obstáculo, bastante queda aún por hacer en beneficio de la humanidad para alentarnos en nuestros tenaces esfuerzos. Pero si procedemos sin un profundo conocimiento y sin una comprensión exacta de la naturaleza y de la extensión y magnitud de las dificultades que tenemos ante nosotros, o si dirigimos imprudentemente nuestros esfuerzos hacia un objetivo en el que no hay éxito posible, no solamente agotaremos nuestras fuerzas en intentos estériles, permaneciendo tan alejados como antes de la cumbre que deseamos alcanzar, sino que nos condenaremos a ser perpetuamente aplastados por la recaída de esta roca de Sísifo.

La visión de la vida humana que resulta de contemplar esa presión constante que la miseria, debida a las dificultades de subsistencia, ejerce sobre el hombre, mostrando lo poco que razonablemente puede esperar en cuanto a su perfectibilidad sobre la tierra, parece orientar fuertemente todas sus esperanzas hacia el futuro. El hombre se verá entonces necesariamente expuesto, por la propia acción de esas leyes de la naturaleza que hemos examinado, a la tentación de concebir el mundo, como lo ha sido frecuentemente, como un estado de prueba y escuela de virtud preparatoria de un estado superior de felicidad. Espero se me perdonará si intento presentar un cuadro algo distinto de la situación del hombre sobre la tierra; un cuadro que me parece más conforme con los diversos fenómenos de la naturaleza que

observamos a nuestro alrededor y más de acuerdo con nuestras ideas del poder, de la bondad y de la presencia divina.

No puede considerarse como un menoscabo al ejercicio de la mente humana tratar de «justificar los caminos de Dios para el hombre» si procedemos con la natural desconfianza de nuestro propio entendimiento, y con un justo sentido de nuestra insuficiencia, para comprender la razón de todo lo que vemos, si acogemos cada rayo de luz con gratitud, y cuando la luz no aparece pensamos que la oscuridad está dentro de nosotros y no fuera, y nos inclinamos con humilde deferencia hacia la suprema sabiduría de aquel cuyos «pensamientos están tan por encima de los nuestros» «como los cielos sobre la tierra».

Sin embargo, en todos nuestros débiles intentos por «hallar la perfección del Todopoderoso» parece absolutamente indispensable que razonemos partiendo de la naturaleza para llegar a la naturaleza de Dios y no pretender partir de Dios para llegar a la naturaleza. En el momento en que nos permitamos preguntar porqué ciertas cosas son como son y no de otra manera, en vez de esforzarnos en dar razón de ellas tal y como son, no sabremos dónde detenernos, caeremos en los absurdos más burdos e infantiles, pondremos necesariamente un término a todo posible progreso en la comprensión de los caminos de la Providencia e incluso el estudio dejará de ser un ejercicio beneficioso para la mente humana. La idea del poder infinito es tan extensa e impenetrable que

la mente del hombre no puede menos de quedar aturdida al contemplarla. Con ese concepto, tan tosco como pueril, que a veces tenemos de este atributo de la Divinidad, podemos imaginarnos que Dios podría dar vida a miríadas y miríadas de seres, todos libres de dolor y de imperfecciones, todos eminentemente buenos y juiciosos, todos capaces de los más elevados goces, y tan innumerables como son los puntos en un espacio infinito. Pero cuando de estos vanos y extravagantes sueños de la fantasía tornamos la mirada hacia el libro de la naturaleza, que es el único lugar donde podemos leer a Dios tal y como es, vemos una constante sucesión de seres conscientes, aparentemente surgidos de otras tantas partículas de materia, sometidos en este mundo a un largo y a veces doloroso proceso, y entre los cuales muchos, al acercarse a su término, alcanzan cualidades y poderes tan eminentes que parecen indicar su aptitud para elevarse a un estado superior. ¿No deberíamos, pues, corregir nuestras ideas toscas y pueriles sobre el Poder Infinito en función de lo que realmente vemos existir? ¿Qué otra base podemos tener para juzgar al Creador sino su propia creación? Y a no ser que queramos exaltar el poder de Dios a expensas de su bondad, ¿no deberíamos concluir que incluso el gran Creador, Todopoderoso como es, necesita un cierto proceso, un cierto tiempo (o, por lo menos, lo que nosotros llamamos tiempo) a fin de formar seres dotados de cualidades espirituales suficientemente elevadas para poder cumplir sus nobles propósitos?

El estado de prueba parece implicar una existencia previamente formada que no concuerda con la apariencia del hombre en su infancia y que parece indicar algo como desconfianza y falta de presciencia incompatibles con la idea que nos hacemos del Ser Supremo. Yo me inclino más bien, como lo he señalado ya en una nota, a considerar el mundo y esta vida como el poderoso proceso de Dios, no para prueba, sino para la creación y formación de la mente; un proceso necesario para despertar y transformar la inerte y caótica materia en espíritu, para sublimar en alma el polvo de la tierra, para hacer que del terrón de arcilla salte la etérea chispa. Y con esta visión del problema, las diversas impresiones y excitaciones que el hombre recibe en el curso de su vida pueden considerarse como la mano modeladora de su Creador, obrando a través de sus leyes generales, para despertar su indolente existencia con los vivificantes toques de la Divinidad y otorgarle la facultad de disfrutar de los placeres superiores. El pecado original del hombre es la torpeza y la corrupción de la materia caótica, de la que puede decirse que ha nacido.

De poco serviría entrar en la cuestión de saber si el espíritu es una sustancia distinta de la materia o simplemente una forma más refinada de la misma. Quizá esta cuestión no sea, después de todo, más que una cuestión de palabras. El espíritu es esencialmente espíritu, tanto si está cons-

tituido de materia como si lo está de cualquier otra sustancia. Sabemos por experiencia que el alma y el cuerpo están unidos del modo más íntimo, y todo hace suponer que crecen unidos desde la infancia. Muy aventurada sería la suposición de que en el niño existe ya un espíritu completo y plenamente formado, pero trabado e impedido en sus funciones durante los veinte primeros años de la vida por la debilidad o torpeza de los órganos en que está encerrado. Como todos estamos de acuerdo en que Dios es el creador a la vez del espíritu y del cuerpo, y como ambos parecen formarse y desarrollarse al mismo tiempo, no puede haber incompatibilidad ni con la razón ni con la revelación, no habiéndola con los fenómenos de la naturaleza, en considerar que Dios está constantemente dedicado a extraer espíritu de la materia y que las diversas impresiones que el hombre recibe a lo largo de la vida son elementos del proceso mediante el cual se realiza este fin. Esta dedicación es ciertamente digna de los más elevados atributos de la Divinidad.

Esta forma de interpretar el estado del hombre sobre la tierra no parece improbable si, juzgando por nuestra escasa experiencia de la naturaleza del espíritu y por lo que nos indican nuestras investigaciones, reconocemos que los fenómenos que nos rodean y los diversos acontecimientos de la vida humana parecen especialmente calculados para promover este gran objetivo, y especialmente si, gracias a esta suposición, podemos explicar, pese a nuestro limitado entendimiento,

muchas de las asperezas y desigualdades de la vida, que con excesiva frecuencia el hombre querelloso hace objeto de sus quejas contra el Dios de la naturaleza.

Las primeras grandes causas del despertar del espíritu parecen ser las necesidades del cuerpo (18). Ellas son los primeros estimulantes que hicieron brotar la actividad consciente en el cerebro del hombre niño, pero tan indolente parece ser la materia original que de no surgir, como fruto de una peculiar sucesión de excitaciones, otras necesidades, no menos poderosas, las primeras han de mantenerse vivas para que continúe en actividad esa consciencia que ellas despertaron.

El salvaje dormitaría para siempre al pie de su árbol si la llamada del hambre o los pinchazos del frío no le sacaran de su torpor; y los esfuerzos que realiza para evitar estos males procurándose alimentos y construyéndose un cobijo son los ejercicios que forman y mantienen en acción sus facultades, evitando caigan de nuevo en la inactividad e indiferencia. Por todo lo que la experiencia nos ha enseñado sobre la estructura del espíritu humano, si se suprimiesen de la masa de la humanidad esos estimulantes al esfuerzo que nacen de las necesidades del cuerpo, tenemos muchos más motivos para pensar que los hombres descenderían al nivel de las bestias por falta de excitaciones, que para imaginarnos que disponiendo de ocio todos iban a convertirse en filósofos. Los habitantes de los países donde la naturaleza ofrece una producción más abundante y espontánea no

se caracterizan por su agudeza mental. ¡Con cuánta verdad la necesidad ha sido llamada madre de la invención! Algunos de los más nobles esfuerzos del espíritu humano han partido de la necesidad de satisfacer las necesidades del cuerpo. Cuántas veces ha sido la necesidad la que ha dado las alas a la imaginación del poeta, la que le ha dictado sus fluidos períodos al historiador, la que ha añadido agudeza a las especulaciones del filósofo y aunque indudablemente existen hoy muchos espíritus tan perfeccionados ya por las diversas excitaciones del saber o por la conmiseración social, que aun privados de sus estimulantes corporales no recaerían en la indiferencia, no cabe duda de que estos estimulantes no podrían ser suprimidos de la masa de la humanidad sin producir un fatal estado general de apatía, que destruiría todos los gérmenes de un mejoramiento futuro.

Si no recuerdo mal, Locke aseguraba que el principal estímulo a la acción en la vida no era tanto la búsqueda del placer como el afán de eludir el dolor; y añadía que ante cualquier tipo de placer sólo nos ponemos en movimiento para obtenerlo cuando, habiéndolo disfrutado durante un tiempo, su ausencia nos causa una sensación de dolor o de desasosiego. Eludir el mal y perseguir el bien, tal parece ser el gran deber y el principal cometido del hombre, y el mundo parece haber sido especialmente ideado para dar amplias oportunidades al más incansable esfuerzo de esta clase, y gracias a estos esfuerzos y a estos estimulantes se va formando el espíritu. Si la idea de Locke es correcta, y existen muchos motivos para pensar que lo es, parece ser necesario el mal para crear el esfuerzo, y el esfuerzo parece evidentemente necesario para crear el espíritu.

La necesidad de alimentarse para sostener la vida es, probablemente, de todas las necesidades físicas y espirituales del hombre, la que mayores esfuerzos exige. El Ser Supremo ha dispuesto que la tierra no produzca alimentos en cantidades abundantes mientras su superficie no haya sido objeto de grandes e ingeniosos trabajos de preparación. Entre la semilla y la planta o el árbol que de ella brotan no existe conexión concebible a nuestro entendimiento. No cabe duda que el Ser Supremo podría hacer crecer plantas de todo tipo para el consumo de sus criaturas sin la ayuda de esos trocitos de materia que llamamos semillas, o incluso sin requerir los trabajos y los cuidados del hombre. Las labores de roturación y cultivo de la tierra, la siembra y la cosecha no deben considerarse como una ayuda a Dios en su obra creadora, sino como los requisitos previos al disfrute de las mercedes de la vida, destinados a suscitar la actividad en el hombre y transformar su mente en razón.

Para proporcionar excitaciones constantes de este tipo que impulsen al hombre a cumplir, mediante el pleno cultivo de la tierra, los generosos designios de la Providencia, se ha dispuesto que la población aumentará con más rapidez que los alimentos. Esta ley general (examinada ya en las

anteriores partes de este ensayo) produce, indudablemente, muchos males parciales, pero tal vez, reflexionando un poco, nos convenceremos de que produce un gran excedente de bien. Para fomentar el esfuerzo son necesarias grandes excitaciones, y para dirigir este esfuerzo y formar la facultad de razonar parece indispensable que el Ser Supremo obre siempre en función de leyes generales. La constancia de las leyes de la naturaleza, o la certeza de que las mismas causas producirán los mismos efectos, constituye el fundamento de la facultad de razonar. Si en el curso normal de la vida apareciese a menudo la mano de Dios, o, más correctamente, si Dios cambiase a menudo sus propios propósitos (pues la mano de Dios es ciertamente visible en cada brizna de hierba que se ofrezca a nuestra vista), las facultades humanas no tardarían probablemente en sumergirse en una funesta apatía general e incluso las necesidades corporales de la humanidad dejarían de estimular sus esfuerzos al no tener ya la confianza de que, bien dirigidos, serían coronados por el éxito. La constancia de las leyes de la naturaleza es la base de la laboriosidad y previsión del agricultor, de la ingeniosidad incansable del artesano, de las expertas indagaciones del médico y del anatomista y de la atenta observación y paciente investigación del filósofo de la naturaleza. A esta constancia de las leyes naturales debemos los más notorios y nobles empeños del intelecto. A esta constancia le debemos el espíritu inmortal de un Newton.

Así, pues, las razones de la constancia de las leyes de la naturaleza son evidentes y notables, incluso para nuestro limitado entendimiento; si volvemos ahora al principio de población y consideramos al hombre tal y como es, apático, perezoso y adverso al trabajo mientras las necesidades no le obligan a recurir a él (y sería, por cierto, el colmo de la insensatez considerar al hombre no como es, sino como nos imaginamos que podría ser), podemos afirmar con seguridad que el mundo no se hubiera poblado si no fuese superior el poder de crecimiento de la población al de aumento de las subsistencias. Si, a pesar de la presión constante ejercida sobre el hombre por este poderoso estímulo al cultivo de la tierra, la agricultura se desarrolla con gran lentitud, bien podemos concluir que cualquier estímulo inferior hubiera sido insuficiente. Incluso bajo el impulso de esta constante excitación, los salvajes pueden habitar países de enorme fertilidad, durante largos períodos, sin que les venga la idea de utilizar la tierra para pastoreo natural o la agricultura. Si la población y los alimentos creciesen al mismo ritmo es probable que el hombre no hubiese salido jamás del estado salvaje. Pero suponiendo que la tierra estuviera debidamente poblada, bastaría un Alejandro, un Julio César, un Tamerlan o una sangrienta revolución para enrarecer irrevocablemente la raza humana y derrotar los elevados designios del Creador. Los estragos de una epidemia contagiosa dejarían su rastro durante siglos; y un terremoto podría despoblar a

una región para siempre. El principio en virtud del cual aumenta la población impide que los vicios de la humanidad o los accidentes de la naturaleza, que son los males parciales nacidos de las leyes generales, puedan obstruir los elevados propósitos de la creación. Mantiene a la población de la tierra siempre a nivel con los medios de subsistencia y actúa constantemente sobre el hombre como un poderoso estímulo que le incita a intensificar cada vez más el cultivo de la tierra, permitiendo así el mantenimiento de una población más numerosa. Pero esta ley no puede actuar y producir los efectos aparentemente deseados por el Ser Supremo sin ocasionar un mal parcial. A no ser que cambiara el principio de población en función de las circunstancias de cada país por separado (lo cual no sólo sería contrario a nuestra experiencia universal respecto a las leyes de la naturaleza, sino que, además, estaría, incluso, en contradicción con nuestra propia razón, que comprende la absoluta necesidad de las leyes generales para la formación del intelecto), es evidente que este mismo principio que, apoyado por la laboriosidad, es capaz de poblar una región fértil en unos cuantos años, producirá desgracias y calamidades en los países habitados desde hace tiempo.

Parece probable, sin embargo, que incluso las admitidas dificultades que ocasiona la ley de población más bien tienden a promover que a impedir el cumplimiento de los propósitos generales de la Providencia. Estimulan el esfuerzo general

y contribuyen a crear esa variedad infinita de situaciones, y, por ende, de impresiones que, en su conjunto, parecen ser favorables al desarrollo del espíritu. Es probable que un exceso de excitación en más o en menos, una pobreza extrema o una exagerada riqueza sean desfavorables desde este punto de vista. Las zonas medias de la sociedad parecen ser las más idóneas para el desarrollo intelectual, pero sería contrario al principio de la analogía que rige en toda la naturaleza pensar que la totalidad de la sociedad pueda situarse en su zona media. Las zonas templadas de la tierra son, sin duda, las más adecuadas al desarrollo de las energías físicas y mentales del hombre, pero todas no pueden ser zonas templadas. Un mundo, calentado y alumbrado por un solo sol tiene que tener, en virtud de las leyes de la materia, unas partes de intensos fríos y constantes heladas y otras abrasadas por constantes calores. Todo trozo de materia situado sobre una superficie tiene necesariamente una parte superior y otra inferior; todas sus partículas no pueden estar en su parte central. Las partes más valiosas de un roble para un negociante en madera no son ni las raíces ni las ramas, y, sin embargo, éstas son indispensables para la existencia del tronco que se halla en el centro y que es la parte deseada. El negociante en madera no pretenderá nunca conseguir que crezca un roble sin raíces ni ramas, pero si encontrase alguna forma de cultivo que le permitiese aumentar la proporción de la sustancia del árbol que se concentra en el tronco y disminuir la

que queda en las raíces y en las ramas, tendría razón en esforzarse por generalizar su aplicación.

En igual modo, aun cuando no podemos pretender excluir la riqueza y la pobreza de la sociedad, si encontráramos una forma de gobierno que permitiese disminuir el número de personas de las zonas extremas y aumentar el de la zona media, tendríamos, sin duda, la obligación de adoptarla. No es, sin embargo, improbable que lo mismo que al roble no se le puede disminuir mucho las raíces y las ramas sin debilitar la vigorosa circulación de la savia por el tronco, así en la sociedad no pueden disminuirse las partes extremas, pasado cierto límite, sin que se debilite en la parte media ese esfuerzo espiritual que es, precisamente, lo que le da su particular aptitud para el desarrollo intelectual. Si no hubiera en el hombre la esperanza de ascender y el temor a descender en la escala social; si la laboriosidad no fuese premiada y la pereza castigada, las partes medias de la sociedad no serían hoy lo que son. Evidentemente, al razonar sobre este tema, es la masa de la población la que hay que considerar principalmente, no los casos individuales. Sin duda, existen muchos intelectos, y tienen que existir muchos, según las probabilidades, sacados de una masa tan grande, que, activados desde un principio por una sucesión especial de estímulos, no necesiten ya la constante acción de motivos mezquinos para mantener viva su actividad intelectual. Pero si revisamos los diversos descubrimientos provechosos, los escritos valiosos y otras loables

realizaciones de la humanidad, pienso que descubriríamos que eran más numerosos los que debían atribuirse a los pequeños motivos que influyen sobre la mayoría de la población que los que respondían a los motivos más elevados que actúan sobre la minoría.

El ocio es, sin duda, de gran valor para el hombre, pero considerando al hombre tal y como es, parece probable que en la mayoría de los casos sería más nocivo que beneficioso. Se ha observado con cierta frecuencia que los grandes talentos son más comunes entre los hermanos menores que entre los mayores; pero sería inimaginable pensar que los menores puedan estar, en promedio, constituidos con elementos de mayor capacidad original que los mayores. La diferencia, si es que realmente hay una diferencia observable, no puede tener más origen que la diferencia de sus situaciones. El esfuerzo y la actividad son, en general, elementos absolutamente necesarios en un caso y meramente opcionales en el otro.

Que las dificultades de la vida contribuyen a engendrar los talentos es algo que diariamente nos es demostrado por la experiencia. Muchas veces, gracias al esfuerzo que el hombre se ve obligado a realizar para subsistir y mantener a su familia, surgen facultades que sin él hubiesen permanecido ocultas, y es bien conocido el hecho de que las situaciones nuevas y extraordinarias son, generalmente, las que crean las mentes adecuadas para hacer frente a las dificultades en que se hallan envueltas.

Las penas y calamidades de la vida constituyen otra clase de estímulos que, formando una peculiar sucesión de impresiones, parecen ser necesarios para suavizar y humanizar el corazón, despertar la conmiseración social, engendrar todas las virtudes cristianas y abrir con amplitud el camino de la caridad. El ascenso uniforme de la prosperidad más bien tiende, en general, a degradar que a ennoblecer el carácter. Un corazón que no haya sentido jamás el dolor podrá difícilmente compartir los sufrimientos y las alegrías, las necesidades y los anhelos de sus prójimos. Pocas veces sentirá ese calor del amor fraterno, esos afectos suaves y amistosos que dignifican el carácter humano más aún que la posesión de los talentos más elevados; que si bien constituyen,

indudablemente, un rasgo sumamente importante y refinado del espíritu, no deben, en absoluto, considerarse como el único. Hay muchos espíritus que no han sido sometidos a esos estímulos que generalmente forman los talentos y que, sin embargo, se hallan vivificados en alto grado por los estímulos de la conmiseración social. En todos los niveles de la vida, y con la misma frecuencia en el más bajo que en el más alto, se encuentran personas rebosantes de bondad humana, pletóricos de amor a Dios y al prójimo, y que, aunque desprovistos de esos peculiares poderes de la mente llamados talento, ocupan, evidentemente, puestos más elevados en la escala humana que muchos que los poseen. La caridad evangélica, la humildad, la piedad y toda esa clase de virtudes que se distinguen particularmente con el nombre de virtudes cristianas no parecen incluir necesariamente al talento, y así, un alma que posea estas amables cualidades, que haya sido despertada y vivificada por estas exquisitas simpatías, debe estar ligada al cielo por vínculos más íntimos que la sola agudeza intelectual.

Los mayores talentos son, con frecuencia, mal aplicados y los perjuicios que ocasionan están en proporción con la amplitud de sus poderes. Tanto la razón como la revelación parecen asegurarnos que estos espíritus serán condenados a la muerte eterna, pero mientras residen en la tierra estos instrumentos del vicio aportan su contribución a la gran masa de impresiones excitando el disgusto y la execración. Parece muy probable que la depra-

vación moral sea absolutamente necesaria para que se produzca la excelencia moral. Un hombre cuya vista no alcanza más que el bien puede decirse con razón que actúa impulsado por la ciega necesidad. La búsqueda del bien en este caso no indica la menor tendencia virtuosa. Tal vez pueda decirse que la Sabiduría Infinita no necesita juzgar a las personas por su acción externa, pues de antemano sabe con certeza si van a optar por el bien o por el mal. Este argumento es aceptable si de lo que se trata es de rebatir el concepto de que el espíritu en este mundo atraviesa un estado de prueba; deja de serlo si con él se pretende combatir el concepto del estado de formación. Desde este último punto de vista el ser que ha visto la perversidad moral y ha experimentado ante ella desaprobación y repugnancia es esencialmente diferente de aquel que tan sólo ha conocido la bondad. Son trozos de arcilla sometidos a impresiones distintas; sus conformaciones serán necesariamente diferentes o, incluso, si accedemos a dar a ambos la misma hermosa forma de la virtud, habrá que tener en cuenta que si bien uno ha pasado ya el proceso posterior, necesario para proporcionar firmeza y permanencia a su sustancia, el otro, en cambio, sigue expuesto a ser dañado o quebrado por cualquier impulso accidental. El amor y la admiración ardientes de la virtud parecen implicar la existencia de algo que se oponga a ella, y es muy probable que la misma belleza de forma y de sustancia, la misma perfección del carácter, no podrían engendrarse sin las impresiones

de desaprobación que provoca el espectáculo de la maldad moral.

Cuando el espíritu es vivificado por las pasiones y las necesidades del cuerpo, surgen las necesidades intelectuales, y el deseo de saber y la impaciencia provocada por la ignorancia forman una nueva e importante categoría de estímulos. Cada sector de la naturaleza parece haber sido especialmente ideado para proporcionar este tipo de estímulos al esfuerzo mental y ofrecer materia inagotable a las indagaciones más perseverantes. Nuestro bardo inmortal decía de Cleopatra que:

> *... la costumbre no puede enranciar*
> *su variedad infinita.*

Expresión que, aplicada a cualquier otro tema, puede parecer una hipérbole poética, pero que, aplicada a la naturaleza no es sino la exacta realidad. La variedad infinita parece ser, efectivamente, su rasgo característico más eminente. Los ligeros tintes que aparecen por doquier en el cuadro dan espíritu, vida y relieve a sus exuberantes bellezas y las asperezas e irregularidades, esas partes inferiores que sirven de apoyo a las superiores y que, a veces, ofenden a la exigente mirada microscópica del hombre de visión corta, contribuyen a dar simetría, gracia y belleza de proporciones al conjunto.

La infinita variedad de las formas y operaciones de la naturaleza no sólo tiende de manera inmediata a despertar y desarrollar el espíritu por la va-

riedad de impresiones que produce, sino que abre también grandes posibilidades de mejoramiento, ofreciendo tan amplio y extenso campo a la investigación y al estudio. Una perfección uniforme y homogénea carecería de ese poder vivificante. Cuando intentamos contemplar el sistema del universo, cuando pensamos en que las estrellas son los soles de otros sistemas esparcidos por el espacio infinito, cuando reflexionamos en que probablemente tan sólo vemos la millonésima parte de esos luminosos orbes que envían luz y vida a innumerables mundos, cuando nuestras mentes se postran en admiración ante la fuerza poderosa e incomprensible del Creador, incapaces de captar esta inconmensurable concepción, no tengamos la mezquindad de quejarnos de que los climas no sean todos bonancibles, de que no tengamos una primavera eterna a lo largo de todo el año, de que las criaturas de Dios no posean todas las mismas ventajas, de que se vea, a veces, oscurecido el mundo natural por nubarrones y tempestades y el mundo moral por el vicio y la miseria, y de que todas las obras de la creación no alcancen el mismo grado de perfección. Tanto la razón como la experiencia parecen indicarnos que esta variedad infinita de la naturaleza (y la variedad no puede existir sin partes inferiores y aparentes defectos) está admirablemente adaptada para promover el elevado propósito de la creación y producir el bien con la mayor abundancia posible.

Tampoco creo que sea fortuita la oscuridad en que todos los temas metafísicos se hallan envueltos; pienso que tiene la misma peculiar manera de añadir un tipo de estímulo que produce el ansia de saber. Es probable que el hombre, en el tiempo en que transita por la tierra, no alcance jamás, respecto a estos temas, un estado de completa satisfacción; pero esto no debe ser, en absoluto, motivo para no abordarlos. La oscuridad que rodea a estos interesantes temas de la curiosidad humana no tiene, tal vez, más finalidad que la de proporcionar inagotables motivos de actividad y de empeño intelectual. El esfuerzo constante por disipar esta oscuridad, aunque resulte vano, vigoriza y mejora las facultades racionales. Si llegasen un día a agotarse los temas de la investigación humana es probable que el espíritu acabaría estancándose; pero la posibilidad de que esta situación llegue a producirse desaparece ante la diversidad infinita de las formas y operaciones de la naturaleza y la materia inagotable que los temas metafísicos ofrecen a la especulación. No fue Salomón particularmente juicioso cuando dijo que: «No hay cosa nueva bajo el sol». Al contrario, es probable que si continuara el sistema actual durante millones de años, seguiría siempre enriqueciéndose el caudal de conocimientos humanos sin que, tal vez, lo que podríamos llamar la capacidad mental del hombre acusara un aumento realmente notable. Indudablemente, el fondo de conocimientos de un Sócrates, de un Platón o de un Aristóteles era notablemente inferior al de nuestros filósofos actuales, pero no puede decirse lo mismo en cuanto a su capacidad inte-

lectual. El intelecto surge de un átomo, conserva su vigor durante un cierto tiempo y quizá durante su estancia sobre la tierra tan sólo pueda recibir un número limitado de impresiones. Estas impresiones pueden sufrir, ciertamente, infinidad de modificaciones, y de estas modificaciones, a las que habrá probablemente que añadir las que provienen de una diferencia en la susceptibilidad del germen original (19), surge la infinita diversidad de caracteres que vemos en el mundo; mas, tanto la razón como la experiencia, parecen asegurarnos que la capacidad de la mente humana no crece en proporción con la masa de conocimientos existente. Las inteligencias más agudas se forman a través del esfuerzo de pensamiento original, del empeño por crear nuevas combinaciones, por descubrir nuevas verdades y no recibiendo pasivamente las impresiones de las ideas de otros hombres. Si llegara un día en que desapareciera la esperanza de nuevos descubrimientos, en que la única ocupación de la mente fuese adquirir los conocimientos preexistentes, sin esforzarse por formar nuevas y originales combinaciones, acaso la masa de los conocimientos humanos fuese entonces mil veces superior a la de hoy, pero supondría el cese de uno de los más nobles estímulos al esfuerzo mental; se perdería el rasgo más refinado de la inteligencia, el fin de todo lo que el genio lleva consigo, y en esas circunstancias es imposible concebir que nadie pudiese llegar a poseer la energía intelectual de un Locke, de un Newton o de un

Shakespeare, ni siquiera la de un Sócrates, un Platón, un Aristóteles o un Homero.

Si una revelación divina, de cuya autenticidad nadie pudiese dudar, disipase la niebla que envuelve a los temas metafísicos, explicando la naturaleza y la estructura del intelecto, las propiedades y esencias de todas las sustancias, el modo de obrar del Ser Supremo en su labor creadora y todo el plan y esquema del Universo, este aumento de conocimientos en vez de suscitar un nuevo vigor y una mayor actividad intelectual produciría más bien un relajamiento y enfriamiento general de la vida del espíritu.

Por este motivo jamás he aceptado las dudas y dificultades que entrañan algunas partes de las sagradas escrituras como argumento valedero contra su origen divino. El Ser Supremo podía, indudablemente, haber acompañado sus revelaciones al hombre con una sucesión de milagros de tal naturaleza que su poder de convicción anulara de una vez todas las discusiones y vacilaciones existentes. Pero por muy débil que sea nuestra razón para comprender los planes del Supremo Hacedor, no lo es tanto como para que no pueda apreciar los principales inconvenientes de una tal revelación. Lo poco que sabemos de la estructura del espíritu humano nos basta para convencernos de que un conocimiento arrollador y absoluto como el que suponemos, en vez de conducir a la elevación moral del hombre causaría el efecto de una bomba sobre toda la actividad intelectual y acabaría prácticamente con la virtud. Si la amena-

za del castigo eterno que figura en las escrituras tuviese para el hombre corriente el mismo viso de realidad que la afirmación de que a la noche sigue el día, esa vasta y tenebrosa idea se apoderaría de manera absoluta de las facultades humanas, eliminando prácticamente todas las demás preocupaciones, y entonces las acciones externas de los hombres serían todas casi iguales, el comportamiento virtuoso no sería ya un indicio de virtud, el vicio y la virtud se fundirían en una masa común y si Dios, con su vista omnividente, podría seguir distinguiendo a los buenos de los malos, no así el hombre, que sólo puede juzgar por las apariencias y las impresiones exteriores, que en este caso serían las mismas. En semejantes circunstancias, sería difícil concebir que el ser humano pudiera aprender a odiar la depravación moral, amar la bondad y admirar y adorar a Dios.

Nuestras ideas de la virtud y del vicio no son, tal vez, muy exactas ni están muy bien definidas; pero pocos habrá, creo yo, que llamen virtuosa una acción cometida única y simplemente por temor a un terrible castigo o en la esperanza de una maravillosa recompensa. Con razón se dice que el temor de Dios es el principio de la sabiduría, pero el final de la misma es el amor al Señor y la admiración a la bondad moral. Las amenazas de un futuro castigo, contenidas en las escrituras, parecen estar destinadas a detener la marcha del vicioso y llamar la atención del indiferente, pero la experiencia nos muestra reiteradamente que no se apoyan en pruebas suficientemente concluyentes para adueñarse de la voluntad humana y conseguir que los hombres de propensión viciosa lleven una vida virtuosa por el mero temor al futuro. Una fe sincera, o sea, una fe que se manifieste en todas las virtudes de una vida realmente cristiana, puede, en general, considerarse como indicio de una disposición de ánimo amable y virtuosa, influida más por el amor que simplemente por el temor.

Cuando reflexionamos sobre las tentaciones a las que el hombre está necesariamente expuesto en este mundo, debido a la estructura de su cuerpo y a la acción de las leyes de la naturaleza, y la consiguiente certeza moral de que muchas piezas saldrán imperfectas de este poderoso crisol creador, resulta absolutamente inconcebible que ninguna de estas criaturas salidas de las manos de Dios pueda ser condenada a un sufrimiento eterno. Si admitiéramos esta idea, todos nuestros naturales conceptos de bondad y justicia se derrumbarían y no podríamos ya considerar a Dios como un Ser justo y misericordioso. Pero la doctrina de la vida y de la inmortalidad que nos ofrece el Evangelio, y según la cual el premio de la rectitud es la vida eterna y la muerte el castigo del pecado, me parece en todo punto justa, misericordiosa y digna del Supremo Hacedor. Nada puede aparecer más conforme con nuestra razón que el hecho de que los seres que del proceso de creación del mundo salgan con forma amable y hermosa, sean coronados con la inmortalidad, en tanto que los seres defectuosos, aquellos cuyas mentes

no son propias para una existencia más pura y feliz, sean condenados a perecer y mezclarse de nuevo a su arcilla original. Esta condenación eterna puede considerarse como una forma de castigo y no es extraño que haya sido representada con imágenes de dolor. Pero más que de felicidad y desgracia de lo que se nos habla en el Nuevo Testamento es de vida y muerte, de salvación y destrucción. ¡Qué distinto nos parecería el Ser Supremo si en vez de verle simplemente condenando a la insensibilidad original a aquellos seres que por la acción de las leyes generales no han sido constituidos con cualidades adecuadas para un estado de felicidad más puro, le viésemos ensañarse con las criaturas que le hubieran ofendido, persiguiéndoles y torturándoles con su odio eterno!

La vida es, hablando en general, una bendición, con independencia del estado futuro. Es un don del cual los viciosos no estarían siempre dispuestos a desprenderse aun cuando no temiesen a la muerte. El dolor parcial que inflige el Supremo Creador al formar innumerables seres susceptibles de disfrutar de los placeres más elevados, no es sino el polvo depositado en la balanza, comparado al caudal de felicidad que reparte entre sus criaturas, y tenemos todos los motivos para pensar que no hay más maldad en el mundo que la absolutamente necesaria como uno de los ingredientes del poderoso proceso de creación.

La absoluta necesidad de leyes generales para la formación del intelecto no puede, en modo alguno, ser desmentida por una o dos excepciones;

estas leyes no están destinadas a una aplicación parcial, sino que están concebidas para actuar sobre una gran parte de la humanidad y a lo largo de muchas épocas. Teniendo en cuenta las ideas que he expuesto sobre la formación del espíritu, la infracción de las leyes generales de la naturaleza, por un acto de revelación divina, se nos presentará como una intervención directa de la mano de Dios, añadiendo nuevos ingredientes a la enorme masa, adecuados al estado particular del proceso, a fin de producir una nueva y poderosa serie de impresiones capaz de purificar, elevar y ennoblecer el espíritu humano. Los milagros que acompañasen a estas revelaciones estimularían la atención de la humanidad y suscitarían apasionadas discusiones sobre el origen divino o humano de la doctrina, cumpliendo así la misión que les era asignada, respondiendo de esta manera al propósito del Creador; estas manifestaciones de la voluntad divina continuarían luego abriéndose camino gracias a su intrínseca bondad y operando como motivos morales, lograrían influir y mejorar paulatinamente las facultades del hombre sin anonadarlas ni provocar su estancamiento.

Sin duda, sería presuntuoso decir que el Ser Supremo no podría cumplir su propósito más que en la forma en que lo ha hecho, pero como la revelación del poder divino que poseemos es acogida con ciertas dudas y dificultades, y como, por otra parte, nuestra razón nos señala las principales objeciones que se oponen a una revelación capaz de imponer una creencia universal, implícita

e inmediata, tenemos, creo yo, motivos suficientes para considerar que estas dudas y dificultades no constituyen en sí un argumento contra el origen divino de las escrituras y que, en cambio, el tipo de testimonios que poseen son particularmente idóneos para promover el mejoramiento de las facultades humanas y la superación moral de la humanidad.

La idea de que las impresiones y excitaciones de este mundo son instrumentos que utiliza el Ser Supremo para transformar la materia en espíritu y que la necesidad de un constante esfuerzo para apartar el mal y fomentar el bien es el principal resorte de estas impresiones y excitaciones, allana, indudablemente, muchos de los obstáculos que surgen al contemplar la vida humana, y me parece que explica de manera satisfactoria el por qué de la existencia de la maldad natural y moral y, por consiguiente, de esa parte de ambas, por cierto no muy pequeña, que tiene su origen en el principio de población. Si bien partiendo de esta suposición es sumamente improbable que la maldad pueda ser eliminada de este mundo, es, sin embargo, evidente que la impresión que esta maldad produce no respondería al propósito aparente del Creador, no actuaría con tanta potencia como estímulo al esfuerzo si su cantidad no disminuyese y aumentase, según la diligencia o indolencia del hombre. Las continuas variaciones de la intensidad y distribución de esta presión mantiene viva en los hombres la esperanza de poder un día verse libres de ella.

La esperanza late eterna en el pecho humano,
El hombre nunca es, pero siempre quiere ser bendito.

La maldad existe en el mundo para suscitar no la desesperación, sino la actividad. No debemos someternos a ella pacientemente, sino esforzarnos por evitarla. No sólo es el interés, sino la obligación de todo individuo desplegar todos sus esfuerzos para eliminar la maldad que haya en él y en el círculo de personas más amplio al que alcance su influencia, y cuanto más se empeñe en esta labor, más acertadamente dirija sus esfuerzos y mayores éxitos obtenga, más se enaltecerá y dignificará su alma y más plenamente cumplirá la voluntad de su Creador.

Notas

1. Del autor de la obra.

(1) El señor Godwin llama «título mohoso» a las riquezas que el hombre recibe de sus antepasados. Me parece adecuado llamarlas «título», pero no veo motivo para calificar de «mohoso» a un artículo que está en constante uso.

(2) Estos datos están tomados de los dos volúmenes de *Observaciones,* del doctor Price, pues no dispongo del folleto del doctor Styles, de donde proceden originalmente.

(3) En casos de este tipo, la fuerza productora de la tierra parece ser suficiente para poder responder a la demanda de alimentos que le hace el hombre. Pero caeríamos en un error suponiendo que la población y el alimento aumentan a un mismo ritmo. La población crece geométricamente; el alimento, aritméticamente; es decir: la primera crece por multiplicación, el segundo por adición. Donde la población es escasa y la tierra abundante y fértil, la fuerza de la tierra para aportar el incremento anual de alimentos podría compararse a un gran depósito de agua abastecido por un pequeño arroyo. A mayor población, mayor consumo de agua cada año. Pero pronto se agotará el depósito y tan sólo quedará el arroyo. Cuando esté en cultivo toda la extensión del territorio fértil, el aumento anual de alimentos dependerá de las mejoras que puedan introducirse en las explotaciones existentes y el caudal de este pequeño arroyo irá necesariamente disminuyendo. La población, en cambio, mientras reciba alimentos, irá creciendo con inagotable vigor, adquiriendo, con el incremento de un período, nuevas fuerzas, que, a su vez, contribuyen a un mayor crecimiento del período siguiente, y así de manera indefinida.

(4) Véase *Observaciones,* del doctor Price, 2.° vol., *Postscriptum* a la controversia sobre la población de Inglaterra y el País de Gales.

(5) Digo *caeteris paribus* porque el incremento de la producción de cualquier país dependerá siempre en gran medida del espíritu de trabajo que prevalezca y la forma en que sea dirigido. También influyen considerablemente, para animar y dirigir este espíritu, los conocimientos y las costumbres de los pueblos y otras causas pasajeras, entre las cuales hay que mencionar en particular el grado de libertad civil y de igualdad alcanzado en el país.

(6) Para ahorrar tiempo y evitar largas citaciones, daré aquí la esencia de los sentimientos del señor Condorcet; no creo haberle interpretado mal, pero en todo caso le invito al lector a que consulte la obra original, que tal vez no le convenza, pero seguramente le divertirá.

(7) Muchos pensarán indudablemente que intentar seriamente desmentir paradojas tan absurdas como la de la inmortalidad del hombre sobre la tierra o la de la perfectibilidad del hombre y de la sociedad es una pérdida de tiempo y de palabras y que la mejor respuesta a conjeturas tan infundadas sería el desprecio. No comparto esta opinión. Cuando paradojas de este orden son emitidas por hombres ingeniosos y capaces, el desprecio difícilmente puede contribuir a sacarles de su error. Ellos están orgullosos de lo que consideran ser una muestra de las proporciones y alcance de su entendimiento; de la extensión y capacidad de sus conceptos; interpretarían nuestro desprecio como síntoma de la pobreza y estrechez de las facultades mentales de sus contemporáneos, y su conclusión sería que el mundo no está aún preparado para recibir sus sublimes verdades.

Por el contrario, un examen sincero y bien intencionado de sus ideas, en el que vean una honrada disposición a aceptar lo que venga apoyado en una filosofía sana, puede, tal vez, llegar a convencerles de que lanzando hipótesis improbables e infundadas retraen, en lugar de extender, los límites de la ciencia y obstruyen, en lugar de promover, la elevación del espíritu humano; y que por su causa estamos recayendo poco menos que en la infancia del conocimiento y estamos debilitando las fundaciones de aquellos métodos de razonamiento filosófico que últimamente sirvieron de base a los rápidos progresos científicos que todos admiramos. La actual demencia especulativa es como una intoxicación mental surgida tal vez de los grandes e inesperados descubrimientos realizados estos últimos años en diversas ramas de la ciencia. Aturdidos por estos éxitos, ciertos hombres piensan hoy que todo está al alcance de los poderes humanos, y con esta ilusión han llegado a confundir las cuestiones en las que ningún progreso puede demostrarse con otras que acusan avances evidentes, ciertos y admitidos. Si pudieran persuadirse de la necesidad

de reflexionar con más sobriedad, severidad y pureza, comprenderían, sin duda, que la causa de la verdad y de una sana filosofía no puede menos de sufrir si la paciente investigación y las bien fundadas pruebas las sustituimos por aserciones infundadas y ventoleras alocadas de la imaginación.

(8) Véase B. 8, cap. 8, p. 504.

(9) Véase B. 8, C. 3, p. 340.

(10) Véase B. 1, C. 5, p. 73.

(11) Cuando extendemos nuestra mirada más allá de esta vida, es evidente que no podemos guiarnos más que por el principio de autoridad, las conjeturas, y tal vez por alguna sensación oscura e indefinida. Por eso lo que digo aquí no me parece estar en contradicción con mis afirmaciones anteriores, en las que señalaba cuán poco filosófico era esperar que se produzca un acontecimiento específico sin que haya en el pasado ningún caso análogo sobre el cual apoyar nuestras esperanzas. Al sobrepasar los límites del posible retorno, debemos necesariamente renunciar a esta regla; pero si se trata de sucesos susceptibles de acaecer sobre la tierra, pocas veces podremos hacerlo sin salirnos de los principios de una justa filosofía. La analogía, sin embargo, tal y como yo la concibo, tiene una gran latitud. Por ejemplo, el hombre ha descubierto muchas de las leyes de la naturaleza; por analogía podemos vaticinar que aún ha de descubrir muchas otras; pero, en cambio, no hay analogía alguna capaz de hacernos pensar que vaya a descubrir un sexto sentido o un nuevo tipo de fuerza en la mente humana, completamente fuera del campo de nuestras observaciones actuales.

(12) Los poderes de selección, combinación y transmutación que contiene cada simiente son realmente milagrosos. ¿Quién imaginaría que estas maravillosas facultades estuviesen contenidas en esos trocitos de materia? A mí me resulta mucho más filosófico suponer que lo que tenemos en todas estas operaciones es la presencia de Dios con todas sus energías en acción. Para este Ser Todopoderoso tan fácil le sería hacer que crezca el roble a partir de una bellota o sin ella. El proceso preparatorio de colocar las simientes en la tierra es un requisito meramente en beneficio del hombre, es una de las diversas excitaciones necesarias para transformar la materia en espíritu. Veremos que esta idea, compatible con los fenómenos naturales que nos rodean, con los diversos sucesos de la vida humana y con las sucesivas Revelaciones de Dios ante el hombre, nos permite suponer que el mundo no es sino el poderoso proceso de creación y formación del espíritu. De este inmenso crisol saldrán necesariamente muchas piezas malformadas, que tendrán que ser desechadas por inútiles; aquellas, en cambio, que salgan con formas llenas de verdad, de gracia y de belleza, ascenderán a un estado más dichoso, más próximo a la presencia del Supremo Hacedor.

(13) El señor Godwin ha lanzado la idea de la prolongación indefinida de la vida humana como una simple conjetura, pero como al mismo tiempo nos ofrece una serie de apariencias que en su opinión abogan a favor de su suposición, nos imaginamos que deseará que éstas sean examinadas, y esto es lo que hemos pretendido hacer.

(14) B. 1. C. 5., p. 89.

(15) Obsérvese que el argumento principal de este ensayo se dirige sólo a demostrar la necesidad de que haya una clase de propietarios y otra de trabajadores, sin que pueda inferirse en absoluto la necesidad, y menos aún la utilidad, de la gran desigualdad que reina actualmente. Por el contrario, debe considerarse ésta como un mal, y toda institución que la promueva, como esencialmente dañina e impolítica. Lo que, sin embargo, es dudoso es que un Gobierno pueda, con ventaja para la sociedad, intervenir activamente para reprimir la desigualdad de riquezas. El generoso sistema de la libertad perfecta, adoptado por el doctor Adam Smith y por los economistas franceses, tal vez sea mejor que su sustitución por cualquier sistema de restricción.

(16) El señor Godwin no parece tener gran respeto a los principios prácticos; por mi parte, debo decir que es un mayor benefactor de la humanidad quien indica cómo alcanzar un bien moderado que quien se limita a escribir y escribir sobre las imperfecciones del actual estado de la sociedad y sobre las bellezas de un estado distinto, sin señalar un método práctico susceptible de ser aplicado inmediatamente para acelerar nuestro tránsito hacia ese estado feliz.

(17) Vol. 2.º, p. 243.

(18) Tenía el propósito de extenderme más sobre este tema en una especie de segunda parte de este ensayo, pero una larga interrupción, debida a motivos particulares, me ha obligado a renunciar a este propósito, por lo menos de momento. Me limitaré, pues, a dar aquí un esquema de algunas de las principales circunstancias que, a mi juicio, favorecen mi suposición general.

(19) Es probable que no haya dos granos de trigo que sean idénticos. Indudablemente, proviene del suelo la principal diferencia en las hojas que de él brotan, pero es probable que no sea esto sólo. Parece natural suponer que haya ciertas diferencias en los gérmenes originales, cuya intención aviva luego, y la extraordinaria diferencia de susceptibilidades que se aprecian en los niños parece confirmar esta suposición.

2. Del autor del prólogo.

(1) Este bosquejo biográfico no pretende reunir el material disponible para la biografía definitiva de Malthus, que por tan largo tiempo hemos esperado en vano de la pluma del doctor Bonar. He utilizado libremente las autoridades conocidas: la Vida, del obispo Otter, que precede al texto de la segunda (póstuma) edición de la *Economía Política,* de Malthus, de 1836; la crítica de W. Empson sobre la edición de Otter, en la *Edinburgh Review,* enero de 1837, y la obra del doctor Bonar, *Malthus and his Work* (1.ª ed., 1885, precedida en 1881 por el esbozo «El párroco Malthus», y seguida por una segunda edición, en 1924, con el capítulo biográfico ampliado, a la cual corresponden mis referencias siguientes). He añadido otros detalles que proceden de diversas lecturas, ni sistemáticas ni exhaustivas. Tampoco he intentado un sumario o un juicio completo de las aportaciones de Malthus a la economía política, lo que requeriría un conocimiento más profundo que el mío sobre la obra de sus contemporáneos. Mi propósito ha sido seleccionar aquellas piezas informativas que parecían aportar más elementos para un retrato y, en particular, para ensanchar un poco la visión de la atmósfera intelectual en que creció, en el hogar y en Cambridge.

(2) Para una completa recopilación de antecedentes sobre las personas que han llevado este apellido, *vide* J. O. Payne, *Collections for a History of the Family of Malthus,* edición privada de 110 ejemplares, impresa en 1890. Mr. Sraffa posee el ejemplar de este libro que perteneció al propio Payne, con notas adicionales e ilustraciones insertas.

(3) La madre de Robert Malthus era nieta de Thomas Graham, boticario de Jorge I y Jorge II.

(4) Sydenham Malthus compró una propiedad en Little Shelford, cerca de Cambridge, por 2.200 libras. Según los registros, su hijo poseyó varias fincas en la inmediata proximidad de Cambridge: en Hauxton, Newton y Harston.

(5) Tradujo el *Essay on Landscape,* de Gerardin, publicado por Dodsley en 1783. T. R. M. escribió al *Monthly Magazine* del 19 de febrero de 1800 negando indignado que su padre hubiese jamás publicado traducciones *(vide* Otter, *Life, op. cit.* página XXII). La anterior referencia proviene, sin embargo, de una nota escrita en un ejemplar del libro en cuestión, perteneciente a la propia biblioteca de Malthus.

(6) Manning y Bray, *History of Surrey* (Bray era yerno de Daniel Malthus). Un encantador retrato al pastel de un niño vestido de azul, hoy en casa de Mr. Robert Malthus, en Albury, representa, según la tradición familiar, a Daniel Malthus.

(7) Manning y Bray, *op. cit.* En 1768 Daniel Malthus vendió The Rookery y la familia se trasladó a una propiedad menos extensa, en Albury, no lejos de Guildford. Un grabado antiguo de The Rookery se halla inserto en el ejemplar del libro de Mr. Payne perteneciente a Mr. Sraffa *(vide supra);* la casa está aún en pie, aunque con algunos cambios. Era un sólido y costoso ensayo a lo gótico: otro testimonio de las influencias intelectuales contemporáneas que aceptó Daniel Malthus. Albury House, que no debe confundirse con el Albury Park del duque de Northumberland ni con ninguna de las dos casas que ahora posee la familia Malthus en Albury (Dalton Hill y The Cottage), ya no existe. Un grabado que se supone la representa se halla en el ejemplar de Mr. Sraffa del libro de Mr. Payne.

(8) Véase el Registro parroquial de Wotton.

(9) *Vide* Greig, *Letters of David Hume,* vol. II, p. 24.

(10) Véanse las cartas de Hume de 2 y 27 de marzo de 1766, números 309 y 315 de la edición del doctor Greig *(op. cit.).* El doctor Bonar menciona *(op. cit.,* 2.ª ed., p. 402) una tradición familiar, bajo la autoridad del difunto coronel Sydenham Malthus, según la cual Daniel Malthus se escribió también con Voltaire, pero «una señora en cuyas manos cayeron las cartas las entregó a las llamas». La correspondencia con Rousseau muestra que D. M. conocía también a Wilkes, que le visitó en The Rookery, y por quien se enteró del disgusto entre Rousseau y Hume.

(11) Un excelente relato del episodio se encuentra en Courtois, *Le Séjour de Jean-Jacques Rousseau en Angleterre* (1911).

(12) Véase *Diary and Letters of Mme. D'Arblay* (edición de Dobson), vol. V, p. 145. Miss Burney llama «Mr. Malthouse» a D. M.

(13) Rousseau escribe a Malthus el 2 de enero de 1767: «Pienso a menudo con placer en la granja solitaria que vimos juntos y que ofrece la ventaja de su proximidad a usted; pero son más bien vagos deseos que proyectos de ejecución próxima».

(14) Cedida por Mr. Richard Davenport. Allí empezó Rousseau a escribir las *Confesiones*. Uno de los refugios que estuvo a punto de elegir Rousseau durante su visita a Malthus fue el otro Wotton, el de Evelyn, en Surrey, muy cerca de Albury (véase la carta de Daniel Malthus del 12 de marzo de 1766, en la que indica que se había dirigido para ello a sir John Evelyn).

(15) Por supuesto, Jean-Jacques no tenía razón. Pero, con todo, Hume podía haber conservado más serenidad, siguiendo el consejo de Adam Smith de «no pensar en propalar nada al mundo». Después del soberbio retrato de su huésped en carta al doctor Blair, del 21 de marzo de 1766 (Greig, núm. 314), mostrando una comprensión tan profunda, sus posteriores cartas (lo mismo que la *Concise and Genuine Account*, publicada en 1766, por fascinante que sea en sí misma) son el producto no de un corazón condescendiente, sino de una extrema ansiedad por evitar un escándalo que sus amigos de París pudieran interpretar mal.

(16) Falto de respuesta de Rousseau a una carta, Daniel Malthus (4 de diciembre de 1767) rompe el silencio: «Est-il possible, Monsieur, que vous ayez reçu ma lettre, et que vous me refusiez les deux mots que je vous demandois? Je ne veux pas le croire. Je ne donne pas une fausse importance à mon amitié. Ne me respectez pas mais respectez-vous vous-même. Vous laissez dans le coeur d'un' ôtre semblable au votre une idée affligeante que vous pouvez ôter, le coeur qui vous aime si tendrement ne sait pas vous accuser.» [«¿Es posible que haya usted recibido mi carta y que me niegue las dos palabras que le demandaba? No quiero creerlo. No doy una falsa importancia a mi amistad. No me respete usted, pero respétese a sí mismo. Deja usted en el corazón de otro semejante al suyo una idea aflictiva que podría usted arrancar: el corazón que tan tiernamente le ama no podría acusarle».]

(17) Las cartas de Malthus fueron impresas por Courtois, *op. cit.*, y son las números 2.908, 2.915, 2.939, 2.940, 2.941, 2.952, 2.953 (a Mlle. le Vasseur), 2.970, 2.979, 3.073, 3.182 y 3.440 en la *Correspondance générale de Rousseau*, a las cuales hay que añadir las cartas de 14 de diciembre de 1767 y 24 de enero de 1768 [núms. 3.547 y 3.578, en el vol. 18, 1932]. La carta de Rousseau, la número 3.211, es un descubrimiento de M. Courtois, pues los anteriores editores habían supuesto erróneamente que estaba dirigida a otra persona. Parece que la correspondencia se reanudó en 1770 y que ambos se mantuvieron en contacto. Pero M. Courtois no encontró las cartas posteriores.

[Los volúmenes subsiguientes de la *Correspondance générale* no han descubierto nada nuevo. *Ed.*]

(18) *Vide* Courtois, *op. cit.*, p. 99.

(19) Sobrina de la madre de Daniel Malthus, a la que se refiere éste en una carta a Rousseau como «la petite cousine qui est botaniste à toute outrance», que evidentemente compartía las aficiones botánicas de Daniel Malthus y Rousseau, y que figura como habiendo regalado a Rousseau un ejemplar del *Johnson sur Gerard* (probablemente el *Herball*, de Gerarde, 1633) de su propia biblioteca cuando Daniel Malthus fracasó en su intento de obtener uno por medio de los libreros. (Véase la carta de Daniel Malthus a Rousseau, de 24 de enero de 1768, impresa por Courtois, *op. cit.*, p. 219.) Se recomienda a quien tenga curiosidad por explorar el extenso primazgo de los Malthus que consulte el libro de Mr. Payne, y, mejor, el ejemplar de éste, propiedad de Mr. Sraffa. Tenían la frecuente costumbre de casarse con primos (el mismo T. R. Malthus se casó con su prima), y el resultado es de una extraordinaria complicación.

(20) Biznieto de Sydenham Malthus, el hermano mayor de T. R. Malthus. Los restantes descendientes vivos de Daniel Malthus por línea de varón se asentaron, creo, en Nueva Zelanda. De T. R. Malthus, que tuvo tres hijos, no hay ya descendientes. Deben existir, en cambio, muchos descendientes de Daniel Malthus por línea femenina. Según el registro de Mr. Payne *(op. cit.)*, Daniel tuvo ocho hijos y por lo menos diecinueve nietos, y, al parecer, sus biznietos debieron sobrepasar considerablemente el número de treinta. No puedo contar la presente generación de los tataranietos. ¡Parece, sin embargo, que queda margen de seguridad frente a los efectos de la ley geométrica! Los más distinguidos de los descendientes vivos o que vivieron hasta hace poco son los Brays, de Share, cerca de Albury, a los que pertenecía el difunto juez Mr. Bray.

(21) Esta biblioteca, que se conserva intacta en Dalton Hill, es la del reverendo Henry Malthus, hijo de T. R. Malthus. Contiene, sin embargo, una considerable parte de la biblioteca de T. R. Malthus, así como libros de la de Daniel. El doctor Bonar ha hecho preparar un cuidadoso catálogo completo de la colección. A él le debo la oportunidad de obtener estos detalles.

(22) Quizá los futuros volúmenes de la *Correspondance générale* arrojen alguna luz sobre ello. Rousseau, es cierto, redactó un testamento durante su estancia en Inglaterra, y Malthus puede haber sido mencionado en él. Mr. Sraffa me sugiere que quizá Otter se confundió por el hecho de haber confiado Rousseau el manuscrito de las *Confesiones*, poco antes de su muerte, a Paul Moulton.

(23) Courtois, *op. cit.*, p. 221.

(24) *Life of Gilbert Wakefield*, vol. I, p. 344, citado por el doctor Bonar, *op. cit.*, p. 405.

(25) El coronel Sydenham Malthus, padre del presente propietario, se las facilitó al doctor Bonar.

(26) Citado por Bonar, *op. cit.*, p. 408.

(27) Hubiera querido incluir un apunte sobre Paley entre estos Ensayos. Porque Paley, tan poco apreciado ahora, fue en Cambridge, para una generación o más, una influencia intelectual sólo superada por Newton. Quizá, en un sentido, él fue el primer economista de Cambridge. Cualquiera que tome de nuevo en sus manos los *Principios* de Paley se encontrará, al contrario quizá de lo que esperaba, con un libro inmortal. O échese una ojeada a las *Memoirs of William Paley,* de G. W. Meadley, y se tendrá un fascinante relato de las excentricidades y el seductor ingenio de un típico profesor de Cambridge. Su biznieta, Mrs. Alfred Marshall, me ha mostrado una cajita bordada que contiene las cartas de amor (muy a lo práctico) del arcediano.

(28) Aunque el doctor Bonar cree que Malthus «prefería, cuando le era posible, servirse de Tucker antes que de Paley» (*op. cit.*, p. 324). Abraham Tucker, autor de la *Light of Nature,* fue muchos años vecino cercano de Daniel Malthus en Dorking.

(29) Como también sobre Bentham, contemporáneo de Malthus, aunque, sin embargo, no hay referencias de que se conocieran personalmente.

(30) «Efusión en un atardecer de otoño», escrita por Coleridge «en su primera juventud». Es difícil leer sin conmoverse estas delicadas líneas llenas de presagio, que terminan así:

Buscan mis ojos el fulgor con ávida mirada;
Ven sombras sobre sombras de más oscuridad amenazadas,
Hasta que helada y triste cae la noche sin luna.

(31) C. W. L. Grice, *Gentleman's Magazine* (1834), citado por Gray, *Jesus College.*

(32) Durante su período unitario, Coleridge estuvo bajo la influencia de Frend. Poco después de la expulsión de éste, Coleridge «hizo saber que predicaría en la Capilla Unitaria de Bath bajo el título de 'Rev. S. T. Coleridge, de Jesus College, Cambridge', y para resaltar su ruptura con los 'caballeros de negro', tan censurados en el folleto de Frend, cumplió aquella función en casaca azul y chaleco blanco» (Gray, *Jesus College,* página 180).

(33) Las principales objeciones de Coleridge se encuentran en comentarios marginales manuscritos sobre su ejemplar de la segunda edición del *Ensayo sobre la población,* que se halla ahora en el British Museum. Véase Bonar, *op. cit.*, p. 371.

(34) Bonar, *op. cit.*, p. 412.

(35) El autor de la necrología en el *Gentleman's Magazine* (1835, p. 325) menciona que uno (sin duda, Otter) «que le conoció íntimamente cerca de cincuenta años, apenas si le vio incomodado, jamás encolerizado, nunca exaltado o deprimido en demasía. Tenía la feliz condición, casi privativa suya, de, siendo singularmente sensible a la aprobación del sabio y el discreto y generalmente ávido de la consideración de sus semejantes, mantenerse impasible ante el insulto inmerecido».

(36) «El último día de 1792 fue quemada por las turbas la efigie de Tom Paine en Market Hill en Cambridge» (Gray, *Jesus College,* p. 171). El folleto de Frend, *Peace and Union recommended to the Associated Bodies of Republicans and Anti-Republicans,* se publicó dos meses más tarde. Frend llegó a ser secretario y actuario de la Rock Assurance Company y, muriendo en 1841, sobrevivió a Malthus y a todos sus demás contemporáneos (Gray, *loc cit.*).

(37) Dos años antes había consultado sobre ello al decano de su College, especialmente por cuanto su defecto de pronunciación pudiera ser un impedimento. Pero cuando le aclaró que «el mayor de sus deseos era una vida apartada en el campo», el doctor Beadon retiró toda objeción (*vide* la carta de T. R. M. a Daniel Malthus, de 19 de abril de 1786, impresa por el doctor Bonar, *op. cit.*, p. 409).

(38) Debo esta información al canónigo Foster, de la Lincoln Record Society. Parece haber sido un buen beneficio eclesiástico.

(39) A diferencia de Paley, que vendió la primera edición de sus *Principios* (su primera experiencia de autor) por mil libras.

(40) Cf. G. W. Meadley, *Memoirs of William Paley* (2.ª ed.), página 219.

(41) Cf. Cannan, *History of the Theories of Production and Distribution.*

(42) En enero de 1800 murió Daniel Malthus, a los setenta años de edad, y tres meses después le siguió su viuda, la madre de Robert, a los sesenta y siete años. Ambos se hallan enterrados en el cementerio de la iglesia de Wotton.

(43) Su Platón de Patmos está en la biblioteca de la Universidad de Oxford. El profesor de Historia escribió:

Canto a un famoso maestro
Perseguidor errante de la sabiduría,
Que acumuló a través del mundo
Y entregó, embalada, al Colegio

(44) La siguiente referencia de Gunning, en sus *Reminiscences,* es muy conocida: «Recuerdo cuando, cenando con Outram (el *Orador Público),* llegó un paquete de correspondencia de Clarke. La primera carta comenzaba con estas palabras: 'Aquí

estoy, comiendo fresas dentro del Círculo Artico'. Pusimos tanta atención en su postre que olvidamos el nuestro».

(45) Véase una carta de Malthus (de 28 de noviembre de 1800) publicada por el profesor Foxwell en el *Economic Journal* (1897), p. 270. Malthus indica que Pitt quedó muy impresionado y que en un informe de una comisión de la House of Commons «se han utilizado muchos argumentos de la misma naturaleza».

(46) No es que Malthus despreciase este factor. Lo trata admirablemente, en los siguientes términos: «Para que en un país circule la misma, o aproximadamente la misma, cantidad de mercancías, si éstas han alcanzado un precio mucho más alto se necesita una cantidad mayor del medio, cualquiera que éste sea... Si, por consiguiente, la cantidad de papel en circulación ha aumentado grandemente durante el último año, me inclinaría a considerarlo más como el efecto que como la causa del alto precio de las subsistencias. Esta plétora de medio circulante será, sin embargo, uno de los obstáculos en la vía de retorno a la baratura».

(47) Es un folleto escaso, que, por lo que sé, nunca se ha reimpreso.

(48) En una nota a pie de página de *Das Kapital* (vol. I, página 641; citado por el doctor Bonar, *op. cit.*, p. 291) Marx nos dice: «Aunque Malthus era un clérigo de la Iglesia de Inglaterra, había tomado el voto monástico del celibato por ser ésta una de las condiciones para una beca de la Universidad protestante de Cambridge. Por esta circunstancia Malthus se distingue favorablemente del resto del clero protestante, que se ha sacudido la regla católica del celibato». Como no soy un buen erudito marxista me sorprendió que, en mis conferencias ante la Comisaría de Hacienda en Moscú, en 1925, se recibiese mal cualquier alusión a que el aumento de la población pudiera ser un problema para Rusia. Pero debía haber recordado que Marx, al criticar a Malthus, había sostenido que la sobrepoblación era un puro producto de la sociedad capitalista y no podía ocurrir bajo el socialismo. Los argumentos de Marx para sostener esta tesis no carecen de interés, ciertamente, pues, de hecho, son muy afines a la teoría del propio Malthus, según la cual la «demanda efectiva» puede ser incapaz de mantenerse al paso con la producción en una sociedad capitalista.

(49) El título originalmente propuesto había sido: «Profesor de Historia general, Política, Comercio y Hacienda».

(50) Leslie Stephen, que escribió la biografía de Malthus en el D. N. B., era por entonces un joven docente en Cambridge, conocido principalmente por sus hazañas en pedestrismo, y se

cuenta que no daba ninguna importancia a un paseo desde Cambridge a Haileybury para visitar a su padre en la casa largo tiempo ocupada por Malthus (vide *Memorials of Old Haileybury College*, p. 196). ¡Si tuviese un pretexto para presentar a nuestro «Old Jones», que ocupó esta cátedra veinte años, entre Malthus y Stephen, con su famoso sermón: «Y ahora, hermanos míos, os pregunto: ¿Quién de *vosotros* no ha incubado un huevo de basilisco?».

(51) Listas de los demás folletos, etc., de Malthus se hallan en Otter *(op. cit.*, p. XLII) y Bonar *(op. cit.*, p. 421). Colaboró también en la *Edinburgh Review* y la *Quarterly Review*. Su *Definitions of Political Economy*, publicada en 1827, es una obra menor, de no gran interés (excepto, quizá, por su ataque contra la definición de *salario real* según Ricardo).

(52) *Memorials of Old Haileybury College*, p. 199.

(53) Según una noticia necrológica (por Otter) en *Athenaeum*, 1835.

(54) Se halla en el comedor de Dalton Hill, Albury, con el retrato de Mrs. Malthus, pintado también por Linnell, haciendo pareja al otro lado de la chimenea. Entre estos retratos de familia se encuentra también el de su hijo, el reverendo Henry Malthus. Existe una copia del retrato de Linnell en el Jesus College, Cambridge.

(55) Mr. J. L. Mallet, en su diario de 1831, observa que Malthus asistió casi siempre a estas comidas.

(56) Ante el cual leí, el 2 de abril de 1924, una versión anterior de este ensayo, bajo el título: «¿Qué clase de persona era el reverendo Robert Malthus?».

(57) Mr. Sraffa me dice que esta fecha y no la de febrero de 1810, dada por el doctor Bonar, es la verdadera. El descubrimiento por Mr. Sraffa de las cartas de Malthus le ha permitido corregir las fechas de algunas, atribuidas erróneamente por el doctor Bonar a 1810, pero escritas, en realidad, en 1813.

(58) Malthus habla en una carta de tomar unas 5.000 libras en el empréstito (19 de agosto de 1814).

(59) *Letters of Ricardo to Malthus*, p. 85.

(60) Otra carta, que Ricardo había enviado a McCulloch y estaba entre los papeles de éste en el British Museum, fue publicada por el profesor Hollander en 1895 en su correspondencia Ricardo-McCulloch.

(61) [Esta afirmación fue profética. El «presente año» es, efectivamente, 1951. *Ed.*]